

EL COJO ILUSTRADO

AÑO VII

15 DE DICIEMBRE DE 1898

Nº 168

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCION: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

FIN DE AÑO

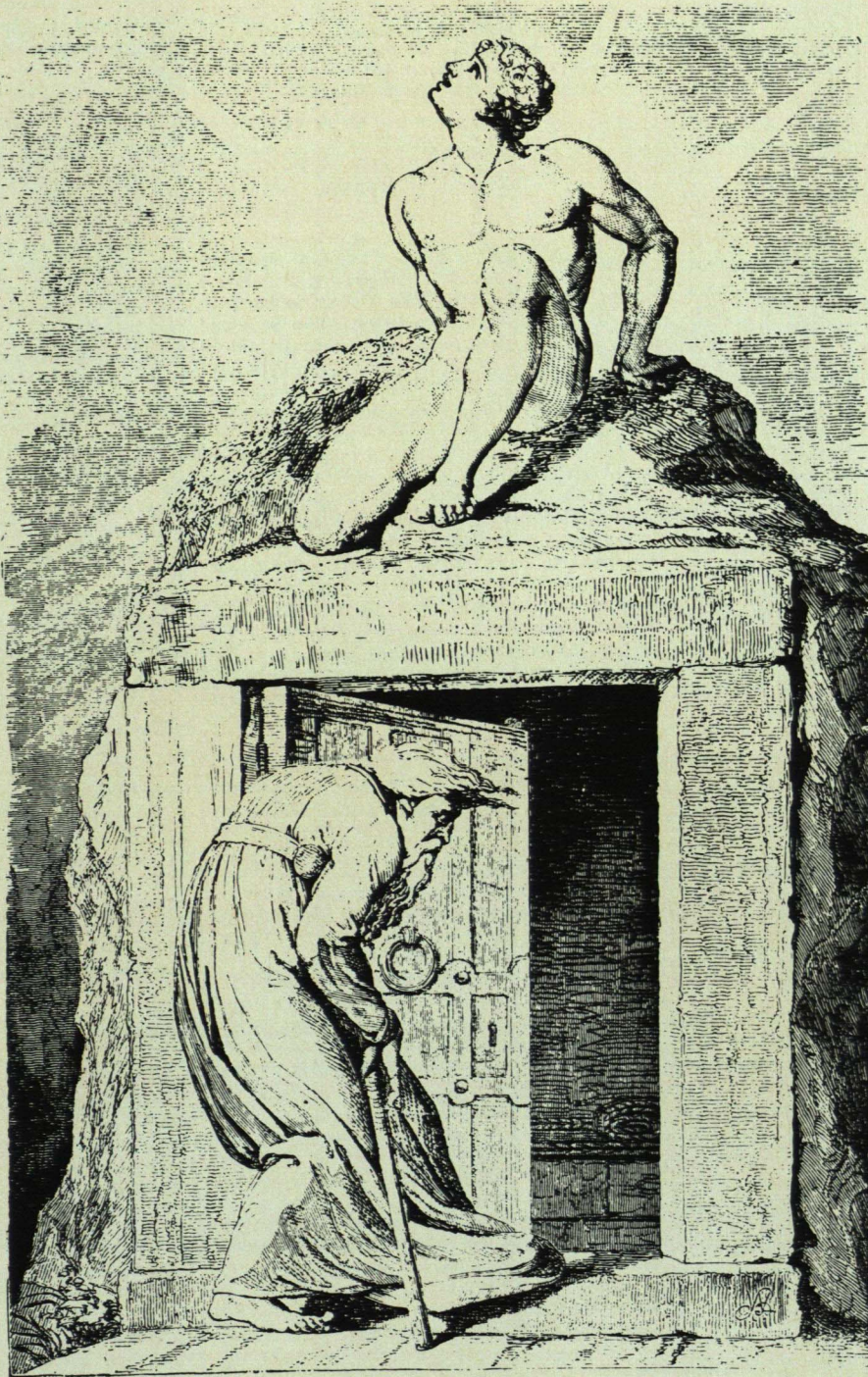
Suenan las últimas horas de esta jornada. Cierra El Cojo ILUSTRADO, con este número, el séptimo año de su existencia.

Ya no ha sido tan áspera la vía, ni está ya tan oculto el oriente del viajador. Más de un lustro de vida, recibiendo y difundiendo el movimiento intelectual en la América española, dicen,—mejor que pudiéramos nosotros en este instante,— con cuánto afán y cuán sinceramente hemos querido contribuir a la recomendación y progreso de las letras y del arte en estos países. No pensamos que la obra esté realizada, pero si creemos haber estado atentos y haber acudido siempre al reclamo de las necesidades intelectuales de hoy, en la medida de nuestro poder y de acuerdo con los caracteres del medio en que vivimos: ese criterio nos ha permitido rendir justo homenaje á todo mérito reconocido, sin que nos hayamos inclinado á favor de determinadas y exclusivas tendencias y escuelas.

Hemos sentido los infortunios de la patria, en la muerte de sus hijos ilustres; hemos lamentado las penas de la Humanidad, á la desaparición de sus servidores egregios; hemos acompañado con fe y entusiasmo á la una y á la otra, en cuantas ocasiones han llamado á la ejecución de un propósito generoso, noble y justo; hemos prestado franco estímulo á toda aspiración loable; dos generaciones de escritores, —formada una por los jóvenes inteli-

gentes é ilustrados de Hispano-América, —han entrado, sin violencias irruptoras, sin óbices tiránicos, en el amplio y

nal equilibrio las opiniones de todos. Unos y otros nos han traído el apoyo de luces, y la mas correcta correspondencia de atenciones nos ha unido en esta labor distinguida y honorable. Constancia, fe, discreción, lealtad, franqueza, han presidido a nuestras decisiones y nuestro esfuerzo. Lógico, natural es, como tiene que serlo, el deseo de los afiliados y los partidarios de este ó de aquel credo literario ó artístico, de que prevalezcan sus fórmulas peculiares y sus dictados y que éstos se impongan, después que se propagan aquéllas. Pero no fueron con tales fines establecidas las condiciones de nuestra Revista, ni perduró nunca obra emprendida sin serena y muy meditada consulta de los elementos con que se ha de contar para su cabal y mas perfecto remate.—¿Qué posee el presente? qué ofrece al porvenir? Ciento sesenta y ocho números de El Cojo ILUSTRADO,—siete años de puntual circulación,—exhiben aquellos elementos y guardan esas promesas. Tarea de mera exposición la nuestra, es á la crítica, es á la opinión de otros, es al deber de los representantes de cada una de las diversas escuelas cuyas manifestaciones hemos anotado y divulgado, á los que corresponde la labor de combate, de propaganda y de catequismo. La altura en donde brilla esa estrella de victorias no es á la que hemos aspirado: más modesta nuestra ambición, nos satisface el convencimiento de que se nos cuenta entre los colaboradores por la excelencia y difusión de este caudal



MORIR ES RENACER — 1898

fecundo campo de saludable acción que en nuestras columnas hemos ofrecido, conciliando en el más sensato y racio-

ción, nos satisface el convencimiento de que se nos cuenta entre los colaboradores por la excelencia y difusión de este caudal

literario y artístico que la América ubérrima lleva en su seno por siempre inagotable de eminentes hijos. Por donde se puede venir á la convicción de que, si nos alienta el aplauso, nos tienen sin preocupaciones y sin cuidados las tachas que el excesivo entusiasmo de unos y la impaciencia de otros puedan poner á la manera de cumplir nuestro designio. Toda publicación de esta índole que por hoy en América se limitase á lo local y lugareño, apenas tendría vida apreciable por bien corto espacio de tiempo, transcurrido el cual, agotado el pequeño acervo nacional, tendría que ocurrir al préstamo de los residuos de ajena cosecha ó á cierto estéril exoticismo del que escasisimo provecho derivaría el arte. No es en Caracas, no es en Buenos Aires ó la Habana, tampoco en Lima, Bogotá ó Santiago, menos aún en las ciudades y poblaciones de cada uno de los países americanos, en las que residen y se han dado cita para pensar y manifestarse las inteligencias y las generaciones: la revelación puede verificarse lo mismo en un campo solitario de Mesopotamia que en medio al estruendo feérico de Babilonia y es preciso que no se reclame exclusivamente para determinado lugar ó grupo, mientras no se ponga atención y se tome cuenta de lo que el Arte, excelsó y úno, descubra y quiera en la inmensa amplitud de su dominio.

Expositores, no acusadores; concurrentes, no combatientes; vehiculos de un pensamiento bajo formas múltiples quisimos ser: trazado el camino, por él hemos marchado, sin vacilaciones y sin temores, sin motivos siquiera para vacilar ó temer.

Cuantos hijos beneméritos se han distinguido en los países del continente, y cuya fama y renombrados hechos han llegado hasta nosotros, los hemos dado á conocer y nos hemos situado entre el concurso de loores á su gloria; cuanto suceso fue poderoso á fijar una hora la atención universal, lo hemos transmitido con entera oportunidad; cuanto se ha levantado lo hemos señalado; cuanto obra bella, acabada, digna de recomendación se nos ha traído ó hemos obtenido, la hemos dado de presente á nuestros favorecedores, de la misma manera que no hemos permitido que pretenda correr parejas ó se preste á invencible repulsa del Arte lo que por éste y en su honra no se haya escrito; cuanto detalle de precio ha venido consignando la ciencia, lo hemos recogido; y ha tenido su lugar aquí la historia de los hombres y de los pueblos, en los puntos que al lector ilustrado é inteligente interesen; y la imaginación tiene solaz y esparcimiento en sección especial de materia varia y recreativa; y aun el suceso diario, de crónica fugaz, lo hemos registrado, cuando la amistad, las consideraciones personales, el interés general y la utilidad pública lo han reclamado así.

A pesar de los rigores de la situación general del país, un grupo distinguido de agentes y numerosos abonados nos han venido prestando el eficaz concurso de sus servicios y decisión. Sea ésta ocasión oportuna para expresar á unos y á otros nuestro reconocimiento.



PALENQUE

—Yo soy, entre los grandes, el primero,
Así dijo el Guerrero;
Y con adusto labio:
—Soy más grande que tú, repuso el Sabio.

* * *

Mas cuando el mundo aspira
Su fallo á dar, en fulgurosa meta
Se quitó la bisera un caballero,
Y dijo: soy Homero!
Sonó la trompa, preludió la lira,
Y la palma triunfal fue del Poeta.

FELIPE TEJERA.

PARIS-CARACAS



Se acabó el verano. Se acabó la alegría del pobre. Vuelven á llenarse las terrazas de los cafés. Se conversa, se critica, se murmura, se miente mucho, se calumnia mucho más sobre el asfalto de la gran ciudad, que se reptiega como una sierpe anillosa. Y de los lazos Luis XV, de las boas de pluma de avestruz, de los cuellos Médicis, de las faldas sin costura que han debutado destacando la opulencia de las caderas, de los trajes lisos, flexibles y escurridizos que ha impuesto la diosa Moda, van saliendo todas las vanidades y miserias que aglomeró el verano en las reconditeces de los plegados. Y París las recibe y las avienta por sus fauces de boa monstruosa.

Pero la fiesta de todos los muertos se acerca y París se prepara á celebrarla. Uno de los caracteres distintivos de este pueblo, por lo que es simpático en el mundo, es el fervoroso culto que rinde á sus muertos bien amados. En los cementerios no hay un palmo de tierra sin una corona de siemprevivas y sin un ramo de flores, y las coronas son frecuentemente renovadas, y á las flores de ayer suceden luego las flores de hoy.....

No se espera que avise el calendario que tal día es de todos los muertos. Para los que aman de veras, el calendario está escrito en el corazón, y el corazón les dice que cada día que pasa es aniversario del muerto querido.....; que hay que visitarle con la misma solicitud con que se visita al amor vivo, y llevarle las mejores rosas de la mañana y regar cariñosamente las que brotaron solas á orillas del sepulcro.....

En todas las estaciones del año hay en estos cementerios un incesante entrar y salir de visitas de luto, y un perenne desfile de niñas, que van, como blancas mariposas, á posarse en la tierra mortuoria.

Tan hermoso culto no se limita á los parientes y amigos que se fueron para no volver. Los hombres distinguidos en las ciencias, en las artes, en la literatura, en la política, en todas las manifestaciones de la inteligencia y del sentimiento, tienen, á través de la muerte, un séquito de admiradores, los cuales cuidan de que no se deterioren en las tumbas, de que no se arruinen los árboles que las rodean, de que no se marchiten las flores por falta del mejor rocío, que es el del amor que recuerda.....Y cuando se despereza la tierra en aromoso parto, y el traqueteo sensual de la primavera remueve el osario del cementerio

; ah! entonces desaparecen todas las tumbas bajo lluvia de magnolias, crisantemas y campanillas azules.

La muerte no engendra en el organismo de París el mustio gusano que se llama tristeza. Pasa correctamente á lo largo de los boulevares, sin un símbolo penoso, dejando en pos sensación de aromas que van de prisa; y por si cruzó vuestra mente una idea melancólica al saludar respetuosamente al féretro, pasa en seguida, en soberbia carretela, la carne halagada y triunfante, y se ríe y se grita de lo alto de los ómnibus, y la muerte, extraviada en el vértigo de la vida, va á refugiarse al cementerio, que es otra ciudad, de calles espaciosas y de árboles frondosos, que abaten sus ramajes sobre tumbas que parecen hotelitos de verano.—Quiero vivir en París, solía decir el general Páez, porque aquí no se siente venir la muerte.....

La única romería parisiense es la romería al cementerio. En estos días los devotos de Abelardo y Eloísa van procesionalmente á saludarlos al Père-Lachaise; aunque ciertas crónicas refieren que la estatua de Eloísa es la de una persona de la familia Dormans, y que como tal estuvo en la capilla del colegio de Beauvais, en la calle de Juan de Beauvais; y aunque afirman anticuarios que la estatua de Abelardo puede ser de cualquiera menos del enamorado de Eloísa. Y esos mismos devotos, que se renuevan incesantemente, van después al lejano muelle de las Flores á inspeccionar piadosamente los medallones de la casa donde vivieron, según se dice, Abelardo y Eloísa, aunque la existencia de éstos data del siglo XII y en los medallones están vestidos á la moda de Enrique IV.....

Si Maupassant, desgraciado de muerto como lo fue de vivo, reposa en abandonado rincón del cementerio Montparnasse, sin una flor y con la cruz removida por el aire, protesta el público, denuncian los cronistas el lamentable hecho, y el pobre del escritor tiene que explicar que aquella tumba es provisional, porque su Guy recomendó mucho que no le encerrasen en un cementerio.

Los admiradores de Alfred de Musset van en queja á las redacciones cada vez que languidece, por falta de cuidados, el sauce de la tumba del poeta.

“¡ Se muere el sauce de Musset !” y esta exclamación es más atendida que lo sería la de: “¡ Se muere todo el barrio !”

Y, como los admiradores de Musset, los admiradores de Stendael llegan con mil trabajos á su inasequible tumba, debajo de un puente, para colocar allí la flor querida del escritor, la flor de los Alpes.....

No se sabe quién lleva esas flores, que no son de nadie y son de todo el mundo, porque todo el mundo, en este pueblo pletórico de cultura, ama y venera las cenizas de los hombres que lo enaltecieron en la historia; y porque todo París, en los días consagrados al culto de la muerte, vive de rodillas en los camposantos.....

Es el buen tiempo de orar por los muertos, el tiempo melancólico de la naturaleza, con días templados y serenos, con un sol pálido, con un ejército de noventa mil árboles que recortan el cielo gris y de cuyos ennegrecidos troncos sube culebreando á las peladas copas la vieja canción de invierno, que estremece de frío.....

...To die, to sleep.

La naturaleza se recoge para dormir su sueño de muerte, y la hermosa ciudad, la bella del mundo, amoratada y convulsa por el espasmo de sus noches estivales, con la corona de rosas marchitas como la de una bacante después de la fiesta, empieza la invernada arrodillándose al pie de los sepulcros, con el pensamiento fijo en el sueño de la vida.

...To die, to sleep!

LUIS BONAFOUX.

Octubre 21.





CUADRO DE ANTONIO ALLEGRI DA CORREGGIO

RUBEZAHL

(LEYENDA DE LA SELVA NEGRA)



RA la noche clásica de las fiestas del hogar. Trascurridos algunos minutos, la descarnada mano del tiempo inscribiría en el libro de la vida un año más. Una fortísima nevada me aprisionaba en aquel pueblecillo, impidiéndome llegar á la línea férrea que había de conducirme á Francfort donde la hospitalidad de un amigo me prometía reminiscencias de la Patria lejana, lo que más ansiaba en aquellos momentos mi corazón, proscrito en

medio de aquella región extraña que visitaba hacia varios meses. Aquel incidente imprevisto, cambiando mis proyectos, me llenaba de amargura. Mi mal humor me detenía en el amplio salón de la posada, perdido en la inmensidad de un sillón de grandes brazos, colocado frente á la monumental chimenea.

En la vecina iglesia se celebraba el servicio de Año Nuevo. Las claras voces de los niños, el falsete agudo de los píanos y violines, llegaban hasta mi oído y herían violentamente mi sensibilidad. Comprendí en aquel momento cuán sujetos estamos á las pequeñeces de la vida! Aquella noche, exactamente igual á todas las demás, doce horas añadidas á mis solitarias vigiliadas de viajero, mi aislamiento se me hacía insorpotable. Pensé en retirarme al cuarto que me habían preparado, pero tenía la seguridad de no dormir. Mis párpados, cargados de lágrimas que avergonzaban mi escepticismo, no se cerrarían fácilmente. Preferí pues, quedarme en mi majestuoso sillón, viendo arder un tronco y saltar, en el negro fondo de la chimenea, millares de chispas, que me recordaban las luciérnagas de la selva americana.

—Joven, ¿por qué no va usted á la Iglesia?

Me volví sorprendido. Mi interlocutor era un viejo paisano de lengua barba blanca, perdido también en la sinuosidad de una poltrona semejante á la mía:

—Como usted, he preferido quedarme al calor de la chimenea.

—Yo no he preferido quedarme en casa, Dios lo sabe; estoy aquí, porque hace dos años me dejó tullido un alud, en la montaña, y no puedo moverme de este sillón. De lo contrario, mi puésto estaría allá!

Y con su larga pipa, señalaba á través de las ventanas de pequeños cristales engastados en gruesa armadura de plomo, la vecina iglesia, brillantemente iluminada y destacándose como una capillita de yeso, blanca, en medio de la plazoleta cubierta de la nieve que aun seguía cayendo.

—Mi puésto estaría allá, al lado de mis nietos, que son veinte y dos y cantan ahora sentados alrededor del *Weihnachtsbaum*. No quiero exponerme á que me visite Rubezahl!

Estas últimas palabras dieron al traste con mi melancolía. ¿Quién era aquel visitante temido por el viejo abuelo? Mi instinto de cazador de leyendas se despertó. Me puse en pie y ofreciendo al viejo mi petaca llena de ricas panetelas, le dije:

—Acepte usted este regalo de Año Nuevo

y en cambio, dígame quién es el señor Rubezahl y por qué deben temerse sus visitas.

—No hay necesidad de regalo para contar una leyenda, contestó el viejo, guardándose sin embargo los habanos. Repetiré la cosa como me la han contado á mí.

Precisamente hacia la parte sur de la Selva Negra, donde empiezan los Vosgos y nace el Jura, existía en otro tiempo una pequeña aldea llamada *Gänsesumpf*, á causa de los hermosos gansos que formaban su riqueza y crecían en los charcos que la rodeaban. Tenía su iglesia, según cuentan, tan grande como la nuestra, lo cual no puedo asegurar, porque mi abuelo, que me contó esta historia, no tuvo la curiosidad de exigir su tamaño exacto.....

—No importa, sigamos con la leyenda.

—Sigamos. Tenía su iglesia, y también, frente á ella, una gran taberna llamada el *Ganso de Oro*, que estaba siempre más concurrida que la casa del Señor, sucediendo que en aquella aldea sonaba más el cubilete que las campanillas y le sobraba coro al alegre Hans, el tabernero, que había sido maestro-cantor en Nüremberg, para entonar sus brindis, cuando al pobre pastor se le secaba la garganta arengando á dos ó tres beatas sordas, que eran las únicas visitantes de su templo abandonado.

Las cosas iban de mal en peor. Llegó la Noche-Buena y los concurrentes al *Ganso de Oro* la celebraron con una estrepitosa orgía. El pobre pastor y sus viejas oyentes cerraron la iglesia y entonaron á la sordina algunos villancicos, temiendo provocar la cólera de aquellos desalmados. Para la víspera de Año-Nuevo les ofreció un *Te-Deum*, y la ira de los borrachines fue tan grande, que el pastor amedrentado recogió sus efectos, que eran pocos, pues no era aquel curato de esos en que engordan los párrocos, montó en su caballo ético, bendijo por última vez á sus tres feligreses, y se marchó en busca de una comunidad menos pagana, dejando entregados á su suerte á los alegres habitantes de *Gänsesumpf*.

Tal noche como ésta y proximo á estas horas, el *Ganso de Oro* tronaba con el estrépito de una orgía insólita, nunca vista aún en la misma *Gänsesumpf*. Las enormes jarras de cerveza circulaban de mano en mano y el *Kirschwasser* se bebía á pico de botella. Hansel, el viejo violinista, engalanado con la gorra de Frau Lisbeth, la mujer del grueso Hans, el ex-maestro cantor, saltaba sobre una mesa, tocando una música infernal, á cuyo compás bailaban algunas parejas, que por sus movimientos desenfrenados é inmorales interjecciones, más parecían franceses que buenos aldeanos de Baden. El burgo-maestre, armado de dos caerolas, acompañaba al violín. El guarda-bosques y el maestro de escuela bailaban juntos, y hasta Cristiano, el viejo cobrador de contribuciones, padre de Grettel, la niña de ojos azules y doradas crenchas, hacía en verdad poco honor á su nombre, lanzando horribles blasfemias! De repente, el violín se calló y cesó el tumulto. Un trineo acababa de detenerse frente á la taberna y sus campanillas sonaban alegremente en el silencio de la noche. La puerta se abrió y un mancebo, decentemente vestido y de hermosa fisonomía, apareció en el umbral.

—El Señor sea con vosotros! dijo sonriendo afablemente. Me he quedado en este pueblo para asistir al *Te-Deum* del Nuevo Año. Mis compañeros han seguido su viaje.

En efecto, las campanillas del trineo, sonando á lo lejos, indicaban que aquél par-tía siguiendo el camino real que atravesaba la aldea. Algunas comadres se miraron, avergonzadas ante la piedad de aquel muchacho, pero Hans, el incrédulo, se adelantó con una botella de *Kirsch* en cada mano, gritando:

—¡Al diablo la misa! ¡Sentaos en esa mesa y acompañadnos á recibir al Nuevo Año! ¡A vuestra salud, extranjero!

El mancebo sacudió negativamente su cabeza coronada de bucles de oro.

—No, contestó, no beberé hasta que el párroco haya entonado el *Gloria in excelsis!*

Una formidable gritería acogió estas palabras. Hans le agarró por un brazo y á empujones le hizo sentar al lado de Katrina, la más rozagante de las muchachas presentes.

—¡Sea! gritó el joven arrojando sobre la mesa dos escudos de oro que sacó de una grande escarcela, al parecer bien repleta. ¡Behamos! ¡Decís bien, maese tabernero! ¡Al diablo la misa!

Y montándose en la mesa entonó un brindis con voz tan robusta y vibrante que las paredes temblaban y Freund, el perro del guarda-bosques, que dormía al rescoldo, se despertó asustado y lanzó un aullido pavoroso que se perdió en el estrépito de la bacanal nuevamente desatada.

No dice la tradición quién se acordó de los dados, pero es muy posible que los trajese Hans, al volver de su cuarto, donde dejó en el fondo de su arca los escudos de oro del mancebo. Los compadres de *Gänsesumpf* rodearon al forastero y poco tiempo después, cada cual tenía en su bolsa una media docena de relucientes monedas, nueveceitas y al parecer, recién salidas del cuño, ¡qué hermosas eran! ¡qué bien estarían en el fondo de la lucha!

Las últimas las ganó Hans. El pícaro tenía los bolsillos repletos.—Ahora, dijo el forastero, bebamos!

Tras sendas libaciones vino una ronda desenfrenada. Hansel el violinista tocó hasta que cayó rendido. Las parejas rodaron por el suelo y sólo quedaron en pie Hans el tabernero y el joven de los cabellos de oro.

—Venid, compadre Hans, dijo este último, dejándose caer en un sillón, quitadme las botas!

El tabernero se aseguró de que todos dormían, pareciéndole humillante el servicio exigido. Sin embargo, comprendió que bien merecía aquella atención un hombre que se dejaba despojar tan mansamente. Además el día estaba cercano y Hans deseaba que el joven se retirase á su habitación, para poder visitar á sus anchas los bolsillos de sus dormidos parroquianos.

Se acercó al joven, cuyos ojos se cerraban y le tiró del pie izquierdo:

—¡*Donner und blitzen!* rugió el extranjero, que no era ya el joven de rizada cabellera, sino un gigantesco carbonero cuyas pupilas echaban chispas y de cuyos labios salía un vapor azulado, hediondo á pez. ¿Qué pretendes hacer con mi pierna, grandísimo ladrón!

Junto con la bota, el pobre Hans tenía en sus manos la pierna del carbonero.

—¡El cielo me proteja! balbuceó. ¡Sóis Rubezahl!

—¡Rubezahl, sí, que viene á castigarte, malandrín!

Y apoderándose de la pierna, el terrible visitante golpeó cruelmente á Hans cuyos gemidos despertaron á los durmientes. Estos se estrecharon unos contra otros y guardaron silencio.

Rubezahl, cansado sin duda de golpear al mísero tabernero, se volvió á colocar su pierna y quitándose la bota, se la lanzó á Hans con tal destreza, que el pesado tacón le golpeó la boca y le echó abajo todos los dientes. Al caer al suelo, la bota se transformó en un tizón ardiente. Rubezahl desapareció.

Los vecinos, despiertos ya del todo, fueron saliendo de su escondite. El tabernero, sentado en el suelo, lloraba amargamente, recogiendo su dispersa dentadura.

Restablecida la calma, se llevaron la mano



CUADRO DE RAFAEL

al bolsillo. Todos la sacaron al punto, dando gritos horribles. Las relucientes monedas se habían convertido en ascuas encendidas.

Desesperados, sintiendo que sus ropas ardían, los pecadores, dejando por todas partes chispas incandescentes, corrieron en confuso tropel á arrojar al estanque de los gansos. El agua hirvió; subió un poco de humo á la superficie y..... no se supo más de aquella turba.

La posada ardía y con ella las demás casas del pueblo maldito. Una fuerte brisa, nacida en las gargantas del Belchen, sopló el incendio, y poco después no quedaba de Gänsesumpf sino un círculo negro en la nieve blanca, en cuyo centro se levantaba la iglesia.

Las tres beatas sordas que habían pasado la noche en oración, quedaron para contar el cuento. Es por eso que en la selva negra, desde el Jura hasta el Neckar, se hospeda con cariño al viajero y se le excita á recibir piadosamente el nuevo año que nos otorga la misericordia del Señor de todo lo creado!

En este momento repicaron las campanas de la vecina iglesia. El *Gloria in excelsis* se elevó en los aires, poblando la soledad de aquella noche clásica con algo de celestial y sobrehumano. El viejo paralítico cruzó ambas manos é inclinó la cabeza; yo me arrodillé y pensé en mi madre, que seguramente en aquel instante mismo, á través de la distancia; me enviaba su bendición y reclamaba para mí la felicidad y el descanso!

s. BARCELÓ.

1898.

LA MAGDALENA

(FRAGMENTO DE UN POEMA)

X

TENTACIÓN

Ella leyó aquel libro desolado
Donde el alma afligida
Del poeta inspirado,
Lloraba las tristezas de la vida.
Ella siguió con íntima congoja
Aquel calvario del dolor tremendo,
Le siguió hasta la cruz, y fué vertiendo
Una gota de llanto en cada hoja.

Allí aprendió su espíritu inocente
Todo el dolor que en la existencia prueba
La miserable juventud que lleva
La sombra del pesar sobre la frente.
Ella leyó aquel libro que agitaba
Su corazón que al escuchar gemía;
En el pesar ajeno penetraba
Y su amargura sin querer partía.
«¿Qué triste es!»—exclamaba—
Y otra vez sollozando releía!

Así su alma inquieta
Vagando en el dolor y el idealismo
Templó sus fibras al acorde mismo
Del alma del poeta.
¡Ah, su mirada bella
No alumbró más su labio sonriente;
No buscó ya en la franja del Oriente
La más hermosa estrella
Que iluminaba el cielo,
Cuando su vida, de esperanza llena,
No escuchaba la voz del desconsuelo
Con que canta su duelo
El galeote amarrado á su cadena!
Su sueño era agitado
Por extrañas y lúgubres visiones
Que turbaban su calma;
Y un eco doloroso y desolado
Que arrullaba su alma
Con cantos de perdidas ilusiones.
Su espíritu caía
A su pesar en fúnebre quimera,
Sin que la luz de su razón supiera
Por qué aquella ansiedad le obscurecía.
Así á su corazón entró el veneno
Que la sed inocente
Bebe en esta corriente:

¡La onda amarga del dolor ajeno!

Su alma soñadora
Buscó la soledad y el aislamiento,
El silencio profundo,
El rayar de la aurora,
El tachonado azul del firmamento,
El espacio sin valla,
El desierto del mundo:
¡Estas cosas de Dios con que la vida
Cicatrizaba la herida
Que postra el corazón en la batalla!

¡Oh, cuántas veces al cruzar la brisa,
Que dejaba en su ofdo
Un rumor entre cántico y lamento,
Comprimió el corazón estremecido
Y dijo:—¡Este es su acento!
¡Todo era él! ¡La vaga perspectiva
Del lejano paisaje;
La música del ala fugitiva;
La espina de la rama
Que á las ropas se adhiere,
Y que parece que algo decir quiere
Y que nos toca y al pasar nos llama!
¡Todo era él! ¡El rayo del lucero
Que entre los ojos que le ven se esconde;
El eco lastimero
Que al suspiro responde:
La confusa silueta
Del árbol que se asoma y que se inclina;
Todo aquello de Dios era el poeta;
Todo era él en su ilusión divina!
¡Todo era él! ¡El alma saturada
De su ideal halagüeño,
Mece su memoria acariciada
Bajo las mismas alas de su sueño!

Así el amor sublime
Nació en la soledad y en el misterio;
—Nota del arpa cólica que gime
Suspendida al ciprés del cementerio.—
Creció al calor de la piedad secreta;
Se nutrió con la lágrima del verso,
Libó en las ilusiones del poeta
Y llenó el Universo.

XI

SOLA

—Rayo de luz celeste y misteriosa,
¿Por qué iluminas sin cesar mi alma?
¡Ah! ¿de qué foco de la tierra subes
O de qué estrella de los cielos bajas?
¡Cierro los ojos
Y no te apagas!

Rayo de luz celeste y misterioso

¿Eres el resplandor de su mirada?

Eco de melancólica ternura:

¿Por qué al ofdo sin cesar me llamas

Y los pesares de la vida lloras

Y la ilusión de la existencia cantas?

¡Cierro mi oído

Y no te callas!

Eco de melancólica ternura

¿Eres la dulce voz de su palabra?

Sombra inmortal de un imposible sueño

¿Por qué á mi sombra sin cesar te amarras,

Y en todos los instantes de la vida

En derredor de mi existencia vagas?

¡Cierro mis brazos

Y no te apartas!

Sombra inmortal de un imposible sueño

¿Eres su imagen que el recuerdo graba?

Dulce canto de amor del labio ajeno

Que en la caricia de mi labio pasas,

¿De qué mundo ideal la nota llevas

Que así las voces de la tierra acallas?

Subes del mundo?

¿Del cielo bajas?

Dulce canto de amor del labio ajeno,

¡Canta á mi ofdo! ¡Sin reposo, canta!

Libro que lloras la ilusión perdida

Y el alma entre tus hojas arrebata,

¡Ah! ¿por qué siembras en la vida ajena

Las ilusiones que perdió su alma,

Como las nubes

Que el viento arrastra?

Libro que lloras la ilusión perdida,

¡Ah me pareces su primera carta!

(Lira)

«No siente el corazón, ni el alma crea

Lo que no hay en la existencia humana;

La realidad de la ilusión existe;

Existe la verdad de la esperanza!

¡Sombra que habitas

Entre mi alma,

*Eres la imagen del ideal sublime
Donde tiende el espíritu sus alas!*

Eco divino de su voz celeste
¿Por qué al oírte el corazón me embargas?
Te escucho, y el espíritu cautivo
Bajo tu inmensa fe pliega sus alas!
¿A quién respondes?
¿Para quién cantas?
Eco divino de su voz celeste,
¡Tengo horror de tu fuerza soberana!

XII

SOLO

¿Trepamos sobre las montañas?
¿Bajamos hasta la pendiente?
¿Seguimos al veloz torrente?
¿Rodamos hasta sus entrañas?

¿Cruzamos sobre el mar profundo?
¿Subimos en su ola al cielo?
¿Corremos polo á polo el suelo?
¿Rompeamos la atracción del mundo?

¿Dónde me lleva el ideal divino.
Que en su insensato vértigo me lanza
A buscar en su loco remolino
La eterna realidad de la esperanza?

Y ¿qué es la vida sin su lumbre bella?
Lóbrega y tempestuosa noche fría,
¡Marchemos sin cesar! Sigo tu huella,
Espléndida visión del alma mía!

¿Cruemos la senda ignorada
Que pisa la planta del hombre;
Busquemos el rumbo sin nombre
Que lleva á la dicha soñada!

Salvemos el lóbrego océano,
La cresta elevada del monte,
La línea del turbio horizonte,
La sabana inmensa del llano.

¡Ah no me dejes en la noche triste,
Caído á la mitad de mi jornada!
¿No ves rayar su luz en la alborada?
¿La realidad de la ilusión existe!

XIII

CONJUNCIÓN

¿Quién desviará la brújula cautiva
De su perpetua aspiración al polo?
¡Hay un poder tan sólo:
Aquél que está allá arriba!
Y él no aparta la brújula cautiva!

¿Quién desviará de su órbita la estrella
Que va siguiendo al astro eternamente?
¡El Dios omnipotente
Que le marcó su huella!
Y él no aparta de su órbita la estrella!

¿Quién cambiará la línea de la llama
Que sube sin descanso al firmamento
En las alas del viento?
El señor que la inflama:
Y él no cambia la línea de la llama!

¿Quién volcará las aguas del océano
Que en su lecho cautivan las arenas
Sin muros ni cadenas?
El Padre Soberano:
Y él no vuela las aguas del océano.

¿Quién romperá los lazos del destino,
Que figan en la vida y en la muerte,
De dos almas la suerte?
¡Sólo el Poder divino:
Y él no rompe los lazos del destino!

¡Así, bajo la fuerza del destino,
Aquellos dos espíritus se amaron;
Sin luz casi se hallaron;
Y rompieron su valla
Sin lucha ni batalla,
Al resplandor de su ideal divino!
Una tarde de enero
Se acercaron él y ella:
¡La celeste mirada del lucero
La fúlgida mirada de la estrella!

Ella bajó sus ojos
Latiendo el corazón estremecido,
Y alboró su semblante conmovido
Con el suave carmín de sus sonrojos.
Él sintió el suyo redoblarle al seno,
Como el tambor que bate
La señal del combate
De duda y gloria y esperanza lleno!



QUINTA "LAS MERCEDES" — Lugar de Recreo. Propiedad del señor H. Chammer

Su mirada elocuente
En la intensa mirada
Hundió otra vez de la mujer querida;
Y al oprimir su mano á la partida,
Los dos se vieron pálida la frente.
¡ Madre Naturaleza!
Cómo inunda el amor, de nueva vida
El esplendor de tu inmortal belleza!
¡ Alma de amor nutrida,
Cómo tiendes las alas
Por la región azul del firmamento
Y de tu esencia misteriosa exhalas
El aroma que nutre el sentimiento!

.....
¡ Así se unieron en su amor ardiente,
Sin lucha ni defensa!
Todo fue natural en su corriente,
Como el alma que piensa
Y el corazón que siente;
Como el ojo que mira,
Como la onda que pasa,
Como el fuego que abrasa
Y como el astro que en los cielos gira.
¡ Nacieron, se atrajeron,
Se acercaron, se amaron:
Sus almas en un beso se fundieron
Y á la sublime eternidad se ataron!

Y allá van en la ráfaga del mundo,
Como dos alas escalando el cielo:
Hoy, compartiendo su dolor profundo;
Mañana, sus delicias y su anhelo.
¡ Unidos y estrechados
Por el amor del alma, que reclime,
Va, entre sus dos espíritus ligados,
La realidad de la ilusión sublime!

¿Quién romperá los lazos del destino
Que ligan, en la vida y en la muerte,
De dos almas la suerte?
¡ Sólo el Poder divino:
y Él no rompe los lazos del destino!.....

RICARDO GUTIÉRREZ.

Buenos Aires.

POEMAS VULGARES

por

EMILIO FERRARI



ANTES de ayer pasaba yo por
la *Librería Española*, y me
paré á curiosar los libros
que resaltaban en el lustroso
 escaparate. La vidriera re-
lumbraba y hacía visos con
el sol; detrás de ella se veía á los em-
pleados del establecimiento, ocupados
en ordenar con muchísimo cuidado co-
lecciones de *La Ilustración Artística*, y
los libros aparecían ante mis ojos en
ringleras, muy bien acomodados, blancos
como los ampos de la nieve, aún intonso-
s, y ostentando los diversos colores de sus tí-
tulos, azules por aquí, encarnados por allá,
negros por todas partes. Lo cierto es que
me puse á recorrerlos uno á uno con los
ojos, como quien pasa revista á un lujoso
batallón de infantería, y que de pronto me
detuve en un título azul, gótico, de caracte-
res muy bien hechos, que decía: *Poemas
vulgares*. Leí lo que seguía, y hallé esto:
Consummatum—En el arroyo. Entonces busqué
á la carrera, por todo aquello de la cubierta
blanca, el nombre del autor, y arriba, en lo
más alto, me encontré con el de Emilio Fer-
rari. Verlo, meterme al establecimiento, pe-
dir un ejemplar de aquel tomito, y salir á
largos pasos, hojeando el libro por encima,
fue todo obra de un instante. A poco llegué
á casa, leí los dos espléndidos poemas de
Ferrari, y los encontré admirables, armo-
niosos de conjunto, peregrinos de detalles,
muy bien versificados, con mucha música
sonora y llenos de oloroso perfume.

Ferrari es un poeta de los buenos, qui-
zás de los mejores, de los que gastan sobe-
rana inspiración, tienen privilegiado oído y
son artistas verdaderos. Y no se crea que
afirmo esto por seguir de novelero la opi-
nión de Castelar ó de doña Emilia Pardo
Bazán, sino porque realmente los versos de
Ferrari son hermosos como pocos, elegantes
como el contorno egregio de una estatua de
Canova, y sonoros como el bronce. Mejor
que él nadie conoce los más recónditos se-
cretos de la versificación, el manejo de los
acentos rítmicos, el justísimo uso de los tro-
pos, y la manera de colocar los adjetivos
donde no huelguen por impropios, sino luz-
can como el sol en la faceta del diamante.
Tiene un gusto literario que desde luego se
encarece por su notable exquisitez, y cada
estrofa, cada verso, cada hemistiquio suyo,
aunque á las veces se le escape uno que
otro rasgo chabacano, ostentan el sello dis-
tinguido del superior ingenio. Su oído es
finísimo y certero, y por eso las estrofas le
salen tan rotundas, que es un deleite recitar-
las en voz alta. En imaginación esplendo-
rosa, en brillantez de estilo, en originalidad
de metáforas y símiles, podrán vencerle nada
menos que Salvador Rueda y Manuel Reina,
que son dos coloristas milagrosos: pero lo
que es en arte, en corrección, en música dul-
císima, á las veces le gana hasta al maestro,
que es cuanto puede decirse en elogio de
sus notables cualidades, porque el maestro es
Núñez de Arce, ó lo que es lo mismo, el
número primero de los poetas españoles de
la presente era. *La muerte de Hipatia* es un
prodigio de versificación exquisita, en donde
es necesario andar muy sobre aviso para dar
con un detalle débil, con un verso prosaico,
con una estancia desgobernada y floja. Con

tal obra tendría Ferrari lo bastante, en cuanto á la forma se refiere, para dejar muy bien sentada su reputación de artista sabio. Se desenvuelven los períodos con majestad olímpica, los versos suenan como frases de arrulladora melodía, y los epítetos refulgen cual joyas de perlas y brillantes. (1)

Ferrari es discípulo de Núñez de Arce, y ello se le conoce pronto en la grandilocuencia del estilo, en la viril entonación del verbo lírico. Empezó, como el autor de *El vértigo*, por la leyenda histórica de pronunciado sabor épico, vaciada en ocasiones en el brillante molde de lo maravilloso; pero ya hoy se le ve andar con paso firme en medio de la sensible realidad que nos rodea, para tomar los asuntos de sus riquísimos poemas de los sucesos, ora dramáticos, ya trágicos, pero ordinarios de la vida. Que acierta en este campo—mejor que en el primero y con mayor habilidad que Núñez de Arce—no hay sino verlo en la comparación que se haga de *La Pesca*, por ejemplo, y *Consummatum*. Ferrari, á no dudarlo, es más dueño del color local, se adapta con más facilidad al medio ambiente, y sin necesidad de requintar allá en el fondo el lenguaje de sus personajes, no incurre como Núñez de Arce en aquella detestable prosa, cuya fealdad se agrava con el artificio de la versificación, de los pésimos diálogos que aparecen en *La pesca* y en *Maruja*. Núñez de Arce se propuso trasladar á la poesía el lenguaje familiar y callejero tal cual es, desnudo, chabacano y hasta grosero en un sentido relativo, sin darse cuenta de que la alteza de la poesía y la majestad del verso lo repugnan por plebeyo. Lo que más puede exigirse y debe hacerse en este género de poesía modernísimo, para no chocar abiertamente con el espíritu literario dominante en nuestra época, es procurar que las ideas que el artista ponga en los labios de sus personajes, estén en relación estrecha con la capacidad intelectual de éstos, con la cultura que poseen y con el medio en que se mueven; pero de ningún modo que el artista las exprese con la misma grosería con que pudiera hacerlo el personaje á que da vida. En la novela cabe ese lenguaje desgarrado (no el que corresponde al novelista, sino el que hablan los actores en los diálogos), porque ya se sabe que la novela (la contemporánea, por supuesto) es el medio más directo que hoy se conoce en la región del arte para reflejar los sucesos de la vida con entera exactitud, y porque en los dominios de la prosa se le ve como en su centro; pero á la poesía no es posible adaptarlo en su completa desnudez, desde luego que, hasta por la dificultad que el verso ofrece á cada paso, en razón de los inconvenientes que la rima opone y de los tropiezos que ocasionan los acentos, se desvirtúa

(1) Ignoro si don Leopoldo Alas, que tiene de la crítica la generosa y amplia idea que tan valientemente expresa en su estudio acerca del poeta Baudelaire, opinará hoy lo mismo que opinaba cuando dijo, con la más insoportable injusticia, que Ferrari, en cuanto poeta, era un hombre vulgarísimo (*Mescilla*, página 362).

Mas sea de ello lo que fuere, y para contrarrestar el juicio del malhumorado crítico, no menos que para darle fuerza á mi opinión, tan desautorizada por ser mía, se me antoja copiar en esta misma nota lo que de Ferrari ha escrito el notable literato don Francisco Blanco García, el cual es, en cuanto crítico, autoridad irrecusable. "Hay que reconocer en Ferrari—dice el agustino—imaginación tropical y brillantísima, dotes de versificador estupendo, en que sólo cede á Núñez de Arce, y gusto y manos de verdadero artista para anclar la estrofa, dándole el relieve y pulimento de una escultura de alabastro. El que no sienta los primores de forma, la eufonía y la tersura de algunos fragmentos del *Pedro Abelardo*, *La muerte de Hipatia* y la recién publicada *Alegoría de otoño*, no sabe lo que son versos, ni distinguir de colores y sonidos en materia de poesía castellana."—Véase el segundo tomo, página 353, de *La literatura española en el siglo XIX*, por el padre Francisco Blanco García.



INTERIOR DE LA QUINTA "LAS MERCEDES"

al fin y al cabo sin remedio, perdiendo por ende su legítima naturalidad, y dejando en lugar suyo el diálogo ó el monólogo prosaico, sobremanera afeado por los rípios y demasías impropias que ha menester forzosamente el artificio para darle la forma requerida. Ferrari ha vencido la dificultad en *Consummatum*, poniendo en boca de la prostituta arrepentida lo que ella es capaz de concebir, sin propasarse nunca de las lindes en que su imaginación puede moverse, pero tampoco sin renegar de la belleza, sin prescindir de las galas y primores de lenguaje que la poesía acostumbra, y sin romper la unidad artística del espléndido poema. Núñez de Arce, por lo contrario, ha tomado el diálogo directamente, y como el éxito así era imposible, aun tratándose de su destreza singular, hubo de fracasar redondamente en el empeño. Pues lo mismo que en *Consummatum* sucede *En el arroyo*: lo que el entretenido grantujilla dice á sus compañeros de calle y travesuras, está de acuerdo con su temperamento, con la viveza que Ferrari le supone, y con la agilidad constante y andariega de su imaginación. Nada hay en sus palabras que repugne por impropio, que disuene por excesivo, ó que parezca inverosímil; y, sin embargo, las quintillas nada tampoco tienen de prosaicas, sino mucho de elegantes, cultas y sonoras.

Verdad es que el realismo ha triunfado en todo el mundo literario, ha llegado hasta

la cumbre de sus aspiraciones, y clavado en lo más alto el glorioso pabellón de sus conquistas; verdad que las más poderosas resistencias han cedido ante la avasalladora fuerza de su empuje, que ha plantado su tienda de campaña en todos los dominios de la inteligencia, y que por esto ya hoy nadie se acuerda de beber las aguas de la inspiración sino en las fuentes vivas de la naturaleza, siempre joven como el alba y eternamente hermosa como la Psiquis del olimpo mitológico; pero el realismo no es aceptable en poesía sino depurado de todas sus groserías exteriores, que son aquellas que se refieren á la expresión de las ideas. Precisamente por ser la poesía la cristalización suprema del lenguaje, la quinta esencia de la forma literaria y el pináculo del arte, rechaza de firme todo aquello que venga á desmejorarla y prostituirla. Si la poesía no es otra cosa que la expresión de la belleza, y la belleza no reside en otra parte que en el feliz consorcio de la idea con la forma, necesario se hace buscar la forma pura y exquisita en la hábil combinación de aquellos elementos escogidos que son capaces de engendrarla. El poeta puede ser sencillo cuanto quiera, pero jamás prosaico ni vulgar; puede adueñarse de lo real con toda la fidelidad posible, pero sin empuercar la legítima hermosura del soberano idioma en que se expresa; puede dar vida al drama humano con toda la intensidad de las pasiones,



CUADRO DE MURILLO

pero sin prescindir de la belleza exterior. El personaje tiene derecho que le sobra para hablar en el poema, pero no directamente, sino por boca del artista, que es el capaz de mantener en su obra la unidad de la hermosura, sin necesidad por otra parte de calumniar al personaje, de suponerle los alcances con que no le agració naturaleza, ni de expresar lo que á éste ni por asomos se le ocurre. El diálogo y el monólogo son un escollo en poesía, pero el escollo no puede evitarse de otro modo que por medio del recurso que para este caso tiene el arte.

Consummatum es una obra bella en toda la extensión de la palabra. El realismo que la informa es verdadero, desde la descripción pintoresca y animada, en que todo se ve como de bulto, hasta el drama íntimo, que hace palpitar con fuerza al corazón. El argumento es tan sencillo, que apenas cabe en cuatro líneas. Una muchacha de la clase media, seducida por los encantos mundanales é impulsada por su temperamento ardiente, se escapa de la granja en que ha crecido como una flor hermosa en la esquiva soledad del valle, y corre á las ciudades populosas en busca del placer y de la orgía. La crápula mina al fin y al cabo su salud, y con el corazón henchido de tormentosos desengaños, regresa al rincón de su niñez, para morir allí en medio de las pálidas tristezas del otoño, oyendo el canto de los zagales y zagalas del contorno, y pidiendo á sus padres ya muertos perdón por sus pasados extravíos. No una, sino muchas veces, se lee con entusiasmo este poema delicioso, porque al sentimiento hondo que respira, á la opulenta imaginación que lo engalana con la explosión triunfal de sus fulgores, junta las riquezas espléndidas del arte. Hay allí, con todo, detalles en que la inspiración del poeta se sublima, como son la pintura frescísima de la vendimia, cuadro que por sí solo basta para hacer una reputación no despreciable en sólo un día, y el admirable contraste que Ferrari establece entre la vida de escándalo y orgía de la protagonista en medio del estrépito del mundo, y la existencia halagadora, risueña é inocente que antes llevara allá en el campo, saltando por los húmedos barbechos, cogiendo en las laderas flores nuevas brillantadas de sol y de rocío, recorriendo las márgenes de la quebrada en floridas de tomillos, y madrugando diariamente á las rústicas faenas, mientras el gallo cantaba en el corral el advenimiento de la rosada aurora. Como estoy casi seguro de que nadie aquí tiene todavía noticia de este poema de Ferrari, copiaré á continuación uno de los dos trozos indicados. Léase, pues, el bellísimo contraste—en uno de cuyos términos el naturalismo desnudo campa por sus respetos, sin que el poeta haya incurrido en la expresión prosaica é indecente—y dígame después si quien tan gallardamente lo escribió, es ó nó uno de los mejores poetas castellanos de la presente era.

La arrepentida pecadora, al regresar á su casa antes alegre, ahora triste, abandonada y sola, se pone á recorrer uno por uno los sitios en que fueron las dulcísimas horas de su infancia, hasta que

.....En la mortuoria alcoba,
junto al mísero lecho de caoba,
se le arrasan en lágrimas los ojos;
y besando la cruz que en la agonía
su desolada madre besaría,
sin fuerzas yá, desplómase de hinojos.

Recuerda entonces cuando en vil hartura,
públicamente fue de su hermosura
subastando al amor los desperdicios,
y arrastrando, en fastuosas bacanales,
por todas las modernas capitales
como una regia púrpura sus vicios.

Cuando en la ociosidad de sus salones,
con el olor que en índicos jarrones

los arbustos del trópico exhalaban,
gozábase con lánguido marceo
en aspirar las flores del deseo
que á sus pies, retorciéndose, brotaban.

Cuando, insaciable, en vergonzosos lazos,
pasaba de unos brazos á otros brazos
sin ajustar la desceñida ropa,
el corazón rompiendo en que bebía,
como se rompe, al despuntar el día,
vaciada yá, tras el festín, la copa.

Cuando al mentir adoración sus ojos,
temblaba al borde de sus labios rojos
el vil sarcasmo, que clavaba artera, (2)
teniendo ora irritado, ora indolente,
ya el pérfido ondular de la serpiente,
ya el brusco aconular de la pantera.

Que así, amarrada en su triunfal martirio
al corcel de Mazeppa de un delirio,
toda barrera al desenfreno rota,
fué subiendo, tarima por tarima,
las gradas del escándalo, esa cima
donde se halla, á la vez, tramo y picota.

¡Cuán diferente su existencia en medio
de aquel agreste y solitario predio
en cuyo albergue tutelar segura,
vio transcurrir los años de su infancia
en el temor de Dios, y en la ignorancia
de las pasiones, inocente y pura!

Aquel gozoso despertar, apenas
llamaba á las domésticas faenas
el desvelado gallo en los corrales,
para bajar, despercezoando el sueño,
á migar en el rústico barreño
la sopa destinada á los zagales;

aquellas expansiones placenteras
por la tarde, á la vuelta de las eras,
ó del río en las márgenes vecinas;
los infantiles cuentos y canciones
oídos al amor de los tizones
en las gratas veladas campesinas;

la flor cuidada en el humilde tiesto,
el lecho en un rincón, limpio y honesto,
donde soñó su juvenil poena,
y aquel armario en que del blanco hatillo
se exhalaba el aroma del membrillo
y el familiar olor de la alhucema.

No se pase á las volandas por sobre esta versificación, que es música deliciosa toda ella. Medítese con el detenimiento que merece, y entonces será cuando podrá entenderse bien su legítima hermosura. Hay versos que difanizan claramente, por la verdad que encarnan, por la armonía con que suenan, por la euritmia insuperable que presidió á su formación, la sabiduría y buen gusto del artista. Tales son, por ejemplo,

el desvelado gallo en los corrales,

á pesar del predominio ejercido por los acentos rítmicos sobre la misma vocal, predominio que no empece á la hermosura del endecasílabo, en gracia de la fuerza sugestiva del adjetivo *desvelado*:

(2) Señalo este verso con letra bastardilla, lo mismo que el que dice:

el corazón rompiendo en que bebía,

porque las ideas que expresan no tienen conclusión. ¿Qué era lo que bebía la prostituta en el corazón ó en los corazones que iba rompiendo en cada nuevo capricho ó devaneo? ¿En dónde ó en quién clavaba artera el vil sarcasmo? Conste, además, que en un corazón no se puede beber nada; que el verbo *romper* resulta allí muy mal empleado, y que por todo esto la imagen es falsa en absoluto. ¿Estuvo, acaso, en la mente del poeta hacer una especie de síncope, dándole al verbo *beber* toda la extensión que tiene, y con la cual frecuentemente se le usa, como cuando se dice Fulano de Tal *bebía*, por Fulano de Tal *se emborrachaba*? Ni aun aceptando esto como cosa muy corriente, resultaría bueno el verso, porque lo que se bebe en tal sentido no es sino *aguardiente* (entre nosotros voz *genérica*), y en un corazón, como ya he dicho, no se puede beber nada, ni aun en sentido figurado. Todo lo cual expongo, no sin tomar antes la venia de ciertos críticos muy sabios que entre nosotros se dan ínfulas de oráculos, como si ello fuera la cosa más natural del mundo.

los infantiles cuentos y canciones
oídos al amor de los tizones
en las gratas veladas campesinas,

porque con elementos rayanos de la vulgaridad ha triunfado el realismo por completo dentro de los términos de la poesía;

y aquel armario en que del blanco hatillo
se exhalaba el aroma del membrillo
y el familiar olor de la alhucema.

Lo mejor del poema, en cuanto á la belleza y pulcritud de la forma se refiere, está en el fragmento que he copiado, en la descripción que sigue á éste del paisaje que se contempla en torno de la granja, y en el báquico cuadro de los vendimiadores. De la descripción que menciono transcribo las estrofas en que se hace la pintura del crepúsculo vespertino, porque parecen cuatro joyas primorosamente trabajadas.

¡Cuán solemne quietud! Es el momento
de íntimo y celestial recogimiento
en que se abisma y recontra el mundo;
la corona de rosas de la fiesta
deshojando en el polvo, en que recuesta
su helada frente el año moribundo.

Sobre su lecho que agostó el solano,
postrada por las fiebres del verano,
naturaleza, que por fin reposa,
cediendo á un suave bienestar, parece
que al letárgico influjo languidece
de una convalecencia voluptuosa.

Se siente una tristeza indefinible,
un sopor de las cosas apacible,
una impresión de soledad y olvido;
y todo descolórase y esfuma
tras un vapor en cuya tenue bruma
dijérase que flota sumergido.

¡Hora en la vida de contrastes llena,
que es ansia vaga y placidez serena,
mudo estupor y religioso encanto,
penumbra de misterios indecisa,
último resplandor de una sonrisa
que se deshace, resignada, en llanto!

Este poema, hermoso como los mejores de su estirpe, apenas tiene una que otra nota desgraciada, que por lo fáciles de corregir, sorprenden en un artista de los recursos de Ferrari, tan sumamente escrupuloso y de tan peregrino gusto literario. Por lo mismo que la obra es en lo general limpia y correcta, los contados lunares que negrean en más de una estrofa, resaltan en el fondo del conjunto á la manera que las huellas impuras de una mosca en la corona de azahares de una bella desposada.

La primera sextilla comienza del siguiente modo:

Quien se complazca en el adusto invierno,
vaya á buscarlo *coronando* eterno
las graníticas cumbres de la sierra.....

y allí se ve que el gerundio *coronando* es, además de incorrecto, anfibológico, porque su acción tanto puede referirse al *invierno*, como á quien vaya á buscarlo á las cumbres de la sierra. El gerundio, como se sabe demasiado, denota coexistencia ó anterioridad inmediata con el verbo que determina á la oración, y en el presente caso no concurre ninguna de estas circunstancias, porque *coronando* no tiene que hacer nada con el verbo *buscar*, que es el que rige, y el cual á quien directamente afecta es al sujeto.

En la segunda sextilla se afirma en absoluto algo que está muy lejos de ser cierto, y que no pasa de ser una ilegítima licencia.

Cuando un ensueño juvenil de amores
pensar os haga en las tempranas flores
y en las nidadas que el verdor cobija,
no hallaréis un lugar donde se ostente
como en el *valle*, espléndida y riante,
la primavera, *que del valle es hija*.

La primavera es tan hija del valle, como de la montaña, el huerto, la colina, el bosque,

la campiña, la selva y el collado. Si el poeta hubiera usado en los dos últimos versos la voz *campo*, en la cual se comprenden todas las voces anteriores, además de expresar lo verdadero, le habría dado á la estrofa mayor número y cadencia, porque la *eme* de campo es mucho más enérgica, por dilatadora del sonido, que la *elle* de valle. A lo cual se agrega que el sentido poético no perdería nada con la sustitución, por que la primavera también se ostenta en la ciudad, en sus alrededores, en los parques y jardines, y lo que se quiere es ponderar su hermosura allí en el campo, en donde brilla con toda la esplendidez de sus lisonjas.

Véase la cuarta estrofa :

En un rincón de tierra castellana
que desde el sitio próximo en que mana
cruza Pisuerga entre campiña verde.....

La preposición *entre* usada allí no puede ser más desgraciada, porque ella sirve para denotar situación ó estado en medio de dos ó más cosas ó personas, y la campiña es una sola. Se dice con entera propiedad *entre flores*, *verbi-gracia*, porque el plural es suficiente á determinar de una manera exacta el sentido de lo que se expresa; pero *entre campiña verde* es incorrecto, y además de incorrecto, prosaico en grado sumo. Apelo al dictamen de don Miguel Antonio Caro, que es persona que entiende de estas cosas gramaticales como nadie. Además de la preposición, en la estrofa es preciso censurar también el relativo *que*, tan aplicable al río Pisuerga como al *rincón de tierra castellana*. (3) En el manejo del posesivo *su*, de suyo anfibológico, se le advierte á Ferrari poquísima destreza, como puede comprobarse con los ejemplos que en seguida copio:

(3) No sólo aquí, sino también en *En el arroyo*, Ferrari hace uso de la preposición *entre* impropia mente, como puede verse en los siguientes casos:

Pajarillo volandero
que perdido *entre* la fronda,
cualquier fruto picotea,
en cualquier rama se posa.....

Hállasele *entre* una turba
de arrapiezos de su estofa,
por que gorriones y niños
por propio instinto se asocian.....

Duerme, ya sobre los bancos
de una plaza, *entre* la sombra,
ya en el quicio de una puerta,
ya de un atrio en las baldosas.....

Si procesión ó rosarios
salen de alguna parroquia,
lleva su cirio *entre* un grupo
de cofrades y devotas.....

Con vivo caracoleo
pasan, mientras, los carruajes,
entre el polvo del paseo
y el erugiente traqueteo
de varillas y de herrajes.

Acerca del uso de la susodicha preposición, consúltese la *Gramática de la lengua castellana*, por la Real Academia Española—págs. 197, 198, 232, 233 y 234. Yo creo tener razón, á juzgar por lo que ella dice; pero puedo estar equivocado, y por eso pregunto á quien lo entiende. Si *sombra* y *polvo*, en los ejemplos citados, expresan la idea de unidad, ¿se puede decir correctamente *entre la sombra* y *entre el polvo*, como muchos dicen *entre mi ser* y *entre mi corazón*? Y si *fronda*, *turba* ó *grupo* expresan la idea de pluralidad dentro de la de unidad, ¿será correcto decir *entre la fronda*, *entre una turba* y *entre un grupo*? Según la Academia, nó, y según Salvá, tampoco; pero es lo cierto que todo el mundo literario, con muy pocas excepciones, emplea la susodicha preposición como mejor le cuadra ó se le antoja.



AMOR MATERNAL.—Grupo de E. B. Stephens

Mas si vuestra alma simpatiza triste
con el otoño, que *su* luto viste.....

Allá, de noche, cuando en luz pajiza
baña la luna *su* pared terriza.....

Luégo, alzando su faz pálida y bella
como el dolor, en que estampó la huella
de infames noches el insomnio ardiente,
abrió y entró. Bajo *su* doble calma,
lóbrego el sitio y tenebrosa el alma,
quedaron un minuto frente á frente.

Pues aquella mujer, como se lanza
la inadvertida alondra á la asechanza
del espejuelo seductor, *hace años*
abandonó su hogar pobre y sencillo
para seguir, cegándose á *su* brillo,
de la ambición los pérfidos engaños.

¡Ojalá nunca—prosiguió—dejara
su paz en que hoy gozara
de un venturoso hogar los regocijos.....

Aún pienso verme en la Babel, perdida,
al acaso aturdida
dejándome arrastrar por *su* tumulto.....

En el primer ejemplo es difícil saber si el *luto* pertenece al *alma* ó al *otoño*, y cuál de los dos es el que lo viste. En el segundo, como el sujeto está á cinco estrofas de distancia, al primer golpe de vista se le figura á uno que la *pared terriza* es de la *luna*, y no la tapia de la granja. En el tercero la anfibología se complica, porque la *doble calma* tanto puede referirse á la casa, como á la mujer que entra, como al *lóbrego sitio* y al *alma tenebrosa*. En el cuarto se queda uno harto perplejo, sin atinar á quién debe atribuirse el *brillo*, si al *espejuelo seductor*, al *hogar pobre y sencillo*, ó á los *pérfidos engaños de la ambición*. Y lo que es en el quinto, no había necesidad de emplear el posesivo *su*, como tampoco en el sexto, porque con los artículos *la* y *el* se hubiera dicho más y muchísimo mejor, sin incurrir en la vaguedad anfibológica. Se me dirá que el sentido común es para eso, para atribuirle el posesivo á quien convenga, de acuerdo con la lógica de las ideas; pero es el caso que, si hasta allá fuéramos, el arte dejaría de ser en breve, porque el sentido común es capaz de comprender los más atroces disparates que se escriban. Además de lo cual debe observarse—en la sextilla que corresponde al cuarto ejemplo—lo demasiado vulgar de la frase *hace años*.

De tarde en cuando, en las estrofas salta uno que otro verso duro, prosaico y desgarbado, ya sea por la violencia de alguna sinalefa ponderosa, ya porque los acentos rítmicos se le han rebelado desvergonzadamente al diestrisimo poeta. Ninguno de los endecasílabos que á continuación transcribo, es aceptable en una versificación tan magistralmente trabajada como la de este magnífico poema.

Y desde entonces ya no hubo momento.

De ingrave sombra lo recorre todo,

En el hortal cada deshecha tabla.

Pero aquí, ya me duele tu retardo.

Un sitio entre ambos, á que en paz me cña.

La desdichada, que socorro ansía.

De la cual solamente en la comarca.

Y si en mis manos estuviera hacerlo, yo modificaría las estrofas marcadas con los números XXX y LXXIV, del siguiente modo:

Quiere medir lo que creció el castaño
que ella plantara; *suspende* el daño
que hizo en la higuera la tenaz sequía;
oír si aún el agua en las corrientes
murmura aquellas cosas *diferentes*
que en otro tiempo, enagenada, oía.

Rayo postrero de la luz del día,
pálido, oblicuo, sin calor, hería
los bordes de las tapias de la huerta,
y entre reliquias del verdor de mayo,
sólo una mariposa en aquel rayo
de sol nadaba, entumecida y yerta.

Modificaciones con las cuales se evitarían, en la primera estrofa: el verbo *examinar*, prosaico hasta no más; el verbo *escuchar*, para que desaparezca la enorme sinalefa de *si aún*, y el adjetivo *incoherentes*, contentivo de una sinéresis de fierro, y por contera, del peor gusto; y en la segunda estrofa: el numeral *un* del primer verso; el encuentro de las dos *erres* de *postrer* y *rayo*, cuya pronunciación es dificultosa; la forzuda sinalefa de *lo alto*, y la carencia de número del verso con que se verifica la pausa media de la estrofa. La repetición del verbo *oír* en la pri-

mera sextilla, en vez de ser pesada, le comunica mayor intensidad al sentimiento que las cláusulas respiran.

Ni sería inoportuno, sino al contrario muy discreto, substituir, como lo hago, en la estrofa que dice:

Allá, al final de la olvidada senda,
donde ni humilde ofrenda
ni *basta* cruz depositara el duelo,
sobre esa tumba, con rumor doliente,
cayeran solamente
las compasivas lágrimas del cielo,

substituir, repito, la segunda con la primera forma del pretérito imperfecto (modo subjuntivo) del verbo *caer*, no sólo para evitar la sínéresis sino también para darle mayor fuerza al heptasílabo, que tal como aparece en la sextilla, es débil en extremo. (4) Ni creo que tampoco sería impertinente hacer á la cruz *basta*, que vale igual que *tosca*, para obtener la corrección de lo que debe saber el lector ilustrado en estas cosas.

A pesar de la esmerada versificación de *Consummatum*, y del profundo sentimiento que respiran las sextillas del monólogo, *En el arroyo* es una obra más humana, tiene más vida y movimiento, y le habla con mayor elocuencia al corazón. La soberbia pintura del rapaz, el retrato que éste hace á sus colegas de la que debe de ser su madre, y sobre todo, la escena final del poemita, son cosas que llegan hasta el alma, y la conmueven. El sacudimiento que se experimenta es brusco, fuerte, hondo, y lo que son los ojos, casi, casi se humedecen. *Primavera* es hijo de una dama de la alta aristocracia, pero ilegítimo, bastardo, habido de unos amores clandestinos. El muchacho casi lo sabe, porque los recuerdos de su infancia se lo están diciendo de continuo, y una tarde de paseo, en que los bosques y jardines se encuentran llenos de carruajes, y el polvo se arremolina en torno de ellos, y las yeguas de pura raza piafan enarcando el cuello sudoroso poblado de crines relucientes, y rutilan los arneses de brillante plata, y tintinean las menudas cadenillas de los espléndidos pretales, y las joyas echan chispas, y ondean los erguidos plumajes como llamas, y los corpiños hacen visos acariciados por el sol; una tarde así, repito, el tronco del carruaje en que la dama anda se desboca por la avenida suntuosísima, en medio del asombro de la apiñada multitud. Ver aquello *Primavera*, lanzarse á la calle acto continuo, echar mano á los frenos espumantes y detener el tronco de improvisa, todo es uno. El audaz muchacho cae, rueda, muere del polvo y se lastima, pero la dama se salva de la trágica é inevitable muerte que ía espera. Bafiado en sangre generosa, *Primavera* se incorpora, se sacude, sonrte de placer, y lleno de embarazo y confusión, se coloca junto á la gentil señora. Entonces,

Tendiéndole ella una mano,
del fino guante ceñida,
corrió á estrechársela ufano,
y fue á darle un sobrehumano,
un primer beso en su vida.

Pero al asirla, sintió,
con el roce de la seda,
algo frío..... El beso ahogó,
y en las suyas oprimió
la vil paga: una moneda.

Aún vio á la dama, anhelante,
volver, temblando, la adusta,

(4) Conste aquí, después de todo lo observado, que Ferrari ha convertido á *trae* y *cae*, no una, sino del tiro cuatro veces, en palabras de una sola sílaba, cuando tienen dos. Con semejante procedimiento inaceptable, los versos se echan á perder, porque, ó se aumentan nada menos que una sílaba, ó para que no se estiren indebidamente, se ve el lector en el forzoso caso de pronunciar *tre* y *que*, en lugar de *tra-e* y *ca-e*.

pálida faz un instante;
oyó en seguida, vibrante,
el restallar de la fusta;

fue con ira y desconsuelo
perdiendo de vista el coche;
alzó los puños al cielo;
tiró el oro contra el suelo
y tuvo hambre aquella noche.

¿No es verdad que esto es hermoso? ¿No es verdad que el alma siente aquí la soberana conmoción que produce la realidad fuertemente sentida y expresada? ¿No es verdad que á los párpados se asoma una lágrima furtiva, á tiempo que en los nervios se experimenta el formidable arranque de la indignación? Pues esa es la misión de los poetas: apoderarse de esos dramas palpitantes de la vida, darles forma con el arte, con los esplendores de la imaginación, con la magia del ritmo, de la palabra sonora y del color maravilloso, y hacer brotar de ellos la inefable expresión de la belleza.

Anoche me encontraba yo de visita en casa de una señora harto distinguida, hermosa como no hay muchas en América, que tiene verdadero entusiasmo por el arte, que ama los versos bellos y siente profunda admiración por los hombres de talento. El corredor estaba á media luz; ardía el quinqué sobre la mesa de luciente mármol, detrás de un abanico de plumas de colores encajado en un florero; extrañas plantas olorosas se veían en la baranda metidas en jarrones de rica porcelana, y en el patio se oía el chorro de agua de un surtidor de bronce. Después de hablar de Peza, cuyos *Cantos del hogar* se sabe ella de memoria, mi simpática amiga me exigió que le recitara algo nuevo, y yo, por darle una sorpresa deliciosa, me puse á recitar el poemita *En el arroyo*. A medida que las estrofas iban saliendo de mis labios, aquella mujer abría los ojos, me miraba fijamente y respiraba con más fuerza. Con verdadera ansia le palpitaba el corazón, y bajo los encajes del corpiño, blancos como la espuma del océano, se le movía el relevado seno como imperial onda de nácar. Cuando dije la última quintilla, los ojos de mi amiga estaban húmedos, y ella apenas podía hablar, dominada por la más honda emoción.

Yo creo que con esto es suficiente para hacer el justo elogio del poema de Ferrari. La humedad de aquellos ojos vale cien veces más que todos los aplausos del Ateneo de Madrid.

1892.

GONZALO PICON-FEBRES.

LAS MEMORIAS DE UN POBRE DIABLO

(FRAGMENTO)



DESPUÉS del trabajo, cuando el sol caía lentamente sobre nosotros como el telón de teatro sobre un drama malo é inútil, Calixto tenía de continuo conversaciones ó más bien soliloquios violentos, inacabados é interrumpidos por terribles silencios. Yo lo observaba en tanto que él hablaba. No era el mismo Calixto que yo había conocido; el gentil y suave Calixto, de fisonomía agraciada y fina, de ojos penetrantes y expresivos; el Calixto que tantas veces alivió mi aflixión atrayéndome hacia él como á un asilo de paz, de alegría y de tranquila fuerza. ¡De paz y de alegría! . . . Ah! pobre Calixto!

Lo vuelvo á ver y esta visión que desde hace tantos años no me deja un solo instante, me hace siempre mal. El esfuerzo que le costaba encontrar las palabras y pronunciarlas le cubría el rostro de duros pliegues, de contracciones dolorosas, asemejándolo á un anciano ó á un loco. Su mirada me producía espanto y

me hacía recordar las figuras alucinadas de sus lienzos y los cielos tormentosos de sus paisajes. Y, ¿osaré decirlo? No le daba sino aprobaciones tímidas, y banales consolaciones que más bien lo hacían exasperar. Sin duda esperaba un gesto, una comprensión muda, una palabra de aliento . . . ¿Qué hacer? Una discusión técnica habría dirigido su espíritu hacia reflexiones menos personales, hacia hechos más amplios; pero era preciso poseer algunos conocimientos y yo no tenía ningunos: era incapaz de razonar las impresiones que experimentaba delante de la extraña novedad de sus obras. No conocía ninguna de las palabras que acarician y consuelan. En vano las buscaba en mi mudo y entristecido corazón: no las encontraba.

Mi terror crecía por momentos: terror que me sacudía cual sacude la ráfaga la débil espiga del trigo. ¿Trae el arte estas torturas, estos dolores, este infierno? . . . Me lo representaba en mis ensueños como un consolador, como el infinito é ideal paraíso donde el hombre no encuentra sino la dicha. ¿Debería vivir yo también sobresaltado de continuo, con el rostro contraído por el sufrimiento y la vista convulsa por donde pasaba el relámpago de la locura? Este pensamiento me daba frío en los huesos . . . No habría querido estar allí. . . deseaba irme á otra parte. . . lejos, muy lejos. . . Cada vez que veía á Calixto presa de sus delirios sentía deseos de huir, de irme á un país donde no encontrase sino rostros humanos, sin pensamientos, sin reflejos, como las olas muertas de un lago; pero me sentía retenido por no sé qué misterioso y horrible placer . . .

En el taller la acrecentada penumbra me parecía cada minuto más trágica: los objetos se amplificaban siniestramente exagerándose hasta la irrealidad de la pesadilla; alrededor de mí las figuras pintadas se animaban con una vida terrificante, me dirigían sus miradas sobrenaturales y se mofaban con sangrienta burla: los balletes me representaban atroces crucifixiones . . . Sobrecogido de temor gritaba:

—Calixto! ¡Calixto! vámonos de aquí. . . te lo ruego.

En la calle me calmaba un poco, y Calixto también. Su desaliento tomaba una forma menos sombría. Una esperanza, la esperanza en el trabajo del día siguiente, iluminaba su corazón; y yo veía con júbilo despejarse su fisonomía, borrarse los pliegues de su piel y las contracciones de su rostro. El ruido de la calle, el movimiento de la gente; el brillo de las tiendas arrojaban los fantasmas de mi cerebro. Calixto me tomaba del brazo y caminando me decía:

—La pintura? . . . No te imaginas, muchacho, cuán difícil y casi imposible es . . . Sí; muchas veces he pensado que podría ser cosa de burla, como lo es para la mayor parte. . . ¿Qué sé yo! En fin! . . . Hay dos cosas en la pintura: dar el carácter á lo que se pinta . . . el dibujo, si quieres: esto no es nada; y la observación; y el ingenio. . . Ah! el ingenio! . . . Por ejemplo . . . Supongámos que estás en un jardín . . . Sí . . . En este jardín hay flores, grupos de flores de diferentes colores que al parecer se excluyen. Bueno . . . Teóricamente imaginas que esto es inarmónico: en efecto, debía ser inarmónico . . . Y, bien! Nada de esto . . . En la naturaleza todo está bien colocado . . . La naturaleza se burla de las teorías y te voy á explicar por qué . . . La naturaleza, ó si quieres mejor, la luz, hace una operación. ¿Cómo diré? Química? Química no . . . en fin, no importa . . . Sólo que la naturaleza, sin que esto sea sensible á la vista, junta por invisibles juxtaponiciones los diversos grados de un tono al otro . . . Esta invisible transición es la que debe buscar el pintor para llegar á una armonía aproximativa. El no puede hacerlo sino dividiendo el tono . . . Sí; pero . . . En Bouguereau encontrarás lo que te digo.

Bruscamente se interrumpía y me daba un codazo.

—¿Qué tenías? ¿por qué querías irte? ¿estás enfermo?

Le confesaba los terrores de mi espíritu y las extrañas visiones del taller.

—Es el arte, chiquillo . . . El arte es esto.

Visiones... Has encontrado, ni más ni menos, el carácter de las cosas del taller. Un caballete como una cruz, como un patíbulo . . . Ah! el movimiento; esto es, el carácter . . . Has dado á este objeto que no es nada, que no tiene una existencia real, la forma de los terrores de tu espíritu . . . Bravo! Estás en camino . . . Mañana quizás lo verás de otro modo . . . como una catedral . . . como una flor de luz . . . como un animal simbólico, ó no lo verás . . . Es preciso meterte en la cabeza esta verdad . . . Un paisaje, una figura, un objeto cualquiera no existe en sí sino en tí. ¿Te imaginas que hay árboles, llanuras, ríos, mares, astros? . . . Error, mi buen hombre . . . No hay nada de todo esto, exteriormente á lo menos. Todo está en tí . . . Un paisaje, chiquillo, es un estado del tono de tu espíritu . . . como la cólera, como el amor, como la desesperación. La prueba está en que si pintas el mismo paisaje en un día de alegría ó en un día de tristeza, harás dos paisajes diversos, que no se parecerán en nada. La naturaleza! . . . Juzgo que la naturaleza es admirable en esto: —escúchame bien —en que no existe. Ella no es sino una combinación tonta y multiforme del estado de tu espíritu; una emoción cambiante de tu alma . . . Un árbol! ¿Qué es un árbol? ¿qué significa un árbol? . . . Los naturalistas me hacen éir: ellos no saben lo que es la naturaleza: piensan que un árbol es un árbol y el mismo árbol . . . Qué ton-tos! Un árbol, son treinta mil cosas. . . Un animal algunas veces . . . algunas veces, una iglesia . . . algunas veces un instrumento de música. . . lo que yo sé. . . todo lo que ves, todo lo que sientes, todo lo que comprendes . . . Te digo todo esto muy mal, pero te digo la verdad.

Y me sacudía el brazo rudamente cual si fuera una rama, repitiendo:

—Esto es evidente. . . veamos. . . esto salta á la vista.

Estas palabras incoherentes y contradictorias no me inspiraban confianza. Ellas se disipaban de prisa, y yo no retenía sino un ruido discordante como el sonido del cuerno que se pierde á través de los rumores de la ciudad.

Llegábamos, él confundido por sus palabras, yo aturdido de oírlos, á la pensión donde acostumbáramos comer en la tarde: una pensión modesta y triste, frecuentada por los empleados de los ministerios y algunas vecinitas sin familia. Calixto había escogido esta posada para "cambiar de aire;" y evitaba cuanto podía las charlas literarias; los cafés artísticos. . . Era una especie de reposo intelectual. . . una tregua á las preocupaciones de la cabeza y del es-



SEMBRADORA. — Por Tomás Dennerlein

lómago; y se entretenía con los comensales hablando de política, de cocina, de mujeres.

Cabezas de ternera—me dijo el primer día—pero trágicas. . . Tú verás. . . No encuentro nada más terrible que un burgués grueso y calvo. . . Toda la ferocidad humana está allí, muchacho. Esto me conforta un poco; me da mejor opinión de mí mismo.

Permanecíamos en la pensión casi dos horas. Calixto se reía de los equívocos del burgués y picaba el ojo á la criada cuando pasaba cerca de él. Tenía ciertas vulgaridades que me apenaban; pero prefería verlo así.

—Ah! señor Calixto, decía la doméstica, acabaréis por. . .

Calixto respondía con un gesto á la vez grosero y simple: —Es para reír. . . Tú sabes que no me enamoro sino de mis pinturas. Es suficiente para mi temperamento.

OCTAVE MIRBEAU.

Acabo de enviar á una buena mujer de los Abruzzos el retrato de Beatriz Cenci, grabado por Calamatta.

Es el pago de una de esas emociones de arte y de historia que la gente rústica nos da á veces. He empleado siete años en saldar esa deuda con Fortunata; menos tiempo, sin embargo, que los trescientos años que hicieron aguardar los príncipes Borghese á la Cenci, para arreglar su cuenta.

Necesito advertir que hace siete años fui con los míos á pasar el invierno á una playa italiana, entre la montaña y el mar. Fortunata hacía parte de la casa que se nos alquiló. Era una buena mujer como ya no se ven en nuestro país, en donde todo el mundo sabe leer, escribir y contar. Encendía el fuego é iba al lavadero. Se levantaba temprano para servirnos mejor. Se acostaba tarde á fin de dejar todo en orden. Cuando caíamos enfermos cogía en la montaña yerbas mágicas y las cocía con mil sortilegios.

Una mañana me abordó en el jardín, en donde me encontraba sentado cerca de un pote de rosas. Sólo un grave acontecimiento podía hacerla dar un paso tan extraordinario. Fortunata sentía por su amo tal respeto que la impedía hablarle.

—Señor, me dijo, quisiera saber si es cierto que los príncipes Borghese han perdido toda su fortuna.

Miré á mi sirvienta con sorpresa. Nunca esperé oír aquel nombre ilustre en boca de una criada. Ciertamente no me imaginaba qué interés podía tener Fortunata en las desdichas financieras de la histórica familia cuyo nombre acababa de pronunciar.

Contesté al azar:

—Así lo aseguran los periódicos.

Y señalé un número de *La Tribuna*, todavía extendido sobre mis rodillas.

Fortunata juntó las manos, lanzó un suspiro y exclamó: —Por fin. . . La pobre Cenci

ha entrado en el paraíso!

Por la tarde, mientras jugábamos nuestra partida, al Síndico la ocurrencia de Fortunata y le manifesté mi extrañeza.

—No os extrañe, me contestó, que el recuerdo de la Cenci sobreviva en la memoria de vuestra sirvienta. La juventud de Beatriz, su belleza, la infamia de su padre que osó desealarla, la virtuosa audacia con que la hija, puñal en mano, se defendió de la agresión; por último, la abominación de quien se aprovechó de aquel parricidio excusable para enviar la Cenci al patíbulo, confiscar los bienes de una opulenta familia en provecho de sus sobrinos, todo ese drama de lucro y de sangre, ha permanecido vivo en la memoria de nuestro pueblo romano.

No ha osado enviar directamente al paraíso á aquella hija conmovedora, que lleva sobre sí la sangre de su padre. Le ha impuesto un tránsito por el purgatorio. Pero nunca desconfió ese pueblo de que la fortuna mal ad-

quirida acabaría por salir de manos de los príncipes Borghese. Y se decía: "Será una prueba de que Dios ha perdonado á la pobre Cenci y le ha abierto las puertas de su misericordia."

Pregunté si aquella candorosa profesía se había consignado en algún relato de la época de Beatriz. El Síndico me contestó:

—Yo no lo sé, pero si la historia de la Cenci os interesa, puedo facilitaros una crónica en que se cuentan sus últimos momentos con detalles patéticos.

A la mañana siguiente recibí el libro que me había prometido el Síndico, el cual agregé que me hacía presente de él.

Acabo de releer, al lado del grabado de Calamatta, el fúnebre relato. Está escrito con una sencillez popular, con una gracia de detalles, con una sinceridad de emoción, que lo hacen más precioso que el retrato un tanto desabrido y sistemáticamente lánguido de la Galería Barberini.

"La mañana de la ejecución, dice mi crónica, la Cenci se levantó á las tres. Pidió que se advirtiese á su suegra, Lucrecia, á fin de que asistiese á la misa, de rodillas á su lado. Luégo dijo á los religiosos que la asistían:

—"Os ruego que nos hagáis preparar, á mi madre y á mí, dos sayas sin adornos en el pecho, plegadas en la espalda y de anchas mangas como las vuestras; pues no sería conveniente que nos apareciéramos á los ojos de todo ese pueblo con los ricos vestidos que lleváramos en otras ocasiones.

"Aquel deseo fue satisfecho inmediatamente. La suegra recibió una saya de tela de algodón negro; la Cenci, de tafetán azul, con una gran cuerda que le ceñía la cintura. Un velo de la misma tela debía cubrirle la cabeza.

"Aquellos detalles del traje, la asistencia á los oficios, la confesión, ocuparon á ambas mujeres hasta las siete de la mañana. A las ocho oyeron que se aproximaban algunos cantos: era la compañía de la Misericordia que venía á buscarlas para conducir las al lugar del suplicio. Sin dejar de cantar, los hermanos erigieron un gran crucifijo ante la puerta de la prisión; quisieron que la Cenci lo advirtiera desde luégo y sacase fortaleza de su contemplación.

"Casi inmediatamente las rejas se abrieron y apareció Lucrecia seguida de la Cenci. Una y otra se dirigieron resueltamente al crucifijo, se arrodillaron é hicieron oración. Luégo, con paso firme, tomaron el camino de la plaza Santa Ana, en donde se había levantado el patíbulo.

"Una multitud inmensa formaba fila en la plaza Navona, á lo largo de la vía. Ni una sola voz se levantó al paso de las mujeres, pero todos los ojos lloraban. Se compadecía, sobre todo, la suerte de Beatriz. El vestido azul que la habían puesto los monjes se abría al caminar y dejaba ver una falda de paño violeta y unas babuchas de terciopelo blanco, enlazadas con elegancia y sostenidas por cordones carmesíes. Un velo de paño plateado que los religiosos le habían echado á última hora para protegerla contra el frío de la mañana, acababa de darle la apariencia de una madona. Beatriz no podía hacer ningún movimiento con los brazos: estaban atados al cuerpo de manera que apenas pudiera sostener con las manos libres un crucifijo. Cada vez que pasaba por delante de una iglesia, decía con voz segura:

—*Adoramus te Christe.*

"El número de carrozas y la multitud eran tales en los alrededores del puente San Angelo, que la procesión sólo á duras penas pudo atravesar la plaza. Por fin las dos mujeres llegaron á la capilla que se les había preparado. La orden de ejecución decía que Lucrecia debía ser ajusticiada la primera.

"Cuando la Cenci vio que el estandarte volvía á la capilla para buscarla á su vez, preguntó con vivacidad:

—"Está bien muerta mi madre?"

"Se le contestó que sí y entonces se aproximó al verdugo y le dijo, tendiéndole las manos:

—"Atad ese cuerpo que ha merecido castigo.

"Luégo, volviendo la vista hacia el fondo de la capilla, dirigió al crucifijo esta invocación: —"Desatad esta alma, que ha de subir á tu gloria eterna.

"Debajo del patíbulo dejó las babuchas. Subió con prontitud los peldaños. Adivinaba que todo debía hacerse á prisa, á fin de evitar que se conmoviese el verdugo. En el momento en que éste le quitaba el velo, tuvo un movimiento rápido de pudor para impedir que la multitud se fijase en su hermosa garganta."

Creo que después de mi encuentro con el fantasma de Beatriz en plenos Abruzzos he leído todo lo que se ha escrito acerca de la Cenci por los historiadores y por los novelistas. Todo, desde el soneto de Massini que vio caer aquella cabeza encantadora, hasta la sencilla tragedia que el marqués de Custine hizo representar en la Porte-Saint-Martin, en 1833. Pero, ni en el drama de Shelley, ni en la novela de Gurrasi, ni en la historia de Tito de Albono, he encontrado una página que me haya conmovido tanto como aquel suspiro de mi vieja criada de los Abruzzos:

—Por fin la Cenci ha entrado en el Paraíso!

Recordad lo que ha sufrido ese pueblo italiano en los tres siglos que nos separan de aquella trágica aventura. Ninguno ha conocido más amos, ninguno ha hecho más revoluciones, ninguno ha visto más triunfos y más gemonías, ninguno ha sentido sobre sus espaldas, alternativamente, más azotes y más caricias. Sin embargo, á través de tantas pruebas, no ha olvidado á aquella que una mañana vio pasar bajo un velo azul, camino del suplicio. Desde hace trecientos años sufría con pensar que en las llamas del Purgatorio ella expiaba una falta involuntaria. Y creía en su rescate como en la justicia misma de Dios.

Yo he recogido con piedad, de los labios de la pobre Fortunata, el suspiro que saludaba la certidumbre de aquella liberación, pues sí existe una joven Italia que se dirige hacia esperanzas que á veces me entristecen, amo sin reservas á la Italia de ayer, á la Italia que recuerda.

HUGUES LE ROUX.

CARTAS A PASCUAL

NUEVA SERIE

II



CONTINUEMOS, querido Pascual, nuestra conversación sobre cosas de la patria.

Indiqué de paso en mi carta anterior una cuestión que quisiera tratar hoy despacio, y ampliarla. Dije, y creo que probé, que, biológicamente considerada, nuestra raza es todavía débil, si la comparamos con las más civilizadas, porque los elementos que la componen no se han mezclado y combinado aún, al punto de constituirse en lo que la zoolo-gía llama "especie," y la antropología "raza" propiamente dicha. Insinué que de la relativa debilidad orgánica proviene en gran parte la relativa indecisión del carácter; y añadí que los organismos débiles y las razas en formación son también capaces de sacudimientos violentísimos, pero efímeros. Por último, cuando aludí á nuestra "epopeya" de la Independencia, dije que se explicaba por la acción de causas puramente históricas.

De esta cuestión y de sus consecuencias hablaremos aquí; planteándola ahora de un modo más claro, para evitar comentarios é interpretaciones erróneas.

En lugar de causas "puramente" históricas, quizás hubiera sido mejor decir: causas "más bien, ó sobre todo," históricas, pues claro está que en el aspecto de las revoluciones y, en general, en todos los movimientos de la masa de un pueblo, figuran siempre como factores la raza y el clima. Pero, al propio tiempo, es preciso distinguir entre el aspecto de la evolución de un pueblo, considerada en la suma de sus períodos sucesivos, y el aspecto de un período determinado. Para comprender la evolución general es preferible el examen de los factores generales y constantes, en tanto que, para comprender un período circunscrito, vale más el estudio de los factores circunstanciales, ó sea históricos, mucho más cuando se trata de una revolución, que no otra cosa fue la Independencia.

La "epopeya" que con tanta razón nos enorgullece tanto, fue una prueba de energía violenta; pero, no sería lógico deducir de ella que nuestro carácter nacional ha sido ó es ya (lo será más tarde) tenazmente enérgico; ni menos deducir, á ejemplo de los pesimistas, que desde entonces hemos decaído ó degenerado. Ambas conclusiones son, además de ilógicas, históricamente falsas.

El destino de las sociedades y de los pueblos es determinado, á mi entender, por dos influencias principales; á saber, la del medio (físico y orgánico) sobre el hombre, y la del hombre sobre el medio. Predomina la primera en los períodos primitivos ó de poca civilización, y la segunda en los períodos de civilización intensa. En otros términos: el progreso de la civilización es cada vez más rápido á medida que se hace más eficaz la acción del hombre sobre la naturaleza, para neutralizar sus fuerzas nocivas y apropiarse el medio á sus necesidades y aspiraciones. Nuestros orígenes históricos confirman esta ley.

Vemos, en efecto, que, durante los tres siglos del régimen colonial nuestra población es una masa inerte, sin iniciativa científica, artística, industrial ni política. Vive, porque todos los seres organizados tienden instintivamente á durar; pero vive trabajosamente, del modo precario que le permiten la debilidad constitucional de los elementos étnicos que la componen y las dificultades del medio físico á que trata de adaptarse sin poder aún modificarlo.

Sin embargo, en toda agrupación, por imperfecta que sea, se forma al cabo de cierto tiempo una clase de individuos, social é intelectualmente superiores, que se atribuyen de hecho, por decirlo así, la función cerebral de la agrupación. De dónde vienen? O surgen del seno mismo de la agrupación, en virtud de la sola tendencia social á la diferenciación, ó son conquistadores ó inmigrantes pertenecientes á otras razas. Ambas cosas pueden verificarse, ó exclusiva ó conjuntamente. Además, por medio de las relaciones con otros pueblos más civilizados verificase en el menos civilizado una infiltración de ideas extranjeras, que transforman tarde ó temprano el acervo de las ideas tradicionales.

En los comienzos de este siglo se había constituido ya en Venezuela una clase social superior, por sus dotes intelectuales y por sus riquezas, la cual tendía naturalmente á predominar en la vida de la colonia. Esta clase hizo posible y determinó la revolución de la Independencia.

Hé aquí el fenómeno histórico esencial, que explica los hechos posteriores. La Independencia no fue una reacción espontánea de toda la colonia contra la acción de la metrópoli, ni la sublevación del pueblo coloni-



LA VIRGEN DE LA ROSA.—Cuadro de Rafael de Urbina

zado contra el pueblo colonizador. Los ejércitos que iban á combatir en seguida no se compusieron de españoles solos en el campo realista ni sólo de americanos en el campo patriota. Si la guerra duró tantos años, fue justamente porque España pudo reforzar sus batallones con la población colonial, sin distinción de razas, ó más bien apoyándose en los americanos mestizos (1). Los más de los soldados de Boves eran tan venezolanos como los soldados de Páez. El 19 de abril y el 5 de julio, cuna y principio de la Independencia, no fueron obra del pueblo "cansado de la esclavitud," sino obra del grupo de hombres instruidos que constituían la clase social superior de la época. Contaminados de las ideas revolucionarias de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, iban á difundirlas con la propaganda y con la guerra en la masa inerte. Empresa más difícil que el desconocimiento de la soberanía de España, y empeño más largo que el de vencer en los campos de batalla á los ejércitos del Rey.

Insistamos. La iniciativa y el impulso vinieron de arriba, y precisamente de los individuos y familias que mayor interés aparente tenían en unir su suerte á la dominación española, para conservar sus riquezas y privilegios. Ricos, ó de posición privilegiada, eran Miranda, Bolívar, Madariaga, Ustariz, Clemente, Roscio, Yanes, Zea, Gual, Soublotte, Montilla, Tovar, Mendoza, Toro, Briceño, etc. Germinó en ellos antes que en la masa popular, la idea de la Independencia, y ellos empezaron á crear, con el ejemplo y la palabra, el sentimiento patriótico. De aquel pequeño grupo de hombres enérgicos partió el primer impulso que debía más tarde desarrollarse en una fulgurante epopeya. Los discursos, los escritos y el ejemplo de los patriotas de 1810 y 1811 movieron las lanzas de Páez y los Monagas, y el corazón de los héroes que á poco surgieron de todas las clases sociales. La mayor fuerza de la guerra santa fue la conducta misma de sus iniciadores, los cuales consagraron á crear la patria cuanto poseían: títulos, fortuna y vida. No hubo nunca más nobles ejemplos de abnegación, ni más constante energía en defender una idea y propagarla. Fueron los años de la guerra el parasismo del carácter nacional. Bolívar lo comprendió y sintió así cuando dijo que si la naturaleza se oponía á sus propósitos, vencería á la naturaleza. Grito soberbio de un héroe y de un genio!

Bolívar lo fue, y no tardó en encontrar en sí el impulso irresistible de la Independencia. Sin él, los patriotas de los primeros días hubieran quizá gastado larguísimo años en elaborar proyectos y en guerrear sin éxito. Con él, fue ya posible en pocos años triunfar en Boyacá y en Carabobo, crear á Colombia, libertar al Perú y fundar á Bolivia.

Hay genios reflexivos y genios impulsivos. Bolívar fue uno de estos, un genio de acción relampagueante, justamente el genio capaz de galvanizar á un pueblo inerte y arrastrarlo por rumbos desconocidos.

Un filósofo contemporáneo expone, á propósito de los genios políticos, una teoría original que él llama "*legge de la singolarità*," y que, discretamente aplicada, corrobora lo que acabo de decir. La "ley de la singularidad" es ésta: "Casi todos los grandes hombres públicos tuvieron un carácter intelectual y moral singular, ó sea,

opuesto al carácter del pueblo que gobernaron; y precisamente á esa diversidad de carácter debieron su éxito, porque, teniendo cualidades que faltaban á la nación y careciendo de defectos comunes á todo el pueblo, pudieron obrar poderosamente sobre él y ser admirados y seguidos como hombres únicos. (1)

En Bolívar concurren todas las condiciones del "hombre único" en su época. Los vínculos de la sangre unen su suerte á la de la sociedad venezolana; miembro de una familia radicada en la colonia durante más de dos siglos, le apegan á la tierra natal el interés y los afectos; pero, educado cuando mozo en los países más civilizados, vuelve á la patria con las ideas revolucionarias que en ellos predominan y son apenas conocidas en el suyo. Además, su temperamento, carácter y ambición le diferencian claramente de la turba, y le permiten hacerse jefe de ella y de la clase social que inicia la revolución. Empujado por su temperamento á la actividad violenta, halla en las luchas de la política y en las empresas de la guerra los medios más propicios para desarrollar su genio. Avido de gloria ruidosa corre en pos de la gloria, é infunde su propia aspiración á los indecisos y á los tímidos. Ambicioso de autoridad y de mando autocrático, su ambición le sirve para someter á los discípulos y unir en un haz, que él dirige, las fuerzas vivas de una población indolente y anárquica. Desdeñoso, en fin, de la riqueza material, consagra la suya á la obra común, y demasiado noble para vivir sin fama en un pueblo de esclavos, expone su vida á todos los peligros de los combates por la libertad, fascinando así á las masas con su bravura, inspirándoles amor con su abnegación y convirtiéndose en ídolo de ellas por el número y la resonancia de sus triunfos (2).

En suma: al empezar la revolución de la Independencia, observamos:—que un pequeño grupo de familias, pertenecientes á la clase social más alta, se apasiona de las ideas revolucionarias que predominan entonces en el extranjero, y esto, no tanto por la lectura de libros revolucionarios, porque el régimen colonial vedaba su introducción á Venezuela, sino como consecuencia de los viajes á Europa que emprendían á menudo los jóvenes de familias ricas; y, al propio tiempo, una población que vivía oscura y pasiva bajo la dura dominación, tres veces secular, de los conquistadores. La iniciativa revolucionaria de 1810 y 1811 se propaga á una parte, al principio ínfima, de la población, que ve en la Independencia un motivo y ocasión de guerra. Los primeros soldados patriotas obedecen más al instinto guerrero de sus antepasados los españoles y los indios, que al deseo de fundar la República. De pronto aparece un genio militar y político, que acelera la marea de la revolución y crea en pocos años la patria.

Si fue la Independencia un período de actividad prodigiosa y tenacidad indomable, no demuestra que la actividad tenaz sea cualidad característica de nuestra "raza". Demuestra sólo, que un grupo de individuos superiores dirigidos por un genio, cuando buscan apoyo en el instinto guerrero común á todas las razas, pueden abrir un paréntesis de actividad colectiva que se cierra no bien ha terminado la obra concreta que aquellos se propusieron realizar. La raza tiende en seguida á la misma vida pasiva que antes. Si la energía constante fuese una de sus cuali-

des características, hubiérase empleado, una vez concluida la guerra, en las empresas pacíficas de la ciencia, el arte y la industria.

No sucedió así. Cuando en 1830 se divide Colombia en tres Estados, en cada uno de ellos fluctúa la dirección de la vida nacional entre dos tendencias contrarias; á saber: la guerra civil, y la paz impuesta por una oligarquía. El término de la primera hubiera sido el caos: el de la segunda, el despotismo permanente. Por fortuna, ambas tendencias se contradicen, y en los azares de la lucha son posibles de vez en cuando períodos de equilibrio social, propicios al progreso y á la libertad.

Sería erróneo decir que el carácter nacional ha decaído ó degenerado. Si en la guerra de la Independencia llega al parasismo la energía violenta, pero efímera, de que son capaces, en momentos de pasión contagiosa, todos los organismos, aun los más débiles, igual cosa observamos en guerras civiles posteriores, sobre todo, en la de cinco años. El heroísmo, la abnegación y el sacrificio fueron también sentimientos generales durante la guerra federal. La energía nacional fue la misma en una y otra. La diferencia, más que triste, entre ambas guerras, es que con la primera se trataba de crear la patria, y con la segunda se logró sólo empobrecerla y hacer más lenta su evolución progresiva. Desde este punto de vista, todas nuestras contiendas civiles, todas, así las que inicia la tendencia "conservadora" como las que promueve la tendencia "liberal", contribuyen á retardar la prosperidad nacional. Diezman la población, y la debilitan. La diezman, porque la extensión del territorio y la dificultad de las comunicaciones prolongan la lucha armada, impidiendo que los ejércitos se reconcentren y libren batallas decisivas, y porque la imperfección del armamento de entrambos contendientes les obliga casi siempre á luchar cuerpo á cuerpo, destruyéndose mutuamente. La debilitan, porque después de cada revolución queda un número considerable de heridos, y otro mayor de enfermos y neurópatas, sin contar las consecuencias morbosas que los peligros, inquietudes y espectáculos horrendos de la guerra tienen en las mujeres y en los niños.

¿Resultarán compensadas estas pérdidas nacionales con la adopción de nuevas leyes políticas? Aun suponiendo que todas éstas fuesen siempre más adelantadas que las anteriores, habría que averiguar si se trata de un adelanto puramente teórico, caso en el cual la ganancia debiera sumarse con las pérdidas, ó de un adelanto positivo; quiero decir, de leyes que resulten, no de ideologismos más ó menos seductores, sino de inmediatas necesidades y evidentes aspiraciones sociales. En este sentido, está aún por hacer el estudio filosófico de nuestra legislación política.

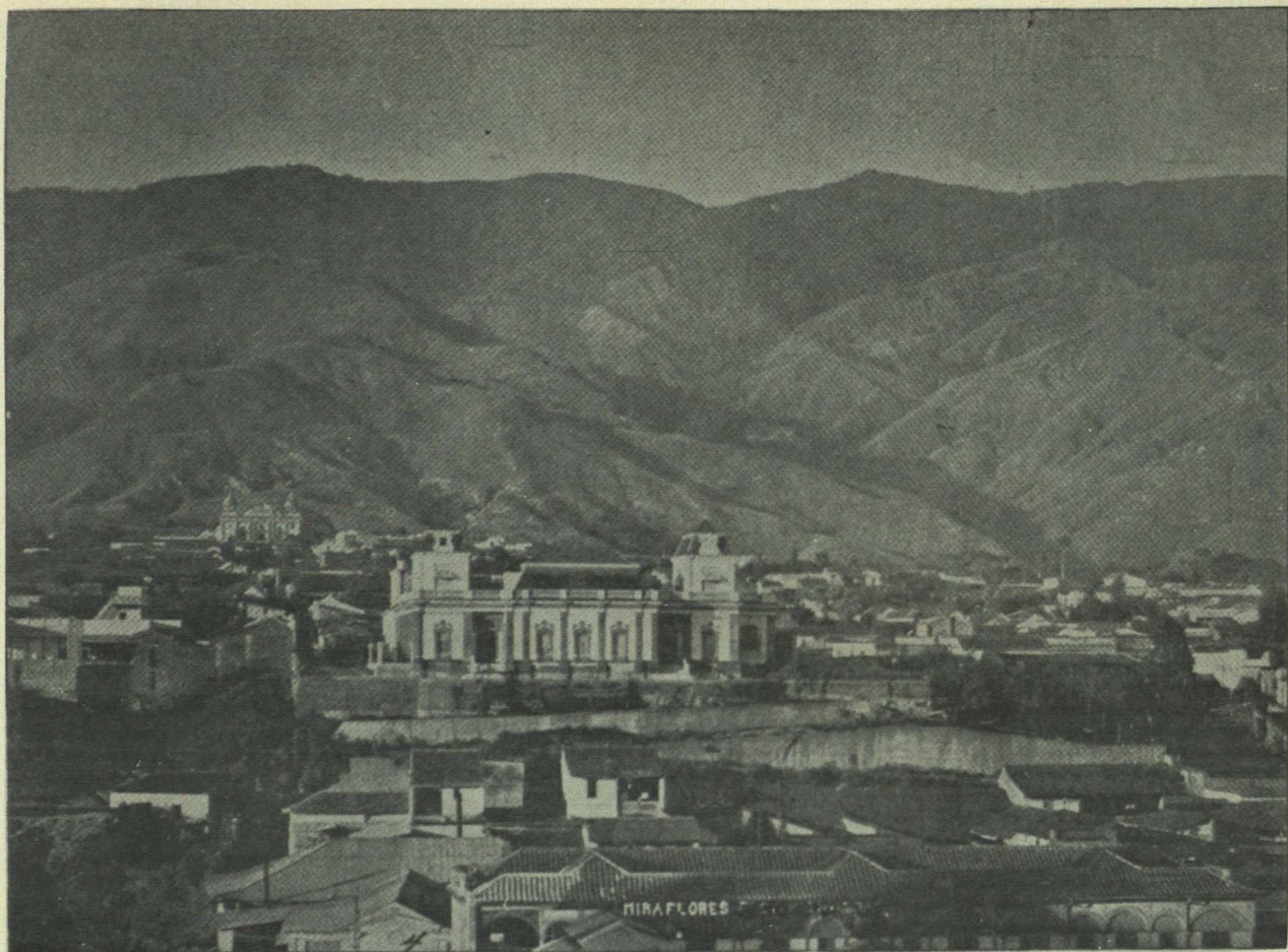
A pesar de todo, no hemos degenerado ni permanecido estacionarios. La evolución progresista ha existido y existe desde el triple punto de vista material, social é intelectual. Desgraciadamente, la evolución ha sido muy lenta, cuando hubiera podido ser rapidísima, como en otros pueblos que han vivido en condiciones análogas; y de ahí viene la inclinación al pesimismo que se nota con frecuencia en los espíritus que, ó por vivir lejos de la política diaria, ó por no ahondar mucho en el análisis de los fenómenos históricos, resisten poco á la impresión dolorosa de ciertos espectáculos tristes.

¿Cómo contribuiríamos eficazmente á acelerar el progreso? Las opiniones que leemos en la prensa difieren entre sí, y muchas se contradicen; cosa que me explico yo pensando que en la conciencia nacional no existe aún una idea clara de la situación, ni menos una dirección bien definida. Así como en los comienzos de la República hubo dos tenden-

(1) "Los guerrilleros, que después quisieron formar partido bajo la voz del Rey, excitaron esta rivalidad (entre blancos y pardos) llegando á ser proverbio en la boca de los europeos exaltados que los pardos eran fieles, y revolucionarios los blancos criollos con quienes era necesario acabar."—José Francisco Heredia, MEMORIAS SOBRE LAS REVOLUCIONES DE VENEZUELA. París, Garnier Hermanos, 1895, p. 30.

(1) Véase G. Ferrero, *L'Europa Giovane*. Milán, 1898, pág. 5.

(2) Procuro aquí demostrar solamente que Bolívar era superior á sus coetáneos. En otro escrito intenté analizar su carácter, indicando sucesivamente sus cualidades, defectos y errores.—Véase el prólogo de la obra titulada *Esquise de la vie de Bolívar* por S. de Schryver, Bruselas, 1898.



VISTA TOMADA DESDE EL PASEO DE LA INDEPENDENCIA

cias divergentes, militarista la una, y la otra oligárquica, así hemos observado en los últimos años dos tendencias antagónicas:—la una á confiarlo todo á la intervención del gobierno, y la otra á considerar éste, ó el sistema político imperante, como obstáculo para una prosperidad mayor, y hasta como agente de retroceso. ¿Será posible la conciliación de ambas tendencias? Creo que sí, porque la contradicción proviene de un error común en la manera de plantear el problema. Los que convierten al Gobierno en una especie de Providencia, olvidan que en un país de régimen «alternativo» la acción de los que gobiernan es limitada por las leyes mismas y circunscritas á un corto número de años, lo cual, con la ausencia de tradiciones legales, hace difícil, casi imposible la realización de planes administrativos de largo aliento, á no ser que los gobernados se concierten para imponer un plan invariable á los gobiernos sucesivos; y los que ven en el gobierno un obstáculo, parten del mismo error, pues olvidan que el gobierno no es, al fin y al cabo, sino un grupo de ciudadanos temporalmente encargados de aplicar las leyes existentes, y propensos, por la fatalidad de la inercia, á seguir practicando el sistema que les exige menor iniciativa. Las dos tendencias indicadas plantean el problema en el terreno exclusivamente político; y no ven que, así planteado, no tiene solución posible. Para que el «providencialismo» fuese una solución práctica, sería preciso una indefinida sucesión de gobiernos compuestos de hombres perfectamente honrados é intelectualmente perfectos: pura utopía! Y para que la otra tendencia cortase el nudo gordiano, sería necesario volver á la anarquía, y ensayar otra vez todos los sistemas políticos hasta dar con uno que pareciese más aceptable que los otros: pura ideología!

Estudie mos las cosas desde el punto de vista sociológico, y procuremos más bien exagerar el mal para que el remedio parezca más eficaz.

Progresamos lentamente; ó, si se quiere, no progresamos. Sin embargo, deseamos ganar el tiempo perdido, acelerando el progreso.—El sistema político imperante no lo acelera; ó, si se quiere, lo retarda. No obstante, ó por lo mismo, aspiramos con mayor energía á no quedarnos rezagados. Qué hacer? Lo que haría un particular cualquiera, que viese con mirada inquieta el estado de sus negocios. Procedamos, pues, en consecuencia.

Necesariamente, la primera cuestión es ésta: ¿con qué contamos como nación? Con un inmenso territorio, repleto de riquezas naturales casi inexploradas (que es como si estuviesen en la luna), y poblado por menos de tres millones de almas, que desean el progreso, aman la libertad..... y gustan de las revoluciones.

Qué nos falta? Gente para explotar el tesoro que nos tiene guardado la naturaleza: gente para la agricultura; gente para abrir caminos, canalizar ríos, secar llanuras, labrar maderas, fundar aldeas y ciudades: gente..... para todo. Qué hacer? Esperar á que nuestra mísera población se multiplique por los medios naturales, hasta llegar á treinta millones siquiera, valdría tanto como esperar el día del juicio final. Nuestra población era en 1810, según Humboldt, de 802.100 almas, y en 1894 de 2.444.816. De suerte que si las cosas siguen así, á fines del siglo XX no tendremos más de cinco millones. Bonito porvenir!

¿Qué debe hacer un pueblo en tales condiciones? No hincarse de rodillas á adorar al Gobierno ni levantar los brazos al cielo para maldecirlo. Debe buscar gente nueva y cada

vez más numerosa en los países donde sobra; debe atraerla y acogerla fraternalmente. Y verá á poco: florecer la agricultura, abrirse las minas, surgir ciudades, fundarse industrias, aumentar la riqueza, pensar sabios, crear artistas: en una palabra, verá acelerarse el progreso.

Alguien me replicará:—todo eso es exacto; pero la dificultad insuperable es otra: la inmigración es necesaria, pero vaya usted á obligar al gobierno á distraerse de su política diaria para ocuparse en esta cuestión vital.

Responderé rotundamente, que la dificultad no es insuperable, ni tan grande como parece. Los gobiernos son grupos de hombres hasta cierto punto inertes, que siguen el rumbo por donde los pueblos los empujan, ó por donde los pueblos les dejan irse; y justamente, para que la inmigración sea un remedio eficaz, es preciso que la pida la opinión pública. Ningún gobierno, por autoritario que se le crea, resiste mucho tiempo al grito continuo de la opinión. Si ésta se hubiese pronunciado enérgicamente en el sentido que voy indicando, no leeríamos hoy en las publicaciones oficiales cosas tan tristes como las que apuntaré enseguida:

El territorio de Venezuela mide 1.552,741 k. e. repartidos así:

Zona agrícola.....	349.488 k. e.
Zona pecuaria.....	405.313 " "
Zona virgen.....	797.940 " " (más del doble que las otras dos juntas).

Pertene cen á particulares:

De la zona virgen.....	12.349 k. e.
De la agrícola.....	123.419 " "
De la pecuaria.....	257.180 " "
	392.948 k. e.

De manera que la nación cuenta todavía con 1.159,793 k. c. (3)

2.444.816 almas para 1.552.741 kilómetros cuadrados! Hé aquí la causa principal de nuestra lentísima evolución social. Supongo que nadie niegue la verdad de esta ley: que la *sociabilidad* aumenta con la *densidad* de la población, y que los resultados necesarios de la sociabilidad son: el incremento de los medios de producción, la división del trabajo, la cooperación, el aumento de la riqueza pública y, forzosamente, la prosperidad de las industrias y el florecimiento de las ciencias y las artes. Basta observar á cualquier pueblo civilizado para convencerse de lo dicho. Añadiré solamente, aunque me repita otra vez, que la desventaja consiste en tener una población mínima (de una «raza» indecisa y débil) diseminada en un territorio enorme. Holanda, Dinamarca y Suiza son países muy civilizados con una población pequeña en número, pero *densísima* en territorios que cabrían en uno de nuestros Estados.

Enagenar parte del territorio sería una locura; reconcentrar la población actual, es imposible. Qué camino nos queda? Uno solo: poblar el territorio con inmigrantes de una raza superior, para hacernos ricos, fuertes y civilizados.

Los gobiernos mismos, á pesar de su inerxia, han tenido el *presentimiento* del porvenir. Apelemos de nuevo á las publicaciones oficiales. La «sección de riqueza nacional» del último Anuario estadístico (4) empieza así: «La exuberancia que presenta la vegetación espontánea en casi todo el territorio de la República, especialmente en la zona virgen, *hace presentir* la copia de elementos naturales con que han de contar en Venezuela ciertas industrias, cuando el exceso de población obligue á extender los centros del trabajo hacia las regiones del país todavía incultas, donde se guardan para el hombre riquezas incalculables. Bastan sólo las maderas útiles en que abundan los bosques de Venezuela para proporcionar ocupación á multitud de brazos y estimular el ensayo de nuevas industrias con visibles ventajas sobre otros países.»

Sin embargo, ¿cuál es hoy el producto *real* de esas riquezas incalculables? Abramos el Anuario por la página 200, y veamos qué produjeron en el año económico de 93—94 esas «maderas útiles» que tanto entusiasmos inspiran á la estadística oficial. Sumando lo relativo á «palos de tinte» y «maderas variadas», hallamos que se exportaron 8.983,000 kilogramos, por un valor de 431.062 bolívares. Si con eso contamos!

El valor total de las producciones nacionales exportadas en el mismo año fue de 107.655,694 bolívares. Fuerte suma? Sí, pero aleatoria, y más que difícil de obtener en una larga serie de años, porque en ella figuran como valor de la exportación del café 84.769,091 bolívares, y nadie ignora que si seguimos fundando en el café la mayor parte de nuestra riqueza correremos pronto á escape á una bancarrota inevitable. La exportación de cacao figura con un valor de 9.651,231 bolívares, y aunque el precio de este producto sea por ahora menos variable que el del café, sería más que aventurado radicar en él grandes esperanzas. Todas las demás producciones, incluyendo la de las minas, no representan sino un valor de 13.235,372 bolívares; y sin embargo, estas producciones, con otras análogas que tengamos después, son la única base positiva para un aumento progresivo de la riqueza nacional.

Pero no con nuestra escasa población abandonada á su reproducción natural. Para que

ésta, aumentando en la misma proporción que de 1810 á 1894, sea capaz de exportar mercaderías por un valor de 200 millones de bolívares, tendremos que esperar por lo menos cien años! ¿A pesar del perfeccionamiento de los instrumentos de trabajo, que realicen los países más civilizados, y que nosotros podríamos utilizar? Sí, á pesar de eso, porque los países más civilizados, con población densa, activa, enérgica y adiestrada á la industria, progresarán con una rapidez infinitamente mayor, y porque, aun suponiendo posible la creación en Venezuela de algunas de las industrias principales del extranjero, nuestra escasa y débil población será incapaz de competir con éxito en la cantidad ni en el precio de los productos manufacturados.

Si hemos de guiarnos por lo que vemos, no por esperanzas ilusorias, nuestra sola seguridad de progreso está hoy en la agricultura, la cría y la explotación de minas y bosques. Para ello necesitamos caminos, canales, vapores y ferrocarriles, y no los tendremos sin capitales de fuera y numerosa gente extranjera, con que podamos explotar la riqueza natural y crear aquellas industrias que convengan á las circunstancias ocasionales. Supongámonos capaces ya de abrir caminos, canalizar ríos, comprar vapores y construir ferrocarriles. Nada ganaríamos con buenas vías de comunicación si no hay productos que transportar ni gente que trasladar. Si las vías de comunicación coinciden con el aumento rápido de la población, todo cambia: la agricultura se ensancha, se desarrolla la cría, las minas se abren, se crean industrias, surgen ciudades grandes y bellas, y, por último, habrá sabios y artistas.

Transformar el medio físico, explotándolo, y transformar el medio social, haciéndolo más denso, hé aquí el problema capital.

Si nos abandonamos á lo que quiera el destino,—la decadencia, ó el protectorado, ó la anexión vendrán. Será tarde ó temprano, pero vendrán. Si tenemos la energía moral de plantear el problema, no como desearíamos que fuese, sino como realmente es, el porvenir será nuestro.....

Pongamos aquí punto, con ese temor y esa esperanza. Esta es hoy para mí superior á aquél. Acabo de regresar á la patria, y mi corazón palpita de amor filial al sentirse otra vez en esta tierra que quisiera ver rica, fuerte y grande.

GIL FORTOUL.

Noviembre de 1898.

TURRIS EBURNEA

Ábreme, Torre de marfil, tus puertas!
El mal y el bien, los hombres y la Vida
á ti no alcanzan; ni el amor que olvida
roba tu paz con esperanzas muertas.

Al crítico Satán, las aras yertas
y el mustio libro tu dosel no anida;
ni á la tribu de lengua dolorida
asilaron tus bóvedas desiertas.

Vive á tu amparo la Belleza: muda,
impasible, glacial; última diosa
que ornó de mirto el amoroso griego;

yo—como el ave que Minerva escuda—
quiero en la lumbre de su faz radiosa
apacentar mis círculos de fuego!

GUILLERMO VALENCIA.



ARTISTA!

Á LA INSPIRADA ACTRIZ ELISA DE LA MAZA

Eres un hada. La Bondad divina
con inefable amor, al contemplarte,
te dio, como una dote peregrina,
un alma soñadora que ilumina,
y la suprema seducción del arte.

En tu mirada, de belleza ignota,
el sentimiento se sumerge ó flota,
y se trasluce la emoción sublime,
esa emoción que, en tu palabra, es nota
que vibra, canta, se estremece, gime.

Eres artista. De entusiasmo llena,
irradias con el estro de Talía:
cuando dominas la gloriosa escena,
el alma á tu prestigio se encadena
y se inunda de sol la fantasía.

Tienes la claridad de la aureola;
el arte se abrillanta y acrisola,
cuando á su amor, sin vacilar, te entregas,
y en góndola de luz, sobre la ola,
bajo la azul inmensidad navegas.

Y tuyo es el misterio. Ya no existe
secreta fibra que á tu voz no acuda.
Cuanto las formas del encanto viste
nada á tu magia singular resiste:
ni afán, ni abnegación, ni amor, ni duda.

Surge la unción, cuando tus penas callas;
y conmueves, seduces, avasallas,
si el triste numen del dolor te inspira,
y, cuando en gritos de pasión estallas,
es la tragedia la que en tí delira.

Goza, oh artista! tu prestigio santo;
álzate así sobre la vil escoria;
y, mientras yo tus excelencias canto,
sigue esparciendo misterioso encanto,
sigue en los brazos de la excelsa gloria!

ENRIQUE PEREZ-VALENCIA.

Méjico: septiembre 28 de 1898.

DE PROFUNDIS

A GABRIEL E. MUÑOZ.

En la nave angosta y fría de un antiguo monasterio,
donde cuelgan las tinieblas su negrusco pabellón;
se perciben los sonidos, cual las voces del misterio
que los siglos han legado al derruido torreón.

..*

Son los rezos de los frailes, de los viejos enclaustrados,
ante el trono donde tienen levantada allí la cruz;
son plegarias que levantan por los seres condenados
á vagar en las tinieblas, desterrados de la luz.

..*

Y al acorde triste y grave que del órgano ha brotado,
al impulso tembloroso de unas manos de marfil;
se despierta en su guarida el murciélago asustado,
cual si oyera en los acordes los silbidos de un reptil.

..*

Y formando procesiones en el orden legendario
van los monjes por la nave desde el coro hasta el altar,
y agitando van algunos el magnífico incensario
do se trueca en nubes de humo el incienso al estallar.

..*

Los hachones amarillos dan su luz incandescente;
el misal luce sus galas sobre el regio fascistol;
en el cáliz la hostia blanca, de blancura trasparente,
se levanta más hermosa que en Oriente nace el Sol.

..*

Y los rezos, roncros, lentos, de los frailes en la nave,
por las almas condenadas sus pecados á purgar,
se remontan á la altura, con la marcha lenta y grave
de las densas nubes blancas del incienso al estallar.

R. BENAVIDES PONCE.

Noviembre—1898.

(3) Tomo estos datos del *Anuario estadístico* de 1894, publicado en 1896. P. 18.

(4) Me refiero siempre al de 1894. Tenemos la originalidad de llamar «Anuario» una publicación que no se hace sino de vez en cuando.



LA ADORACION DE LOS MAGOS. -- Por Rubens

EL CUENTO DE LOS REYES MAGOS

(POR ANDRÉ THEURIET)

I

Los tres reyes magos, Melchor, Gaspar y Baltasar, partieron en busca del Niño Jesús, llevando oro, incienso y mirra; pero como no conocían bien el camino de Belén, se extraviaron en una tupida selva de donde no pudieron salir sino á la caída de la tarde para llegar á una aldea del país de Langres. Sintiendo cansados, desfallecidos, por el peso de los vasos donde llevaban los perfumes destinados al hijo de María, y, casi muertos de hambre y de sed, llamaron á la puerta de la primera casa de la aldea para pedir en ella hospitalidad.

Aquella casa, ó más bien aquella choza, situada casi á la orilla del bosque, pertenecía á un leñador llamado Dionisio Fleuriot, que vivía muy pobremente con su mujer é hijos. Estaba hecha de bahareque con techumbre de tierra y musgo, que dejaba filtrar el agua los días de lluvia fuerte.

Molidos de fatiga los tres reyes llamaron á la puerta, y cuando el leñador la abrió le rogaron les proporcionase cena y lecho.

—Ay! buenas gentes, respondió Fleuriot, no tengo sino un lecho para mí y un camaranchón

para mis hijos; y en cuanto á la cena, apenas podemos ofrecerles papas hervidas y pan de centeno. Sin embargo entrad, y si no sois muy delicados quedaréis satisfechos.

Entraron, pues; les sirvieron papas, que devoraron con buen apetito, y el leñador y su mujer les cedieron su lecho, donde durmieron á pierna suelta, excepto Gaspar que era amigo de la comodidad y se sentía muy estrecho entre el gordo Baltasar y el agigantado Melchor.

El día siguiente por la mañana, antes de volver á ponerse en camino, Baltasar que era el más generoso de los tres, dijo á Fleuriot:

—Quiero recompensar con algo vuestra hospitalidad.

—Os la habíamos ofrecido de todo corazón, pero no rechazaremos, buenas gentes, el obsequio que nos hagáis, respondió el leñador tendiendo al mismo tiempo la mano.

—No tengo dinero, replicó Baltasar, pero quiero dejaros un recuerdo que valdrá más.

Registró en su bolsillo y sacó un flautín de Oriente el cual presentó á Fleuriot, y mientras éste, algo desengañado, ponía mala cara: continuó:—Si formuláis un deseo tocando al mismo tiempo un aire cualquiera en este flautín, os será satisfecho inmediatamente. Tomadlo, no abuséis de él, y no neguéis jamás la limosna ni la hospitalidad á los pobres.

II

Cuando los tres reyes hubieron desaparecido tras la primera vuelta del camino, Dionisio Fleuriot dijo á su mujer con ademán de

pesar y mirando desdeñosamente el flautín entre sus manos:

—Hubieran podido hacernos un regalo menos estúpido que este flautín; sin embargo voy á tratar de tocar algo ahora mismo para ver si se ha burlado de nosotros.

—Y entonces exclamó: Quisiera tener para el almuerzo pan blanco, un pastel de venado y una buena botella de vino.

Después tocó en el flautín un aire del país, y de repente, con gran sorpresa suya vio sobre la mesa, cubiertos con un fino mantel blanco, el pan, el vino y el pastel pedidos.

Desde que se convenció del poder de su flautín nada le detuvo, como el lector comprenderá, y pidió todo lo que le vino á la imaginación. Tocaba desde la mañana hasta la noche; tuvo vestidos nuevos para su mujer y sus hijos, dinero en el bolsillo, mesa servida con abundancia; y como le bastaba desear una cosa para tenerla inmediatamente, llegó á ser en poco tiempo uno de los ricachos de la comarca. Entonces, en el mismo lugar de su choza medio hundida, hizo construir un soberbio castillo que llenó de muebles preciosos y de ricos tapices, y el día en que fueron concluidos la construcción y el amueblamiento, dio una espléndida fiesta para inaugurar la nueva morada.

Alredor de una mesa ricamente servida, centelleante de plata y de luz, había reunido á todos los grandes guerreros del lugar. El ocupaba el estrado con su mujer, adornada como nicho de santo, mientras los músicos, instalados en una galería superior, regalaban los oídos de los convidados con sus aires más alegres. A fin de

que el festín no fuese turbado, había dispuesto que sus servidores no dejaran entrar al patio, bajo ningún pretexto, á los importunos y á los mendigos; y aun había colocado en la puerta dos grandes diablos de criados que tenían por consigna apartar á todos los pedigüeños y portadores de alforjas, de los alrededores.

De esta manera, seguros de no ser interrumpidos, los convidados se entregaban al regocijo, ejercitando las mandíbulas, sorbiendo magníficos vinos y holgándose á todo su talante.

III

Ahora bien: aquella misma noche los tres reyes magos regresaban de Belén, después de haber depositado sus ofrendas á los pies del Niño Jesús. Al atravesar la selva reconocieron la aldea, vieron el castillo iluminado, y Gaspar dijo socarronamente á Baltasar:

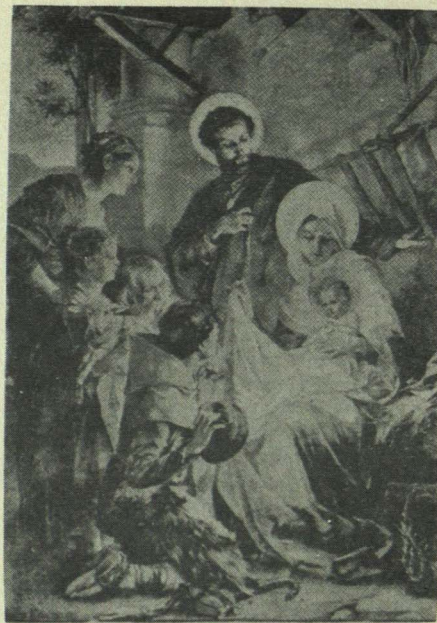
—Me gustaría saber si nuestro hombre no ha abusado de tu flautín, y si, desde que es rico, ha cumplido su promesa de ser compasivo con los pobres.

—Veamos, respondió Baltasar.

Vistieron de mendigos cambiando por andrajos sus hermosas vestiduras y se presentaron á la puerta del castillo pidiendo hospitalidad; pero fueron muy mal recibidos, y como al insistir produjeron mucho ruido, Fleuriot asomó la cabeza por una de las ventanas y al ver que eran mendigos ordenó que les soltasen los perros, de suerte que tuvieron que escapar á toda carrera, no sin haberse antes maltratado las piernas.

—No lo dudé nunca, murmuró renegando el escéptico Gaspar, que había sido mordido en una pantorrilla.

—Está bien, replicó el gigantesco Melchor,



no ganará con ello el paraíso..... Sabrá lo que es el rencor de los reyes magos.....

Mientras tanto los convidados continuaban alegremente su banquete. Habían llegado á los postres y Fleuriot, cuchillo en mano, se preparaba á cortar una torta colosal, cuando se oyeron en el patio los cascabeles de una silla de

posta arrastrada por cuatro inquietos caballos con gualdrapas de oro. Fleuriot se asomó de nuevo á la ventana y como viera que llegaban nuevos convidados, dio órdenes para que los hiciesen subir sin tardanza. El mismo, con una antorcha en la mano salió á recibirlos. Entraron los tres Reyes Magos con pomposo aparato, ceñida la corona, vestidos de púrpura y pedrería. Fleuriot, que había reconocido á sus antiguos huéspedes, les recibió afablemente y les rogó se sentasen á la mesa.

—Gracias, dijo Baltasar secamente, nosotros no comemos en la casa de un hombre que recibe tan mal á los pobres!

Os felicito por la manera con que cumplís vuestras promesas, gritó Melchor con su ronca voz!

—Ah! lanzas tus perros sobre los mendigos, añadió Gaspar señalando su pierna; aguarda, voy á tocarte un aire que no conoces todavía! . . .

Y sacando, del bolsillo un flautín parecido al que habían dado á Fleuriot, lo hizo resonar terriblemente. En un abrir y cerrar de ojos la mesa, los convidados y el castillo, se desvanecieron, y el leñador volvió á encontrarse solo, y desnudo á orillas del bosque, frente á su choza en ruinas, con su mujer é hijos harapientos.

—Felizmente me queda el flautín, se dijo.

Pero en vano registró sus agujereados bolsillos: el talismán había desaparecido con los tres Reyes Magos.

IV

Desde entonces, cuando se distribuye la torta de Reyes, existe la costumbre de separar cuidadosamente la parte de los pobres.



El ramillete

(POR PAUL ROUGET)

I

¡Cucú!

Escondido tras las persianas de su cuarto de dormir, Jacobo arrojó alegremente este grito de niño.

Marta, su joven esposa, ocupada en coger flores en el jardín, levantó la cabeza. Bajo la sombra mate de un gran sombrero de paja se dibujaba su rostro, delicado y fino, de un óvalo encantador, iluminado por grandes y dormidos ojos azules. Adivinó la presencia de Jacobo tras la ventana, pero no sonrieron sus labios un poco pálidos y contraídos al parecer por secreto dolor.

—Eres tú? preguntó simplemente.

—Cucú!

Estaba inclinada bajo el sol de la mañana, alegre sol de mayo tibio y acariciador; y sus blancas manos corrían á través de las plata-bandas, arrancando sin piedad de sus tallos las flores y espigas, con las cuales formaba lentamente un ramillete multicolor que exhalaba exquisito aroma.

El joven después de haber contemplado un rato á su esposa, pensó:—¿Por qué mi querida Marta no me sonrío? Y esta sola idea formó una arruga en su despejada frente y entristeció su mirada con súbita inquietud. Se sentía mortificado y como colérico de no encontrar en Marta una alegría igual á la suya, una alegría muy grande y muy profunda en aquella clara mañana de primavera que transpiraba la vida. Hablando consigo se dijo:—Voy á preguntarle la causa.

II

Las gotas de rocío pendían como lágrimas de diamante del terciopelo esmeralda de las ho-

jas, y de los pétalos de seda de los mirtos, de las rosas y de las malvas; los insectos revoloteaban alrededor de las plantas; el aire azul estaba cortado por los caprichosos reflejos de los abejorros con pecho color leonado, las moscas de oro y las pintadas mariposas; en los altos muros lucía su tronco la antigua madre-selva; y á lo lejos olase el melancólico tañido de una campana. El jardín cercado por árboles protectores asemejábase á un rincón del paraíso en que todo se reunía para la dicha y para la tentación.

Jacobo salió de la casa y avanzó sobre el arenoso suelo de la extensa avenida y llegó junto á Marta sin que ésta lo sintiera.

La joven continuaba arrancando flores, al parecer sumergida en triste meditación, según se advertía en sus ojos ligeramente empañados.

—Marta? dijo el joven, repitiendo dos veces este nombre para ser escuchado.

Ella se volvió entonces; y el rubor coloreó sus mejillas.

—Jacobo, mi querido Jacobo, murmuró.

Su blanca mano apretaba el ramillete aljofarado; y en vano procuraba sonreír.

Jacobo adivinó que su mujer ocultaba algún pesar, y le dijo:—Juzgo que no estás como de ordinario, Marta; me pareces triste desde ayer. ¿Por qué? ¿cuál pena te aflige? ¿involuntariamente te habré ofendido?

Ella movió la cabeza sin responder; un nuevo pliegue aumentó la amarga expresión de sus labios y sus ojos acabaron de empañarse.

—¿Te callas? ¿por qué razón? . . . ¿estás enfadada? ¿ese ramillete que estás haciendo es, sin duda, para mí? Entonces hablemos . . . hálbame!

Un triste sollozo se escapó del pecho de Marta, quien respondió:—Sí, estoy triste y debías comprender por qué. Hoy es el aniversario de la muerte de Juan; este ramillete es para su tumba: jamás he dejado de llevarle uno en los seis años que tiene de muerto. ¿Hago mal?

Jacobo, con acento burlesco que no acostumbraba, dijo:—Ah! es para Juan. ¿Prefieres los muertos á los vivos y tu primer esposo al segundo? Eres franca, al menos: recibe mis felicitaciones.

—Jacobo, Jacobo suplicó.

—Por otra parte he debido prever lo que sucederá hoy; y pensar que no te casabas conmigo sino para acordarte del otro.

Marta vaciló: felizmente cerca de ella había un banco donde se dejó caer murmurando:—Oh, Dios mío!

El prosiguió implacable, poseído de cruel y súbita locura:—Sí, sí, llora bien á tu Juan. . . Has esperado demasiado tiempo para hacerlo . . . Confiesa que tu dolor no es lisonjero para mí; porque, ó eres dichosa conmigo y debías olvidarlo á él; ó yo no sé hacerte feliz y recuerdas tu primer marido . . . Recuerdo tardío, demasiado tardío, sabes?

La miraba llorar, de pie; la frente surcada por profundas arrugas; los ojos relampagueantes; los labios agitados por ligero temblor; el rostro transfigurado por los celos. No obstante, en presencia del dolor de su mujer su corazón se conmovió; avanzó un paso y se inclinó hacia ella, inmóvil en su dolor: trató de excusarse y no lo miró; exasperado de nuevo, dijo:

—Después de todo las lágrimas son provechosas á las mujeres sensibles: cuando hayas llorado bastante te consolarás.

Se alejó á paso lento y ganando la puerta subió á su gabinete de trabajo.

La joven continuaba sollozando: el ramillete cayó de sus manos; las flores esparcidas parecían agonizar sobre la arena, en la rubia claridad del sol, siempre alegre y hermoso.

III

El joven se paseaba calenturiento en su gabinete, con las manos á la espalda.

Ahora, cuando los celos se habían calmado, reflexionaba en la escena del jardín, y su corazón se abría á otros sentimientos. Se transportaba á dos años atrás, cuando fue presentado por primera vez á la señora Marta Langlois, la joven viuda de mejillas pálidas y grandes y tristes ojos, cuya dolorosa existencia le habían contado varios amigos; y hacia la cual lo arrojaba una especie de atracción.

Casada por amor á los diez y ocho años, había perdido seis meses después á su marido Juan Langlois. Se creyó al principio que se vol-



SITIO DENOMINADO "EL PUENTE" DE CHACAITO

vería loca; después los años trajeron la calma á su desgarrado corazón; pero esa calma no era sino relativa: si no gritaba su pena, si la escondía, nadie dudaba de que fuese siempre muy grande. Jamás la sonrisa florecía en sus labios; nunca se vio lucir en sus ojos la alegría. Cruzaba el camino de la vida como el camino del calvario, y, valiente y buena, se compadecía del dolor de los demás no obstante su propio sufrimiento. Admirándola se le amaba por su generosa caridad siempre pronta al sacrificio.

Jacobo Mientères la amó más al conocer su padecimiento: se dijo que sería muy dulce emprender la curación de esa alma enferma; que sería un hermoso papel el de consolador de esa vencida de la suerte.

Al principio sus pretensiones fueron fríamente acogidas: Marta quería guardar su libertad de dolor; su fidelidad de aflicción: amaba al pobre muerto y su corazón no podría abrirse á ningún otro amor.

Jacobo hizo intervenir diestramente amigos comunes, parientes que vencieron poco á poco con sus consejos la obstinación de la joven viuda.

No; no era una razón el que hubiese amado una vez para que no pudiese volver á amar. El muerto mismo si pudiese levantarse de la tumba la aconsejaría que se volviese á casar: él la querría feliz. Y, ¿cómo lo sería permaneciendo enclaustrada en su duelo, encerrada en el fondo de su aflicción como en una tumba? Estaba en la edad en que otras no han sentido despertar su corazón; joven y hermosa debía sentir aún el regocijo de la vida. Jacobo la adoraba: era rico, bueno y simpático; asida de su brazo reemprendería el interrumpido camino; la rodearía de tántas atenciones, de tántas delicadezas, de tánta adoración, que al fin acabaría por amarlo . . . Ella yaciló algunos meses pero al fin cedió.

IV

Jacobo temblaba al recordar los primeros juramentos que hizo á Marta: juramentos de respetar el pasado, de olvidar los años transcurridos, de conducirla sin choques ni sacudidas por el camino del porvenir.

Confiada había puesto sus manos sobre las de él; y por primera vez después de largo tiempo una pálida sonrisa entreabrió sus labios. Entonces comenzaron las horas inolvidables llenas de felicidad; bien pronto punzadas de celo hirieron el corazón de Jacobo. A despecho de sus esfuerzos, de su voluntad, del recuerdo del día en que Marta fue suya, se volvió al pasado y lo reconstituyó con dolor.—Su Marta había tenido otro amor, había dado ya la ternura de su corazón, el azul de sus ojos, las caricias de sus labios; y á este pensamiento sufría, crispaba los puños y la rabia le roía el alma.

En los once meses que llevaban de casados se había contenido impidiendo que se manifestaran sus violentos celos. Verdad es que entre ellos no se pronunciaba el nombre de Juan. La joven durante las cortas ausencias de su marido se dejaba arrastrar hacia el pasado y consagraba mudo recuerdo á su muerto querido. Entonces los ojos de la joven se llenaban de lágrimas que se evaporaban al retornar Jacobo, quien tampoco dejaba conocer sus ocultos sufrimientos esperando que el olvido del pasado se formase completamente en el corazón de su mujer. La culpable de lo sucedido aquel día era Marta, por coger flores para la tumba de Juan.

Sin embargo, un remordimiento sobrecogía al joven. ¿Su dicha no iba á ser de repente anodada? ¿no tenía Marta el derecho de reprocharle que había olvidado los juramentos que le hiciera? Oh! las palabras de vituperio, los sarcasmos. ¿No iban á crear entre los dos esposos

un intranqueable abismo? Jacobo había hablado sin reflexionar, en un momento de cólera; y experimentó una angustia profunda; porque, en fin, cuando pidió la mano de la joven viuda no ignoraba su dolor. ¿No fue ese dolor grande y sincero aunque discreto, el primer encanto para su corazón? ¿tenía al presente el derecho moral de impedirle que consagrara un recuerdo al pobre muerto que dormía su último sueño bajo los rosales del cementerio? Por otra parte, ¿la fidelidad al recuerdo era prueba de que Marta no lo amaba?

V

Jacobo bajó de nuevo al jardín. Su rostro había perdido la amarga expresión y no demostraba sino tristeza.

El sol continuaba ascendiendo: en cascada de oro su cambiante luz caía sobre la tierra, resbalaba en las hojas, secaba las últimas gotas de rocío. Aún había aromas esparcidos y los insectos zumbaban embriagados de luz y de olores.

El joven se dirigió hacia Marta que, con las manos en la frente, postrada sobre el banco, continuaba llorando; se aproximó á ella sin hablar, apresuróse á reunir las flores esparcidas, sin dejar una; y sólo entonces sus labios murmuraron:

—Perdón, Marta, perdón!

La joven levantó la cabeza, y un reflejo de alegría brilló en su llorosa mirada: la nube había pasado; detrás de la tempestad venía la calma.

—Sí; perdón, mi querida, repitió el joven. He sido malvado ahora rato; pero malvado por amarte mucho. Ah! si supieras cuánto sufro de celos; sin embargo te juro que no volveré á importunarte; y se inclinaba hacia ella con el ramillete en la mano.

Ella creyó que olvidaba á medias y que el ramillete recogido iba á ser inmolado.

—¿Qué vas á hacer con esas pobres flores, Jacobo?

El se inclinó más y acercando sus labios al oído de su amada le dijo muy bajo, como un poco avergonzado:

—Inmediatamente al cementerio, Marta: lo llevaremos juntos!

Puck dentro del órgano

(POR CATULLE MENDES)

I



NA vez tuvo Puck un pleito con las abejas, porque se había introducido furtivamente en una colmena para robarse la miel; las moscas de oro, completamente embriagadas de néctar, lo pincharon perversamente con sus agujones, en un tumulto de alas luminosas.

En verdad, Robin-Bon-Enfant, no sabía dónde meterse. Tomó el partido de huir, agarrándose de las ramitas, saltando de pajita en

pajita, diciendo á los pájaros: "Dejadme pasar!" gritando á las cigarras: "¡Cuidado, cuidado!" y pidiendo á los erizos, que se esquivan entre las hayas, que lo tomasen sobre sus espaldas. Pero las crueles abejas no perdían su pista. Ya temía verdaderamente no poder sustraerse á su enojo, cuando al llegar á la callejuela de una aldea, acertó á ver un pobre muchacho, harapiento, grefuado, que tocaba un organillo pidiendo una limosna.

Ah! no era por cierto bella la música que salía de aquel instrumento cascado, destemplado, echado á perder; pero que le importaban entonces á Puck los aires más ó menos agradables! Al ver el órgano, no tuvo otra idea que la de meterse en él para evitar la persecución de sus enemigas. Y como lo pensó lo hizo. Un duende se desliza fácilmente por donde no pasaría el dedo meñique de una niña pequeña.

Famoso chasco llevaron las abejas cuando al precipitarse furiosas en la callejuela de la aldea, no vieron á nadie, excepto al muchacho que daba vuelta al manubrio. Muy desairadas, reemprendieron el vuelo hacia sus rosas y sus jacintos, que solitarios en los jardines, comenzaban á fastidiarse de no ser picados.

Pero entonces sucedió una cosa extraordinaria. El organillo, antes tan lastimoso, cantaba las más bellas canciones que oírse puedan. Cualquiera hubiera dicho que estaba lleno de ruiseñores, curruacas y alondras matinales, al oírle exhalar melodiosas quejas, ligeros gorjeos, alegres y claros gritos! De dónde provenía esto? Del capricho de Puck que, no sabiendo en qué ocuparse en el instrumento que le había dado asilo, cantaba para distraerse, pues nadie ignora que á fuerza de escuchar desde la primavera hasta el otoño la charla de los nidos, se ha hecho más hábil que nadie en el difícil arte de encantar por la voz.

El primero en asombrarse hasta donde es posible serlo, fue el mendigo. Jamás hubiera creído capaz á su destemplada caja de tan deliciosa música. Y, en el umbral de las puertas, en las ventanas precipitadamente abiertas, se agrupaba la gente extasiada, no queriendo dar crédito á sus oídos. "Oh! qué cosa tan bella!" "Escuchad, qué romanza! Es un prodigio!" Los más avaros tiraban sueldos, piezas blancas; hubieran tirado Luises si los hubiesen tenido.

Hasta las mujeres y las muchachas encontraban ahora que el mozo no era tan feo como á primera vista parecía; viendo con detención las

cosas, su greñera tenía un brillo suave así como de pajas doradas; debía tener la piel muy blanca bajo la costra de sol que la cubría. Tan cierto es que uno es agradable á la vista desde que es agradable al oído; por éste más bien que por los ojos es que se entra á los corazones.

II

La fama del organista traspasó muy pronto los límites de las aldeas y caseríos. Se ocuparon de él en ciudades magníficas, en grandes capitales; se le quiso oír y el entusiasmo llegó á su colmo.

No! nunca armonía tan delicada y amorosa (porque á los arrullos de palomas se mezclaban ahora gorjeos de jilgueros) había encantado todavía á los dilettantes. No había fiesta lucida donde no estuviese. Se dignaba aceptar las invitaciones, y consentía en ir casa de la marquesa al salir de casa de la condesa.

Apenas comenzaba á dar vueltas al manubrio, habían espasmos detrás de los abanicos. "Ah! querida mía, no es posible expresar con palabras encanto semejante! No se creería estar en el Paraíso? Por mi parte, afirmaré que los ángeles no sacan acordes tan divinos de sus mandadoras, ni de sus demás instrumentos celestiales....."

Y él no encontraba estos elogios exagerados, acostumbándose á la gloria.

Nadie hubiera reconocido al muchacho hohemio de los caminos. Se vestía de raso bermejo, brochado de plata, y llevaba sobre su cabellera peinada en bucles una corona de pedrerías y perlas finas, porque no era menos rico que ilustre; ahora, en lugar de la moneda menuda que se le arrojaba en otro tiempo, pajes de rodillas, le ofrecían de parte de sus amos, sobre bandejas de oro, zequies, ducados, nobles, alhajas; y por añadidura, se le rogaba que aceptase también las bandejas! Y las hermosas damas que obtenían de él una audición particular, le hacían presentes mil veces más preciosos.

La hija del Rey oyó hablar del maravilloso músico, y ordenó que fuese conducido á la corte. El organista no carecía de desconfianza; tenía una decepción: no creyendo posible que justificase su fama. Pero á los cuatro primeros compases, fue acometida la princesa de un éxtasis tal, que juró con gran pasión: "Jamás tendré otro esposo que este hermoso organista!" Lo que al principio no fue muy del gusto del Rey, pues á un gran monarca no puede agradarle mucho por yerno un muchacho sin antepasados, y aun sin padre ni madre, que ha pedido limosna en el camino real.

Pero habiendo caído el Rey en una enfermedad de languidez, los médicos declararon que no podía curarse sino por medio de la música, y hubo que acudir al melodioso vagabundo. Tres vueltas de manubrio! y el monarca quedó tan bueno y sano como se puede desear estarlo. Entonces el reconocimiento triunfó del orgullo: el antiguo mendigo fue esposo de la princesa.

III

Pensáis que con esto su gloria y su dicha llegaron á su punto culminante? Pues os engañáis. Una vez que el ejército partía para la guerra, se colocó en la vanguardia, y el órgano lanzó tan furiosos cantos de combate (porque Puck se acordaba de haber oído á los soldados tocar el clarín de combate) que, según la opinión general, la victoria se debió al valor extraordinario que aquella música había despertado en los corazones.

Los pueblos, en su gratitud, no vacilaron: el músico fue elegido emperador de toda la comarca! y su suegro fue su vasallo.

Jamás reino alguno había sido tan glorioso ni tan feliz; para que sus súbditos más miserables estuviesen contentos con su suerte y no tuviesen desesperación, cóleras, ni insurrecciones, bastaba al nuevo amo hacer oír algunas de sus melodías.

Ya se deja comprender que la corona, el cetro, los palacios llenos de cortesanos no eran sino débiles recompensas para un método seme-

jante. Se hizo Dios al que se había hecho emperador; se le consagraron templos de alabastro y de pórfido, siempre llenos de incienzo y de adoradores prosternados; había, pintados en las paredes, encima de todos los altares, imágenes de órganos que se adoraban. A qué hombre ha cabido jamás semejante gloria? Y junto con tantos triunfos tenía la alegría, la alegría incomparable de regalarse él sólo, por la noche, con una música que le hacía llorar de placer.

—Ah! muy bien,—se dijo Puck—me parece que hace ya mucho tiempo que estoy dentro de esta caja, y comienzo á fastidiarme soberanamente.

Echó una ojeada hacia afuera y, viendo que ya no estaban allí las abejas, se volvió á jugar á los confines de la selva, cerca de Atenas, con el señor Flor-de-Guisante y el señor Tela-de-Arañas.

IV

La ciudad entera lanzó una carcajada. Cómo, esa música? Decid más bien una encerrada que asustaría á los osos que bailan. Jamás estrépito más discordante había desgarrado los oídos. No se podía soportar. Y no se soportó! El Dios fue arrojado de sus templos, el emperador de sus palacios. "Pfu! Pfu! Fuera de aquí! Fuera de aquí! os decimos." Y la servidumbre de las cocinas para burlarse del desgraciado, lo perseguía golpeando las cacerolas.

Esperó encontrar mejor acogida en casa de las marquesas y condesas que en otro tiempo se desmayaban de gusto detrás de sus abanicos; pero desde las primeras notas: "Oh! Oh! qué quiere decir ésto?" "Habrán dejado entrar por casualidad, en la casa á todos los gatos del barrio?" Y en seguida los lacayos lo lanzaron á la calle, no sin haberle antes despedazado sus hermosos vestidos y robado el dinero que tenía en los bolsillos.

Desesperado volvió á las aldeas, donde antiguamente le habían arrojado sueldos, y en donde las muchachas, en el umbral de las puertas, se agrupaban á oírlo, extasiadas.....

Apenas se le ocurrió tocar, cuando las aldeanas echaron á correr tapándose los oídos; y lo que se le arrojó fueron piedras! Entonces comprendió que habían concluido todas sus glorias y todas sus alegrías. Se dejó caer al borde del camino, harapiento y grefuado, como en el tiempo de las viejas miserias, sin otra esperanza que la muerte. Y lo que aumentaba su tristeza era que, si daba vueltas al manubrio del organillo, salía del instrumento un ruido agrio, que á él mismo lo desolaba!.....

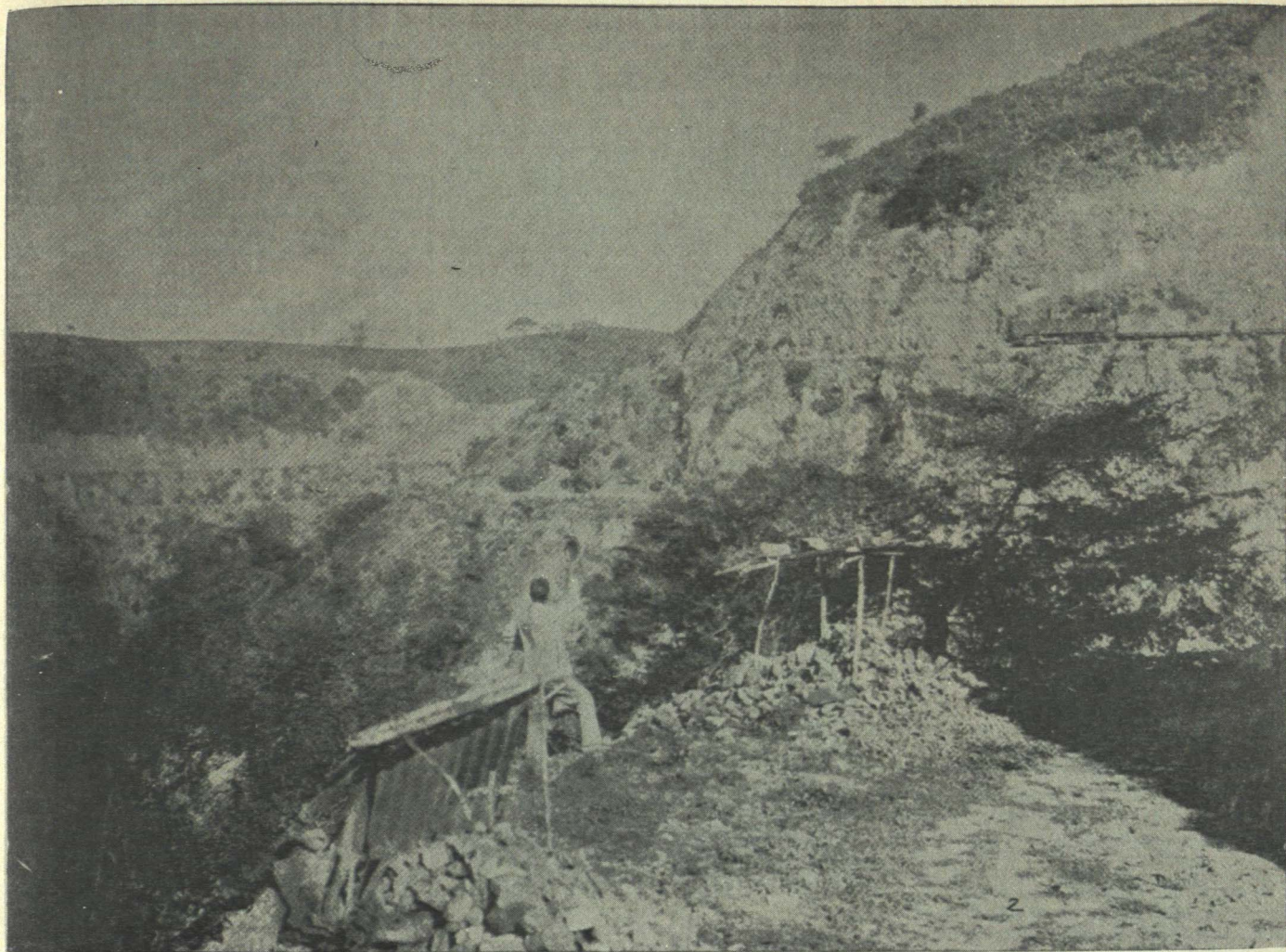
Y he pensado, refiriendo este cuento, en los poetas tiernos ó sublimes, largo tiempo inspirados, porque tuvieron un amor en el corazón. En los poetas gloriosos, casi dioses, que ahora languidecen, solos, sin sueños, en el olvido, y los cuales, no pueden sacar de su corazón ni una queja consoladora; de su corazón cascado, desafinado, destrozado, de donde volaron, con el amor, las músicas divinas.....

Opinión de Zolá



Se ha llamado la atención con frecuencia el hecho de que la gloria literaria de cada siglo brilla en un género particular. Parece como si todas las fuerzas creadoras de una época adoptasen instintivamente la fórmula que ha de permitirles su más amplio desarrollo, dentro del medio y de las circunstancias existentes. Así, es manifiesto que en el siglo

XVII, lo mejor del genio nacional se concentra en el teatro, en la tragedia y en la comedia; basta citar á Molière, á Corneille y á Racine. En el siglo XVIII cambia ya de fórmula; Diderot, Voltaire y Rousseau son filósofos; historiadores, críticos. Por fin,



VISTA TOMADA EN EL FERROCARRIL DE LA GUIAIRA A CARACAS

en nuestro tiempo, en el siglo XIX, los géneros menospreciados y puestos á la zaga de todos los demás en los tratados de retórica, la poesía lírica y la novela, derraman de pronto tal brillo, que reinan en primera fila. Evocad simplemente los grandes nombres de Balzac y Víctor Hugo.

No insisto, porque me parece cosa fuera de duda que cada gran período literario tiene un molde, que él amplía, donde le es más fácil vaciar su pensamiento. Y estoy convencido de que ese molde no se elige á la ventura, sino que es creado é impuesto por las costumbres, por las tendencias del espíritu, por el momento fisiológico y psicológico de la nación. Sería harto prolijo examinar aquí por qué la obra dramática ha sido la obra característica del siglo XVII, y por qué la historia y la crítica han nacido en el XVIII. Pero ante la inferioridad palmaria de nuestras comedias y de nuestros dramas actuales, me atreveré á decir por qué creo yo que absorbe hoy la novela todos los verdaderos temperamentos literarios que se producen.

Notad qué terreno tan maravilloso era el teatro para desenvolver personajes abstractos y trozos de elocuencia, para hacer gala de la retórica armoniosa de una lengua madura. Molière y Corneille escribían comedias y tragedias, porque encontraban en ellas la fórmula propia del genio de su edad; yo estoy convencido de que en nuestro tiempo hubiesen escrito novelas. Más tarde Diderot y Voltaire no dejan de ocuparse del teatro; pero han cambiado las fórmulas; se han producido nuevos elementos, como el amor á la naturaleza, la precisión del análisis, la

preocupación de la verdad física; y vemos á Diderot bregando con dramas que no logran ser escénicos, al par que Voltaire no da á luz más que tragedias mediocres, después de proyectar toda la llama de su genio literario en cuentos de veinte páginas. Así llegamos á nuestra época, en la cual se acentúa el movimiento del último siglo. El teatro degenera más cada vez en un molde falso que desanima al genio; la novela, á la inversa, abre su molde libre, su marco universal, tan amplio como los conocimientos humanos, y llama hacia sí á todos los creadores.

Sería extraño sobre manera que los grandes escritores viniesen así por hornadas: primero, todos los autores dramáticos á la vez; luego los filósofos y los críticos; después los novelistas. Si la fórmula literaria fuese independiente de la época tendríamos grandes hombres en todos los géneros simultáneamente. Puesto que nacen de ese modo, por capas sucesivas, fuerza es admitir que el clima intelectual del siglo entra por algo en las flores que producen.

Estamos, pues, en el siglo de la novela; pero es un movimiento que apenas se inicia. Preguntad, si no, á gentes sesudas, de las que viven metidas entre libros, y os dirán con un gesto de desdén que no leen novelas jamás. La novela sigue siendo á sus ojos una ficción ligera, un simple pasatiempo, bueno para mujeres. No sospechan, ni menos pensarlo, la amplitud que se ha dado á esos estudios, comprensivos á la vez de la naturaleza y del hombre. Se quedarían estupefactos si se les demostrase que en lo sucesivo ahí encontrarían la crítica, la historia,

la ciencia. Y, naturalmente, á medida que la novela ha adquirido esa amplitud, el teatro ha venido estrechándose cada vez más. Todo lo que contribuía á ensanchar la primera,—la libertad del desarrollo, la expresión de la vida con sus palpitaciones, el análisis minucioso de los personajes, la atención á las fuentes, la continua investigación,—todo eso reducía *ipso facto* al segundo, que no vive entre nosotros más que de convencionalismos y de aproximaciones. Puede sentarse como axioma que el movimiento naturalista ha empequeñecido el teatro en la misma proporción que agrandaba la novela.

De una carta de Musset



VO que creéis en el amor tal como nos lo pintan los poetas: habéis creído seriamente lo que habéis oído decir, y no os habéis fijado en lo que se acostumbra hacer. Lo que hacéis no es razonable, y puede ser causa de muchos males.

Nos describen los poetas el amor, como los escultores la belleza y como los músicos la melodía: reuniendo en él con entusiasmo, al par que con estudio, los elementos más puros de la vida, las líneas más perfectas de la materia, y los sonidos más armoniosos de la naturaleza. Cuentan de Praxiteles que, reuniendo en Atenas un gran número de mujeres hermosas, aunque cada una adoleciera de su defecto, estudió aquellas bellezas individualmente, y el resultado de su estudio fue la Venus, en la que armonizó y resumió la hermosura desigualmente repartida entre

todas. El que creó el primer instrumento de música y reglamentó este arte, debió escuchar antes y durante mucho tiempo el rumor de las aguas y el canto de los pájaros. Así es también como proceden los poetas: después de haber estudiado un sin número de amores, más ó menos pasajeros, de conocer el grado de exaltación á que puede llegar la pasión en determinados momentos, descartan de la naturaleza humana todo lo que puede degradarla y crean esos nombres simbólicos que los repiten de edad en edad, y que son, Daphnis y Cloe, Hero y Leandro, Píramo y Tisbe.

Buscar en la vida real amores de esta clase, eternos y absolutos, es como ir buscando por esas calles á la Venus de Praxiteles, ó como esperar que á los ruiseñores se les ocurra cantar las sinfonías de Beethoven.

La perfección no existe en la realidad: llegar á adivinarla es un triunfo de la inteligencia; desear su posesión una locura peligrosa. Contemplad el cielo desde vuestra ventana, y presentiréis el infinito, adivinando que puede existir un espacio sin límite alguno; pero no llegaréis á la posesión de una idea exacta acerca de lo que no tiene fin. ¿Cómo ha de comprenderlo quien nació ayer para morir mañana? Este género de meditaciones ha dado origen á muchos casos de locura en todos los países. De la insuficiencia humana ante la inmensidad del espacio eterno é infinito, han nacido las religiones. Por la posesión de lo absoluto. Catón siega su propia vida, se entregan voluntariamente los cristianos á las fieras, y los hugonotes á los católicos. Todos los pueblos han levantado sus brazos hacia ese misterioso espacio, y han concluido por precipitarse en sus abismos. El insensato desea su posesión: el sabio se contenta con admirarlo de rodillas.

Con la perfección, amigo mío, sucede lo que con todo lo absoluto: no la buscamos en nada; ni en el amor, ni en la belleza, ni en la felicidad, ni en la virtud; pero amómosla para copiar esa virtud, esa belleza y esa felicidad, hasta donde nuestras fuerzas nos lo permitan.

REVISTA DE REVISTAS

EL PUEBLO DE ISRAEL

El *Jewish Year Book* es un anuario que se publica en Londres y que está consagrado á las estadísticas del pueblo judío. Acaba de aparecer el correspondiente al año 5659, esto es, al año que comenzó hace dos meses y que terminará el 24 de setiembre de 1899.

Según esta obra hay esparcidos por la superficie del planeta alrededor de 11 millones de judíos: de éstos, 7.900.000 habitan la Europa, distribuidos de la manera siguiente: 4.500.000 en Rusia, 1.860.000 en Austria-Hungría, 567.000 en Alemania, 300.000 en Rumania, 120.000 en Turquía. En Inglaterra hay 101.000, cifra que sube á 148.107 si se cuentan los que viven en las colonias.

El número de obras de beneficencia fundadas por los judíos en el Reino Unido es considerable. El comité de la Asociación de socorros en favor de los judíos pobres es un cuerpo voluntario, presidido por M. B.-L. Cohen, miembro del Parlamento. En 1897 esta asociación gastó en diversos auxilios más de 1.125.000 bolívares. Existen más de 11.000 niños israelitas en las escuelas establecidas por aquella Sociedad; más 8.000 en las escuelas privadas.

Entre los hechos morales notables que señala el *Jewish Year Book*, debe citarse "la disminución del entusiasmo por el sionismo" y que "en tanto que en el continente europeo no hay paz entre judíos y cristianos, unos y otros no han cesado de cultivar las relaciones más cordiales en todo el mundo anglo-sajón."

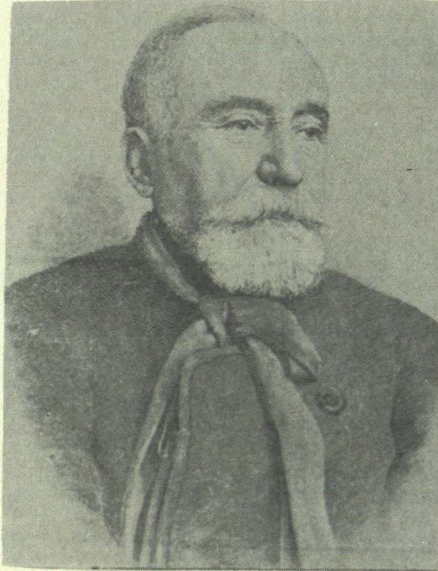
EN HONOR DE VAN DYCK

Anuncia el *Petit Bleu* de Bruselas que desde ahora se están haciendo preparativos para celebrar en Anvers, en el mes de agosto del año

entrante, el tercer centenario de Antonio Van Dyck.

Serán invitados á fiestas magníficas los admiradores del gran retratista, para recordar al mundo el prestigio del arte flamenco. Una comisión especial ha elaborado ya un proyecto que será sometido á la aprobación del Consejo comunal: comprende toda clase de regocijos, mil encantadoras evocaciones del pasado y se quiere que la decoración de la ciudad sea, esta vez, tan original y tan rica que por sí sola constituya el más atrayente de los espectáculos.

El elogio de Van Dyck se pronunciará en sesión solemne en la Academia Real de Bellas Artes, en la cual tomarán parte delegaciones del Instituto de Francia y de las Academias de Londres, Berlín, Viena, Amsterdam, Roma, Dresde, Munich y Madrid.



PUVIV DE CHAVANNES

Ha muerto á los setenta y cuatro años. Nació en Lyon, en donde hizo sus primeros estudios; los completó en París, en el liceo Henrique IV. Se dedicó primero á las ciencias; pero á causa de un viaje á Italia, se reveló en él la vocación artística: entró en el taller de Henry Scheffer y luego asistió por poco tiempo á los de Couture y Delacroix.

Una vez adquiridos los elementos indispensables del oficio, todo su esfuerzo tendió desde el principio á realizar una fórmula de arte personal, fuera de las convenciones aceptadas. Naturalmente, sus primeras tentativas como innovador fracasaron durante largo tiempo á las puertas del Salón: la crítica de entonces, de acuerdo con el jurado, le cerraba sistemáticamente la entrada. Cuando logró forzarla, ya estaba clasificado á los ojos de los conocedores clarividentes. Al cabo de más de quince años de lucha perseverante, conquistó á su vez el derecho á la cima y las recompensas oficiales; sobre todo, la cruz en 1877, más tarde la insignia de comendador y en 1882 la medalla de honor. La Sociedad nacional de Bellas Artes lo escogió para Presidente; pero el Instituto lo dejó á un lado, dando ocasión para volver á escribir el epigrama legendario: *Nada faltó á su gloria, pero él faltó á la nuestra.*

La obra de Puviv de Chavannes es considerable. Entre las composiciones más importantes figuran las decoraciones de los museos de Marsella, Amiens y Lyon, de la Municipalidad de París y de la Sorbona y los frescos que trazan la historia de Santa Genoveva sobre los muros del Panteón. La mayor parte de esas pinturas han sido expuestas, ya originales ó bien en estado de cartones, en los Salones anuales y allí, el público y los críticos, han ido á admirarlas ó discutir las, antes de haber obtenido la consagración definitiva del tiempo.

El pintor poseía á fondo la ciencia del dibujo, como lo comprueban los numerosos estudios exhibidos en las galerías del Campo de Marte. Pero era, de propósito deliberado, un simplificador, en extremo cuidadoso de la forma sintética. Más artista que hombre de oficio, de-

bía á su cultura intelectual ideas generales con las cuales alimentaba su inspiración. Así alcanzaba la intensidad del efecto en sus grandes composiciones simbólicas, cuya concepción está tomada de muy alto y expresada, con voluntaria sencillez, por una feliz combinación de lo preciso de la realidad y lo impreciso del ensueño, de la naturaleza y del ideal.

Se le reprochó que no era un colorista; pero la premeditada sobriedad de su color, unida á la armonía de los tonos discretos, es justamente una de las cualidades que lo han hecho maestro de la pintura decorativa contemporánea y jefe de una escuela nueva, en la cual, entre brillantes discípulos, se cuentan también imitadores infelices.

El ilustre pintor casó el año pasado con la princesa Cantacuzena, cuya muerte reciente afectó profundamente al artista y precipitó el fin de su noble y laboriosa carrera.

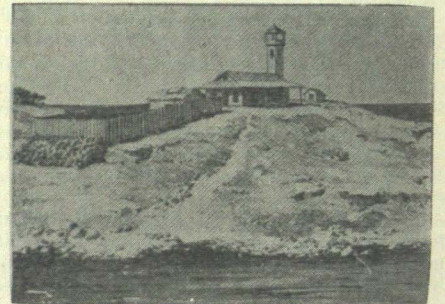
LAS CENIZAS DE MURAT

Una revista extranjera anuncia que próximamente van á ser exhumadas las cenizas de Joaquín Murat, el rey de Nápoles, del pequeño cementerio de Rizzo, en las Calabrias, y trasladadas á la Chartrouse de Bolonia, á la sepultura de la familia Pepoli.

Incierto aún el lugar preciso en donde se encuentran los restos del infortunado rey de Nápoles, la familia Pepoli, aliada á los Murat, ha resuelto que no se proceda á las averiguaciones hasta la próxima primavera.

Se ignora si los despojos de Murat fueron enterrados en la iglesia ó en el cementerio de Rizzo. Por otra parte, acaso sería difícil establecer la autenticidad de los restos, si es que reposan en el cementerio; puesto que reza la tradición que Murat fue inhumado en la fosa común. Su cuerpo fue colocado en un ataúd de madera blanca y no se dejó ninguna señal distintiva en el lugar de la sepultura. Los huesos reales fueron, pues, mezclados á los huesos anónimos. ¿Cómo distinguirlos después de ochenta y tres años?

Sin embargo, Murat fue enterrado con un uniforme azul, con botanadura de metal y es posible que el tiempo y la humedad los hayan respetado. Así podrán reconocerse fácilmente las cenizas del heroico y desdichado hermano del Emperador.



PRISIÓN DE DREYFUS EN LA ISLA DEL DIABLO

La casa que habitó Dreyfus durante los dos primeros años estaba construida al extremo de la isla, debajo de una veintena de cocoteros. Pero como fuese muy visible desde alta mar, temiéndose una tentativa de evasión, se la trasladó al lugar en donde la representa el grabado: en el vértice de la colina que domina la playa.

Es una casilla de 4 metros cuadrados, próximamente, de techo agudo cubierto de zinc pintado de blanco; se levanta en una de las facies de una palizada rectangular que la rodea completamente.

Esta palizada tiene alrededor de 12 metros de longitud por seis de ancho; está formada por gruesos maderos de wapa, puntiagudos, perfectamente unidos, de manera que no dejan entre sí ningún intersticio. Tiene de 2,50 á 3 metros de altura, lo que hace imposible desde el interior la vista de la isla y del mar.

En la casilla hay un lugar rodeado por una reja, verdadero gallinero, reservado al guardia, quien no quita los ojos del condenado. La reja comunica con la casilla por medio de una puerta de doble cerradura. El guardia tiene la llave de una de ellas y la otra la conserva

un vigilante; de manera que ninguno de los dos puede abrir sin la ayuda del otro.

En cuanto al mobiliario, se compone de un lecho de hierro colonial con mosquetero, una mesa, una toilette sencilla, algunas tablas para libros, papeles y efectos y un hornillo en donde el condenado se prepara su comida.

En el extremo de la palizada y precisamente del lado de la casilla, está la casa de los guardias; vasta construcción de 8 metros de lado y tres ventanas por cada faz, destinadas á abrigar seis vigilantes. Sobre la casa hay una torre de 8 metros, el *mirador*, desde el cual un guardia interroga constantemente el horizonte, detrás de un cañón-revólver Hotchkiss.

El condenado se levanta á las 5 de la mañana, hora á la cual la puerta que da acceso al corredor de paseo se abre. Después de haber preparado su desayuno, sale y fuma durante algún tiempo, midiendo el encierro desde donde no puede ver sino el cielo. De las 10 á las 11 la puerta se cierra y no se vuelve á abrir hasta las 5 de la tarde.

Durante el día, Dreyfus escribe mucho; sobre todo, traza números y dibujos de arquitectura. Muy cuidadoso siempre de su persona, se viste generalmente de blanco y durante mucho tiempo ha llevado camisas almidonadas.

Los guardias no deben hablarle nunca, ni él le dirige á nadie la palabra, excepción hecha del médico cuando tiene que hacerle alguna consulta. Es, en suma, el régimen celular, en célula especial y al aire libre.

Dreyfus se nutre principalmente de conservas; porque, forzado á hacerse su comida, se le torna así menos penosa la obligación.

Salvo una enfermedad del hígado que se le declaró recién llegado y una disenteria que se prolongó hasta 1896, su salud es excelente. Aunque un poco encorvado y á pesar de que lleva toda la barba y de que ha envejecido, ha engrasado un tanto; pero ni está ni jamás ha estado abatido.

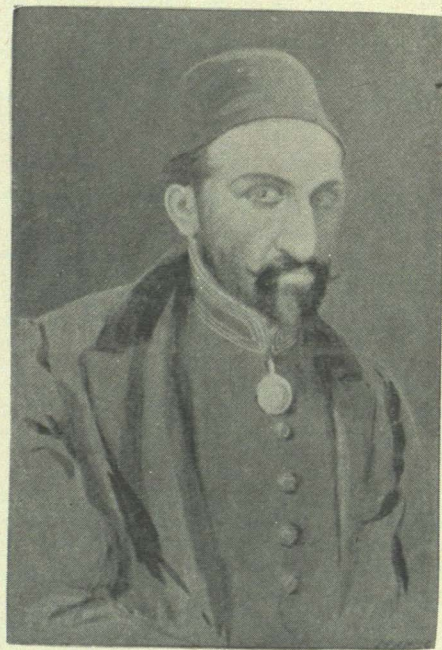
UNA ESTAFA CURIOSA

El tribunal bávaro de Kenptem ha dictado sentencia en un curioso asunto de estafa. Wohlfahrt, uno de los acusados, era padre de una niña llamada Agnès, la cual murió histórica meses pasados. Esta tuvo por íntima amiga á una joven vecina, Crescencia Kotterisch, cuyos padres tuvieron el dolor de perderla hace tres años.

Un buen día los esposos Kotterisch recibieron la visita de Agnès Wohlfahrt, la cual les notificó que Crescencia estaba en el purgatorio, de donde le escribía frecuentemente. Declaró que le había rogado á la Virgen le infligiese á ella el castigo que hubiese merecido Crescencia, á condición de que los Kotterisch le facilitasen algunos centenares de francos. Los Kotterisch consintieron y poco tiempo después Agnès les mostró una carta en que Crescencia le daba las gracias por su generosa intervención. Pero aquello era el principio, puesto que Crescencia, transportada al cielo, continuó su correspondencia y sus pedidos de dinero. Avisó primero que iba á casarse, pero como su novio, á quien conoció en el purgatorio, no había concluido su condena, pidió una limosna para obtener su rescate. Los Kotterisch se transaron: Crescencia, agradecida, les envió un recibo en toda forma, en papel del paraíso. Pero el matrimonio es tan dispendioso en el cielo como en la tierra. Crescencia reclamó 10.000 marcos para la ceremonia, y para vestidos nuevos de los doce apóstoles. Los Kotterisch no se hicieron de rogar: pagaron, y su yerno celestial les manifestó su gratitud remitiéndole á su suegra un reloj de oro y una soberbia sortija con sus iniciales grabadas. Nueve meses después el matrimonio pidió una canastilla: los suegros la enviaron y tres veces en tres años se repitió el pedido, con favorable resultado. Los Kotterisch, que habían ya revestido á los doce apóstoles, tuvieron un día el grande honor de ser los banqueros de la Madre de Dios. Esta les pidió prestados, por intermedio de Agnès, 2.500 marcos para embellecer las habitaciones celestiales, ofreciendo pagarles un interés de 5 p. 100. Los Kotterisch se cuidaron bien de negarse: recibieron como gratificación un paquete de salchichas con una hermosa carta firmada por su hija, su yerno y su nieto, anunciándoles que el dinero había sido recibido en el cielo con una serenat que tocaron todos los ángeles. Esta correspondencia entre el cielo y la tierra duraría aún, si los Kotterisch no hubieran he-

cho á algunos amigos la confianza de su felicidad. Se les abrieron los ojos un poco tarde, puesto que su ingenuidad les había costado ya 20.000 francos.

Agnès fue arrestada; murió, y sus padres, perseguidos como cómplices, han sido condenados á dos años de prisión.



EL SULTÁN ABDUL-HAMID

El Sultán ordenó construir una medalla en conmemoración de la visita del emperador Guillermo á Constantinopla.

Esta medalla tiene en una de sus fases las armas imperiales con estas palabras en turco: "Entrevista del Sultán Abdul-Hamid-II en Constantinopla" y la fecha de la llegada del emperador á Constantinopla.

En el dorso, se verá el águila alemana con estas palabras en alemán: "En conmemoración de la visita de S. M. el emperador de Alemania Guillermo II á S. M. el emperador de los otomanos Abdul-Hamid-II, en Constantinopla."

La medalla es de oro y de un modelo elegante. Las otras medallas, más pequeñas, de plata ó de cobre, están destinadas á los personajes que forman el séquito del emperador.

EL PRÍNCIPE DE LOS POETAS

Entre las respuestas que se han enviado á *Le Temps*, relativas al nuevo Príncipe de los poetas, Leon Dierx, figura el siguiente retrato literario que ha escrito Catulle Mendès:

"Lo digo con la convicción de emitir una verdad que se hará evidente en el porvenir. Leon Dierx, cuya inmensa obra permanece casi ignorada de la multitud, cuyo talento no ha sido estimado en todo su justo valor sino por los artistas y los letrados, Leon Dierx es verdaderamente uno de los más puros y de los más nobles espíritus de fines del siglo XIX. No creo que haya existido un hombre más íntimamente, más esencialmente poeta que él. La poesía es la función natural de su alma, y los versos son la única lengua posible de su pensamiento. Vive en el ensueño eterno de la belleza y del amor. Las bajas realidades lo rodean como cosas que no ve, ó si las observa es de muy alto, muy vagas, muy confusas, y despojadas por la distancia de sus tristes fealdades.

"Al contrario, todo lo que es bello, todo lo que es tierno y digno, la altiva melancolía de los vencidos, el candor de las vírgenes, la seriedad de los héroes, así como la dulzura infinita de los paisajes forestales atravesados por la luna y de los mediterráneos de azul en donde tiembla á lo lejos una pálida vela, lo impresiona, lo penetra, lo llena, se hace como la atmósfera en que respira felizmente su vida interior. Si fuese permitido á la mirada humana penetrar en el misterio de los pensamientos, lo que á menudo se vería en los suyos sería, entre las vagas languideces del crepúsculo

lo de la tarde, ensueños vestidos de blanco, pasando dos á dos, hablando en voz muy baja de pesar ó de esperanza, en tanto que á lo lejos resuena dolorosamente una campana, entre las brumas de algún valle.....

"Quizá se deba á esa indecisión crepuscular en donde se esparce á veces la inspiración de Leon Dierx, esa especie de indiferencia con que por tanto tiempo han visto al poeta los aficionados á lo tangible ó inmediato. Para amar, para comprender esa alma exquisita y como lejana, es preciso ir hacia ella, buscarla, violentarla casi, porque no se presenta brutalmente: huye, se oculta, quiere permanecer ignorada. Pero si se la sorprende, si se va con ella por entre las ligeras nébulas de la mañana y de la tarde, semejantes á los crepúsculos de Corot, cuánta delicia se experimenta, al verla tan casta, tan noble y tan bella!

"Por otra parte, Leon Dierx, que cree que la inspiración debe ser fecundada y dirigida por el arte, ha sabido reaccionar contra su natural tendencia al ensueño confuso. Entregado á la ruda labor, la ha realizado en gran número de poemas sabios y claramente compuestos, sólidamente contruidos, de robustos contornos."

El señor Mario Centore de Valparaíso (Chile), á propósito de una obra que prepara intitulada "*Intelectuales de América*", dice lo siguiente:

"INTELECTUALES DE AMÉRICA"

A todos éstos; particularmente á Luis Berisso.—M. C.

"Trate de que los intelectuales que va á poner en su libro lo sean de verdad. Sea severo y justo y no dé cabida sino á los que realmente valen; no olvide á los viejos y olvídense de muchos jóvenes cuya pedantería no tiene límites, sin tener en qué fundarla. Se evitará así muchos disgustos y hará una obra de bien." (De Luis Berisso á Mario Centore.—Carta íntima.)

Bien aconsejado, querido compañero! Hay, sin duda, una recua de nulidades consagradas en nuestro campo literario; el montón de los incapaces y los impotentes, disfrazados de neo-clásicos; la inconsciente turba-multa de la inepticia, exhibida en una fecundidad comprada á precio de vigiliadas dolorosas en su inutilidad, y á fuerza de rutina. Esos son los microcefalos del Arte, los literarios de mínimo cerebro, reflejos de tal ó cual literatura en boga, que de los desperdicios intelectuales de los grandes creadores—llámense éstos Víctor Hugo ó Paul Verlaine—toman las heces para con ellas llenar sus vacíos cerebrales. Ahí están para probarlo....., oh! pero, nombres á qué? Ahí está toda la recua, y, como dijo el otro, *por sus obras les conoceréis*. Yo no cuento para nada, absolutamente, con ellos; y si esos son los jóvenes no haya temor,—oh, amable amigo!—que yo les dé lugar entre los estudiosos y los fuertes en mi libro, y menos que me olvide, por todos esos jóvenes pedantes, de los intelectuales verdaderos, á pretexto de ser viejos. Los viejos de América, literariamente no son tan inferiores á los jóvenes, como se pretende por ahí, entre ciertos fracasados que se dicen modernistas,—y que lo son de última clase si se quiere;—los viejos, cuando se llaman Juan Montalvo, Manuel González Prada, José Martí, Nicanor Bolet Peraza, Justo Sierra, Olegario Andrade, Eduardo de la Barra,—y otros semejantes;—los viejos que sean como éstos, que son cumbres, serán siempre maestros de los jóvenes. Y yo, por eso me olvidaré, seguramente, de muchos de éstos, y no de alguno de los otros, en mis *Intelectuales*.

En este concepto, mi proyectado libro, en que trabajo, tiende á hacer, á la vez, obra de Arte y obra de Justicia sobre la intelectualidad americana, tan brillante, tan fecunda, y tan calumniada en todas partes. Libro de Crítica, ciertamente, el mío; pero, ante todo y sobre todo, libro de Arte. En él haré, tal vez, psicografías; pero no amontonaré, por lo mismo, biografías. Y á desvirtuar algunas noticias que en este sentido he visto en revistas y periódicos que se han ocupado en mi proyecto literario, á dejar la verdad en su lugar, viene este artículo.

En *Letras*, por ejemplo,—la simpática revista que dirige el aristocrático Pepe Barreto,—encuentro, en una sección rubricada *Gótics*, estas curiosas líneas:—«Mario Centore (aquí una laudatoria que, por lo impropia de mí, que no soy el «muchocho» que en ella se me dice,

no reproduzco..... y perdón por la franqueza) «Mario Centore tiene en preparación una obra «de grande aliento y de grande importancia.» «*Los Intelectuales de América* se titulará ella.» (desde luego, ese *Los* está demás: mi libro no pretende dar cabida á todos, y por eso se llamará solo *Intelectuales de América*) «y contendrá estudios críticos-literarios de los más distinguidos literatos de América.

«*Mario*, escribe en fin, *Pepe*, solicita de todos «sus hermanos de letras el envío de libros, periódicos, datos, etc., para el mejor trabajo de su «libro.»

Y como éstos, casi todos los párrafos que se han escrito sobre mi proyectada obra, en toda América!..... En tres artículos anteriores, incluso la circular-prospecto primera, he tratado yo, sin embargo, de hacer conocer de todos y cada uno de los *Intelectuales de América* lo que mi obra va á ser, ó mejor lo que será. Inútilmente. Debo, pues, aun decir mi última palabra acerca de ella, y hcla aquí, ya definitivamente como plan en idea determinantes de la misma.

Repito, en primer lugar, que en mi libro no se encontrarán biografías, ni siquiera juicios críticos, sino estudios,—psicológicos y artiliterarios;—y que, sinceramente, nó imparcialmente, haré justicia.

Advierto, después, á todos, pero sobre todo á los jóvenes, que mi obra no es de un año, sino de algunos años, y que el primer tomo, á menos tardar, se publicará sólo á principios de 1900 (ya véis; en el otro siglo!.....) ó, si antes á mediados de 1899.

Y, por último, páreceme bien hacer notar que mis estudios se dividirán en tres partes,—un tomo para cada parte—en el siguiente orden de composición:

1ª Parte: *Cabezas Máximas* (Entrarán aquí los viejos; entre los cuales algunos genios, y los más, maestros).

2ª Parte: *Los Maestros Jóvenes* (Lugones, Darío, Díaz Rodríguez, Vargas Vila, Gavidia, del Casal, Gutiérrez Nájera, etc.).

Y 3ª Parte: *Luchadores y Artistas* (Aquí todos los capaces que no cejan en la lucha por el Ideal y por el Arte, todos los que pelean el buen combate por la Belleza ó la Justicia. Y son innominables.)

Y es todo el plan de mi obra, y mi última palabra sobre ella. ¿La acabaré, un día, dignamente? Al tiempo el arduo fallo.

Ahora, para terminar, permítaseme reproducir aquí, como mi suprema y, sin embargo, muy sencilla profesión de fé artística, las palabras que, también á propósito de mis *Intelectuales*, escribí en *El Pueblo* hace medio año: «El crítico—dije entonces y repito con mayor convicción hoy—debe ser ante todo un juez; y sincero juez de Arte, que es como entiendo yo al buen crítico. Puede no ser imparcial enteramente; pero, aun entonces, ha de tener por lo menos, la sinceridad en el aplauso ó la censura, la Sinceridad, que es el sello de la Fuerza ó de la Gracia en un temperamento. Labor de excepción en que no trabajan sino los escogidos, que son lo menos; es decir, los mejores: labor de conciencia estética, suma y única; es decir, labor de inmortalidad.»

ENVIO

A tí, oh amable compañero, que me has precedido en mi labor por tu sincero y noble libro, que, sin embargo, no es como se llama, *El Pensamiento de América*; á tí, estudioso y entusiasta, raramente, del santo y odiado Arte; á tí, Luis Berisso, que me dices—y has hecho bien—tu amigo; á tí, pues, mi amigo; envío el pensamiento de mi obra, en la que tú, futuro grande Artista, ocuparás lugar primero entre los primeros y con *Alma fuerte*, con Lugones, con Sicardi, Ingegneros, y otros pocos, honrarás mi esfuerzo, como con ellos honras la intelectualidad argentina, y mejor aún la intelectualidad americana; á tí, en fin, virtuoso traductor, impecable Artista, bondadoso Crítico, en quien saludo ya, con el gran Poeta de *Plebeyos*, á uno de los grandes de esta América Republicana, prostituida á todas las bajezas de la sucia Política, en que el Arte se enfanga, y si se salva, en veces, es porque artistas de esos que *cruzan el pantano y no se manchan* lo salvan en su ideal y fuerte barca del Ensueño, camino hacia el país de la Gracia y la Belleza, hermanas de la Gloria. Y tú eres de esos.

MARIO CENTORE.

Valparaíso (Chile.)

PAGINAS PARA LAS DAMAS

(Expresamente escritas para EL COJO ILUSTRADO)

Carreras de caballos.—Crónica de la moda.—Ecos de París, de Londres y de Viena.—El color de los días.—Cigarras de oro.—La Emperatriz de Alemania.—Una heroína griega.—La mimosa azul.—A través de los días.—La fiesta de los muertos.—Tristeza y flores.

Madrid: 7 de noviembre de 1898.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Caracas.

Las carreras de caballos en el Hipódromo madrileño, siempre, especialmente en el otoño, aplazadas ó suspendidas por las lluvias, contribuyen escasamente á la animación de la capital. Sin embargo, la moda de invierno se exhibe allí bajo su aspecto más aristocrático y distinguido, pudiéndose asegurar por lo tanto que los trajes de paño, estilo sastré y princesa, son de rigor actualmente en Europa, con cuerpos de adelta corta muy ceñidos y grandes solapas de las más caprichosas formas. El color maíz, ladrillo, azul húsar y verde botella, son los más indicados en este caso, con adornos de terciopelo en tonos claros. Para vestidos de paseo y visita, París acaba de poner en circulación, acompañado por faldas bastante ceñidas en las caderas y voleadas en el bajo, unos cuerpos de largos faldones, estilo Luis XV, cuyo principal adorno son unos elegantes escarolados.

De Londres trascienden á toda la Europa elegante, unos lindísimos modelos de levitas ajustadas, con alto cuello, adornos de pasamanería, así en los delanteros como en la espalda, y mangas muy estrechas, con hombrera jockey. Para trajes de mañana son de una distinción y comodidad indiscutibles; y algunas de estas levitas, con aplicaciones costosísimas de terciopelo, sirven también á maravilla, á modo de complemento de trajes de vestir. Las boas de pluma arrolladas coquetamente á la garganta y los grandes cuellos sueltos de piel gris, tampoco se olvidan este invierno: favorecen mucho, y como detalle artístico femenino, no tienen rival.

La fantaseadora Viena, en el capítulo de sombreros, cabe confesar que satisface este invierno á los gustos más exigentes. Con alas levantadas ó redondas, y siempre recurriendo á grandísimas copas bajas, impone á las damas elegantes el uso de sombreros de terciopelo á dos tonos, negro y rojo, negro y violeta, negro y azul, resultando de la mezcla una nota artística de primera fuerza que realzan además discretos bordados diseminados en el fondo del terciopelo claro. Estos sombreros alcanzan gran aceptación porque favorecen mucho; apenas se inicia el invierno, y vemos ya de ellos deslumbradora variedad, en paseos y teatros.

Una de las fantasías que se debe, por decirlo así, á las damas londinenses, desde comienzos del actual otoño, se refiere al color del papel para escribir. La sociedad elegante de orillas del Támesis, escribe los lunes sus cartas en papel color verde, los martes en color de rosa pálido, los miércoles en gris perla, los jueves en azul claro, los viernes en plateado, los sábados en amarillo, y por último en papel blanco los domingos. Para estos papeles fantasía, el tamaño no ha de ser muy grande; y la pasta, casi siempre, tiene dibujos caprichosísimos.

Las cigarras de oro, con ojos formados por rubíes hacen furor actualmente en Berlín. En concepto de dije aplicable á colgantes de reloj y de pulsera, á alfileres de corbata, y á imperdibles de los que se usan para vestidos y sombreros, son muy bonitos esos dices, de deslumbrador efecto, y no se han vulgarizado aún, cosa que desde luego constituye su mayor é indudable mérito.

Y como el invierno ha sido siempre más pródigo que el verano en caprichosos objetos de adorno, propios para ser lucidos en reuniones y

bailes, cúmplenos decir en concepto general, á nuestras amadas lectoras venezolanas, que para adornos de teatro, se llevan bastante grandes lazadas de terciopelo negro ó de color, rematadas por elegantísimo *spritz*, que el rodote flojo, formando cocas, es sumamente distinguido y que con peinetas y horquillas de concha, para sujetar el rizoso cabello, alternan á maravilla, constituyendo un todo sumamente distinguido, las largas cadenas de oro con perlas, para reloj ó abanico, así como los colgantes cortos cuyo uso se refiere especialmente á los caballeros. Las cadenas largas de tres ó cuatro metros, las usan las damas, dándolas varias vueltas al cuello, y estudiando, como es natural, la manera más bella y coqueta de colocarlas.

El viaje á Jerusalén de los jóvenes emperadores germánicos, si bajo el punto de vista eminentemente político, llama la atención del mundo entero; considerado bajo el aspecto esencialmente religioso despierta grandes y justificadas simpatías. La inteligente y cariñosa esposa de Guillermo II de Alemania, compartiendo con el joven soberano los peligros y los encantos del viaje, es una figura interesantísima y un modelo digno de imitar en nuestras modernas sociedades en las que tan poco abundan las abnegaciones. Esbelta y gentil, llevándose tras de sí las simpatías del receloso pueblo turco, se ha visto á la Emperatriz cabalgando en briosos corceles, con intrepidez y maestría, acompañando á su esposo en todas las expediciones. La imperial pareja ha adquirido en Jerusalén el terreno en que se efectuó la Asunción de la Santísima Virgen, para edificar en él un templo donde la rindan culto los católicos alemanes. La joven soberana ha patrocinado con entusiasmo la idea, y bien puede decirse que ella le ha prestado calor y vida, influyendo en el ánimo de su real esposo, para llevarla á feliz término, con toda la magnificencia que merece el piadoso propósito concebido.

Recientemente ha fallecido en Nauplia, ciudad de Grecia, á la edad de ochenta y seis años, una heroína de las libertades modernas, Kalliope Papalexopulos, en cuya casa se reunieron durante su espléndida juventud, los elementos más cultos, y la representación más brillante de la política patria. Un día, después de haber influido con su prestigio y su persona, con grave riesgo de la vida, al éxito de atrevidos planes revolucionarios, la noble Atenas recibió á la intrépida mujer, solemnemente y bajo una lluvia de flores, saludando en ella el esforzado adalid de su independencia. Actualmente vivía de una pensión vitalicia que la señalara el gobierno, pensión de la cual sólo se reservaba la mitad, pues el resto lo repartía entre los pobres. Siempre hermosa y entusiasta, á pesar de sus años, ha muerto respetada y admirada de sus contemporáneos, rodeada de sus libros favoritos, de sus flores y de sus pájaros. Era Kalliope Papalexopulos, una organización femenina privilegiada, admirable, en la que competían entusiasmos y alientos varoniles con ternuras y delicadezas, propias tan sólo de una mujer de talento.

La flor de moda este invierno, es la mimosa azul, flor hasta ahora obscurificada, sin historia, humilde como la violeta y pequeña también como ella. Y la mimosa azul con botoncito de oro, elevada por el capricho humano, á las alturas vertiginosas de la fortuna, se encuentra en todas las habitaciones aristocráticas, la eligen para su adorno las mujeres más hermosas de Europa, y se paga á grandes precios, por lo mismo que en ella encarna la vanidad, en su aspecto más simpático y delicado.

Al mentar á las flores, mientras discurrimos por el mundo de la moda en busca de las novedades más salientes del día, se detiene el inquieto pensamiento, en la fiesta más triste del mes de Noviembre, la fiesta de los muertos, que este año, como nunca, se ha distinguido en las más populosas ciudades del Viejo mundo, por la profusión de flores, que los vivos han dedicado á sus muertos. Ya no son únicamente las amarillas siemprevivas, las que cubren las

sepulturas. Flores de todas clases y categorías, desde la rosa de otoño, hasta la camelia, desde el nardo á la dalia, han prestado aspecto risueño, primaveral, por decirlo así, á las tumbas, triste emblema del ocaso de la vida. Los lujosos cementerios de las grandes ciudades, así como los solitarios camposantos de las humildes aldeas, ostentan flores á granel, las últimas que la estación otoñal nos proporciona. Nunca mejor empleadas después de todo, porque si las flores son poético y bello adorno para la mujer en la espléndida juventud, cubriendo cariñosas las tristes sepulturas, su aroma, al perderse en el espacio sin fin, parece el emblema del misterio que rodea á la vida, y condensa también la aspiración incesante de las almas hacia la eternidad que columbra la fe, á través de las neblinas del cielo.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.



SECCION RECREATIVA

Incineración de los muertos

En Eleusine, en Grecia, se ha hecho un descubrimiento que decide un punto de historia muy curioso.

Se sabe que la incineración de los muertos está citada por Homero. Este hecho estuvo admitido sin discusión hasta los descubrimientos maravillosos hechos en Mesena, hace algunos años por el célebre arqueólogo alemán, M. Schlieman. Allí no se encontraron señales ningunas de semejante costumbre entre los antiguos habitantes de la Grecia.

Resultó de esto una disputa entre los sabios: unos aseguraban que Homero no conocía la civilización de Mesena y los otros sostenían lo contrario.

En Eleusine, se acaban de encontrar varios hornos crematorios con restos de ceniza. Queda, pues, establecido que los Griegos del tiempo de Mesena quemaban los muertos. Pero esta práctica era facultativa y no general. Ciertas tribus que habitaban la Grecia, como por ejemplo los Jonios, tenían la costumbre de quemar los muertos; y otros, como los Aqueos, no los quemaban.

Serpientes en la India

Las serpientes son el azote más terrible de la India. Millares de desgraciados perecen cada año á causa de la mordedura de estos reptiles. Una estadística reciente considera en 433.300 el número de muertes acaecidas por esta causa, desde el año de 1876 hasta 1898.

Esto prueba que la serpiente es un enemigo infinitamente más temible para el indio que todas las fieras. En el período indicado, éstas no han devorado sino 64.284 personas.

Las serpientes no atacan solamente á los hombres: de 1875 hasta el año actual han perecido en la India, por mordeduras de serpientes, 1.500.000 animales domésticos.

Mujer popular

Actualmente la mujer más popular de los Estados Unidos es Miss Helen Gould, á la que llaman allí: the popular Idol of the day.

Miss Helen Gould ha hecho un noble empleo de su inmensa fortuna, fundando en Nueva York una asociación femenina destinada á socorrer los militares heridos que llegaban de Cuba.

Considerables sumas han sido empleadas á este objeto. Miss Gould se ha consagrado á su tarea humanitaria con una abnegación digna de los mayores elogios, y ha puesto su suntuosa residencia de Lyndhurst á la disposición de los soldados convalecientes.

Desde el principio de las hostilidades, miss Helen Gould prodigó,—sin contar su fortuna y su abnegación creando hospitales—samaritanos é instalaciones para dar alimento. El trabajo no ha sido fácil, y miss Gould ha pasado á menudo en él más de ocho horas, tomándose á penas el tiempo necesario para hacer una breve comida.

Los americanos están llenos de admiración por la generosa conducta de miss Helen Gould, que ejerce con modestia y gracia encantadora su oficio de hada bienhechora.

Miss Helen Gould es la hermana mayor de miss Anna Gould, hoy condesa de Castellana.

Influencia de la humedad sobre el organismo

La influencia ejercida por las variaciones de la humedad de una atmósfera en reposo ha sido motivo de numerosos estudios; pero estos estudios han sido practicados, casi todos, en los animales.

M. M. Rubner y Lewaschew, fisiologistas alemanes, han hecho experiencias en el hombre, colocando en un aparato cerrado á personas á quienes se les hacía entrar aire cuya humedad, perfectamente conocida, podía ser modificada á voluntad.

Hé aquí los principales resultados de estos interesantes estudios. Para una temperatura baja, de 14 á 15° el aire seco es más agradable que el aire húmedo; para una temperatura de 24 á 29° si se renueva el aire, se siente más fresco cuando está seco que cuando está húmedo; esta temperatura se soporta muy bien con una gran sequedad, el sudor no se hace visible sino cuando el aire llega á 29° y la humedad á 22 centésimas. Si se eleva la temperatura y se disminuye la humedad, los ojos y las fosas nasales se secan, lo que no daña sensiblemente al bienestar general.

Un aire húmedo ó de 96 centésimas hace insoportable el sostenimiento de una temperatura de 24°. Entonces la experiencia no puede continuarse sino con un reposo muscular completo, el sudor no es muy abundante, pero hay una fuerte sensación de frío.

El número de inspiraciones disminuye en el aire seco y aumenta en el aire húmedo.

A 15° ese organismo elimina, por la respiración, en veinticuatro horas, 212 gramos de agua en el aire húmedo, y 870 gramos en el aire seco.

Este es el funcionamiento de la regulación térmica por el sistema de las alcarrazas, muy activo y muy suficiente cuando el aire está seco, é insuficiente cuando está húmedo.

Por una diferencia de 10 grados, la proporción de agua eliminada varía de 9 á 23 gramos en el aire húmedo, y de 36 á 75 gramos en el aire seco.

Desde este punto de vista, la fisiología del hombre difiere de la de los animales. En efecto, entre estos últimos, el minimum de evaporación se produce en las temperaturas medias del aire, pues la pérdida es mayor en las temperaturas muy bajas ó muy elevadas. En el hombre, por el contrario, la experiencia demuestra que hay una pérdida de agua tanto más fuerte cuanto que la temperatura es más elevada.

Familia elevada

En el cuadro de una puerta del castillo de Friedrichshuhe se encuentra una escada de la talla de las personas que componen la familia del príncipe de Bismarck. Las medidas están anotadas con lápiz y fueron tomadas el 31 de diciembre de 1879.

Están en el orden siguiente:

Príncipe de Bismarck	1 m. 88
Herbert de Bismarck	1 " 86
Guillermo de Bismarck	1 " 85
Conde de Rantzau	1 " 78
Princesa de Bismarck	1 " 74
Condesa Rantzau	1 " 716

Influencia del canto

Se sabe que el canto figura mucho en la existencia de los Indios. Poseen algunos especialmente apropiados á los grandes momentos de la vida humana: la partida para la guerra, la alegría después de la victoria, el principio y el término del trabajo, etc. Miss Alice Fletcher acaba de someter la música y el texto de estos cantos á un minucioso examen. El *Journal of American Folk Lore* publica el resultado de su estudio. Los indios no conocen sino tres instrumentos de música: el tambor, la carraca y una especie de flauta. El tambor y la carraca sirven para acompañar los cantos y para marcar el compás de las danzas. La flauta por el contrario se emplea para ejecutar solos en las asambleas públicas. El texto de estos cantos es siempre de una sencillez extrema y no expresa sino sentimientos esenciales. La relación entre el texto y la melodía es tan íntima, que no se pueden adaptar palabras á una melodía para la cual no han sido escritas. Entre los indios hay cantos cuyo texto no tienen sentido ninguno y constan simplemente de una sucesión de sonidos. Pero estos sonidos que parecen confusos á los profanos, poseen para los indios, una significación muy clara. Hé aquí de qué manera un indio expresa su amor: "Hi-dha ho ha hi-a he-ha he!..... Hi-ah-hé!"

Las sílabas aspiradas predominan en esa frase, pero son pocas en los cantos fúnebres, como se vé en este fragmento de una queja: "J-ahdha ha ah-i dha -he ah-ah ha-ah!"

Los cantos indios se ejecutan siempre en pleno aire, de donde resulta que las gradaciones no existen en la música.

El piano, el fuerte, el *crecendo* y el *decrecendo* se confunden. En fin, los indios cantan siempre en armonía; sin embargo Miss Fletcher, ejecutó un día en el piano, diferentes piezas de música y le preguntó á los artistas si las reconocían. Ellos respondieron primero negativamente y no encontraron el aire nacional sino cuando armonizó las piezas con una serie de acordes. El estudio hecho por Miss Fletcher, con la ayuda de un fonógrafo, le ha permitido establecer que los cantos indios no son improvisaciones, como se ha creído largo tiempo; existe, al contrario, en las principales tribus, una especie de comité compuesto de artistas, encargados de cuidar de que las melodías se conserven inalteradas. Los cantores profesionales son generosamente retribuidos.

Tierra clásica

Se ha descubierto en Atenas, en las ruinas del templo de Júpiter Olímpico, el pedestal que sostenía la famosa estatua de Júpiter, hecha de oro y de marfil por el escultor Fidias. Este pedestal ha sido descubierto precisamente en el lugar descrito por Pausanias.

Se ha encontrado también una iglesia subterránea que data desde los primeros siglos del cristianismo. Este monumento tiene el aspecto de las catacumbas donde se refugiaban los primeros cristianos, para celebrar la misa en tiempo de persecución.

Terminemos diciendo que la Sociedad arqueológica de Grecia ha decidido hacer transportar y depositar en el museo de Atenas los huesos de los combatientes helénicos que perecieron en la batalla de Queronea que Filipo de Macedonia, padre de Alejandro el Grande, ganó sobre los atenienses y los tebano.

Origen de los zarzillos

Una revista inglesa refiere una leyenda árabe muy curiosa sobre el origen de los zarzillos. Héla aquí:

Sarah, esposa de Abraham, no tenía hijos y estaba envidiosa de Agar, madre de Ismael; en vano Abraham trataba de calmarla. Un día Sarah hizo un terrible juramento:

"No tendré reposo, dijo, hasta no haber mojado mis manos en la sangre de Agar." El patriarca estaba cada día más inquieto. ¿Qué hacer?

Al fin ideó un subterfugio; los antiguos eran fértiles en expedientes para satisfacer la fe jurada, por medios indirectos. Abraham imaginó aguejar las orejas de Agar, é invitó á Sarah á mojar sus manos con la sangre que corría. Sarah tuvo que darse por satisfecha, pero Agar lloraba.

El patriarca, para consolarla, le puso en las orejas unos soberbios anillos de oro. De este modo se inventaron los zarzillos. Desgraciadamente este regalo descompuso enteramente las cosas, pues Sarah, aumentó su envidia al ver á su rival adornada con magnífica prenda, y la infortunada Agar se vio obligada á retirarse al desierto.

Casa de aluminio

En Chicago se acaba de terminar la primera casa de aluminio que se ha edificado hasta ahora.

En esta casa, situada entre las calles State y Madison, los arquitectos han tenido la idea muy original de sustituir á las fachadas ordinarias, generalmente de ladrillo ó de tierra cocida, un revestimiento de aluminio, fundido en placas de medio centímetro de espesor.

El inmueble que naturalmente es incombustible, está sostenido por una armadura de hierro muy fuerte formada de columnas. Entre estas columnas están colocadas las placas de aluminio. Sus dimensiones miden 80 centímetros sobre 50 y están sostenidas por traviesas, también de aluminio, de 50 centímetros de ancho.

La composición de metal empleada es de 90 partes de aluminio y 10 partes de cobre.

El coeficiente de dilatación de esta mezcla, es sumamente débil.

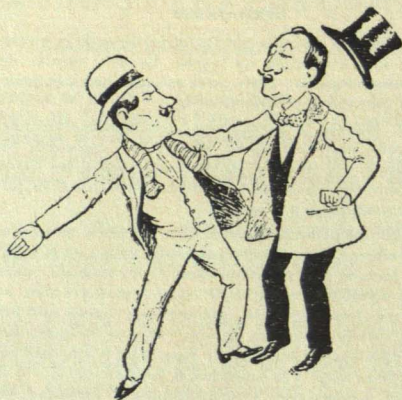
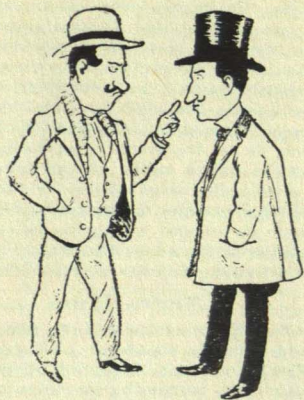
La dimensión de las ventanas excede á 6 m. 60 de ancho y la altura total de esta casa, única en su especie, llegará á 64 metros y tendrá 17 pisos.

Pro Lutecia

A propósito del nuevo tranvía que va á construirse en París por la Avenida del Bosque, toda la prensa parisiense dice en síntesis, lo siguiente:

"Existía todavía un rincón de París que resumía la *ciudad elegante*; un paseo único en el mundo, en donde la gran ciudad desplegaba su fausto, la pompa de sus suntuosas viviendas, el lujo tradicional de sus carruajes, y toda esa agitación brillante que hacía del Bosque de Bolonia, de sus jardines y de sus amplias avenidas, un sitio como no se encontraba en parte alguna otro semejante.

"París modernizado, americanizado, embarazado de pesadas arquitecturas, surcado por tramways de vapor, por vehículos eléctricos, desprovisto de verdura, barrido en todos sentidos por las exigencias de la industria, lleno de máquinas, desposeído de todo su aspecto pintoresco, conservaba aquella última co-



quetería de un vasto parque sombreado, que era su atavío y el más hermoso florón de su corona.

"Allí van á tenderse rieles, que recorrerán pesados vehículos á través de sus avenidas: va á construirse un tramway que vaya de Saint-Ouen al Trocadero y otro de allí á Neuilly.....!"

"Es inadmisibile que el Concejo Municipal pueda disponer así de la belleza y del prestigio de París."

Extensión de las grandes aglomeraciones

Por todos lados se sigue examinando con legítimas preocupaciones, el desarrollo extraordinario de las aglomeraciones urbanas.

A propósito de esto, el *Scientific American* da las siguientes cifras: A principios del siglo, la población de Europa se elevaba á 175 millones de almas; en 1830, el número de habitantes llegaba á 216 millones; en 1870, á 300 millones y actualmente alcanza á 380 millones.

Del mismo modo, en 1801, el número de ciudades de más de 100.000 almas no pasaba de 21; en 1850, llegó á 42, en 1870 á 70 y en 1896 ya habían 121.

El número total de habitantes de estas ciudades ha seguido la siguiente progresión:

4.500.000	en 1801
20.000.000	en 1870
37.000.000	en 1896

Así pues, los habitantes de las grandes ciudades representan actualmente en Europa, la décima parte de la población total.

Si se consideran algunos países en particular, se verá que en 1801 Francia no tenía sino tres ciudades de más de 10.000 habitantes, Inglaterra y Alemania no tenían cada una sino 2; en tanto que Alemania poseía 10 en 1870 y 28 en 1896.

En Francia, este progreso se ha detenido algún tiempo, pues actualmente no hay sino 10 ciudades de 100.000 habitantes, en tanto que en 1870 ya existían 9.

Una leyenda sobre las culebras

Existe una leyenda según la cual las culebras pueden amamantarse de la vacas, cabras y ovejas. Se funda dicha leyenda en que los criadores siempre han sorprendido culebras en sus establos y han deducido que era la leche la que atraía los reptiles.

Ahora bien, M. Galien Mignaud ha comunicado recientemente á sus colegas de la Sociedad de estudio de Ciencias Naturales de Nimes, una observación que destruye la leyenda.

Una hermosa culebra de Montpellier había adquirido el hábito de introducirse en un aprisco de los alrededores de Nimes. El pastor, que la había sorprendido varias veces, pensó que venía por chupar la leche á las ovejas. Como el arrendatario poseía también una cría de conejos, observó que desde cierto tiempo disminuía el número de los gazapos. La culebra fue vigilada muy de cerca, y un día, cuando salió del establo, fue muerta. En el estómago se le encontraron dos gazapos que había devorado.

M. Mignaud ha confirmado por la experiencia la absoluta indiferencia de las culebras por la leche. En cierto sitio en que abundan aquellos reptiles, hizo colocar un cántaro de leche envenenada y se comprobó que ninguna culebra había caído en la trampa.

Es probable que sean las ratas y ratones que tanto abundan en las cuadras y las granjas los que atraigan allí á las culebras.

Por otra parte, la lengua de los ofidios es ahorquillada; su boca carece de verdaderos labios y se comprende que con semejante organización la succión se hace imposible.

El viejo virrey de las Indias

El subsecretario de Estado de Inglaterra, Mr. Curzon, que acaba de ser nombrado virrey de las Indias, nació en 1859, y es hijo del pastor de una parroquia en el condado de Derby.

Hizo una brillante carrera académica, literaria y política, habiéndole favorecido, además, en gran manera la fortuna.

Cuántas empresas ha intentado le han salido á pedir de boca, si bien es justo consignar que ha trabajado extraordinariamente.

En 1886 conquistó el puesto parlamentario de Southport á los liberales gladstonianos, habiendo logrado conservarlo desde entonces hasta la fecha.

Como corresponsal del *Times* en el Extremo Oriente ha viajado por la India, el Japón, Persia, el Asia Central y el país de los Pamirs, habiendo publicado libros muy curiosos acerca de estos países.

Es el hombre de Estado más joven que haya sido nombrado hasta ahora para el cargo importantísimo de Virrey de las Indias, así como también el único, con la sola excepción de Lord Lawrence, que por su propia experiencia personal conoce profundamente, los asuntos de la India, y en general todas las cuestiones orientales. Considerábase como partidario de que Inglaterra vaya adelante en la India y como adversario decidido del Imperio ruso. Está casado con una yankee riquísima, Mlle. Mery Leyter, nacida en Washington.

Los periódicos americanos se regocijan ante la idea de que una hija de la Unión vaya á desempeñar el cargo de Virreina de las Indias, y dicen ser este un nuevo lazo entre Inglaterra y los Estados Unidos.

Cómo se fabrican monedas antiguas

Un médico francés ha tenido la oportunidad de observar un clavo nuevo, de la clase llamada *punta de París*, que había permanecido durante varios días en el estómago de un niño y probó que los jugos digestivos habían obrado sobre las partes más delgadas de aquel cuerpo extraño, á tal punto que les hizo desaparecer, reemplazando el brillo del metal por una capa bruna.

Esta observación explica el procedimiento que emplean en Italia para fabricar medallas antiguas.

En efecto, se dice que las personas que se entregan á aquella industria tienen la costumbre de hacer tragar por grandes aves, monedas de Tiberio y de Caligula, groseramente acuñadas. Días después, las aves devuelven las piezas cubiertas de una pátina notable.

El resultado de este viaje gastro intestinal sobre el aspecto del bronce se debe á la acción de los jugos digestivos.

El Emperador de la China

El Emperador de la China, cuya muerte fue anunciada y desmentida con algunas horas de intervalo, es el más madrugador de todos los Soberanos de la tierra.

Se levanta á las tres y trabaja solo hasta las seis, ocupado en los asuntos de su Imperio. En seguida recibe á sus ministros, á quienes también obliga á madrugar.

No hay ningún otro Soberano que se levante tan temprano, ni siquiera el Emperador de Austria, que abandona el lecho á las cuatro.

Pero el Emperador de la China, reconocido como dueño absoluto de su Imperio, es el menos independiente de los Soberanos.

Es esclavo de los ritos, de las costumbres, de los trajes y hasta de sus médicos, que redactan los *menús* de su mesa con un mes de anticipación, eliminando aquellos platos que más le agradan para no fatigar su estómago.

Matrimonio americano

Un ciudadano de los Estados Unidos, que habita en un pueblo cercano á New York, invitó á algunas personas á comer en su compañía. Entre el número de los invitados se encontraban una viuda lindísima, de 30 años de edad y el propietario de un hotel, soltero y bello muchacho.

La viuda y el soltero eran vecinos de mesa. Conversaron, se gustaron, á los postres ya se amaban con locura, y al café el dueño del hotel pedía la mano de la viuda.

Ella aceptó y determinaron fijar en seguida el día de la ceremonia.—"Por qué razón, dijo el novio no contraemos matrimonio esta misma noche?—Es verdad, respondió la viuda, yo no veo ningún impedimento."

Los novios expusieron la situación al señor de la casa; éste se dirigió inmediatamente al teléfono y pidió que se le comunicara con el jefe civil del lugar. Algunos minutos después, este honorable magistrado entraba á la sala y unía los dos novios en nombre de la ley americana.

No eran todavía las diez, cuando los casados se retiraban de brazo sin haberse dado cuenta de lo sucedido.

Longevidad del hombre

Mme. Alice Glenesk ha estudiado las condiciones susceptibles de influir en la duración de la vida humana. De sus investigaciones se deduce: que el hombre vive más largo tiempo en los climas fríos que en climas cálidos. Por esto los Finlandeses duran jóvenes mucho tiempo, y viven hasta muy viejos; sus cabellos no encanecen y sus articulaciones no sufren sino mucho tiempo después de la época media.

También la influencia del mar parece ser muy favorable, tanto para los marinos como para los habitantes de las costas.

Según autoridades, el límite extremo de la vida humana es de ciento veinte y cinco años. Sin embargo Mme. Glenesk cita el caso de una mujer que vivía en el pueblo de Auberive en Royans (Isère) y tenía ciento veinte y siete años.

Esa mujer, de nombre María Durand, vivió bajo once gobiernos: Luis XV, Luis XVI, primera República, Consulado, primer Imperio, Luis XVIII, Carlos X, Luis Felipe, 2ª República, 2ª Imperio, 3ª República.

Siendo la duración de la vida, más ó menos, cinco veces el tiempo que emplean los órganos para llegar á su completo desarrollo, mientras más lento sea el desarrollo, más larga es la vida.

Bismarckiana

Lección de respeto.—Acababa Bismarck de sentarse en una cervecería de Berlín, donde, de paso para la oficina donde trabajaba antes de adquirir notoriedad, había entrado, cuando en una mesa inmediata oyó hablar injuriosamente y en voz alta de un miembro de la familia real de Prusia.

Inmediatamente irguióse Bismarck cuan alto era, y, dirigiéndose al lenguaraz consumidor, gritóle con voz de trueno:

—¡Fuera de aquí! ¡Si no se ha marchado usted antes de que apure este vaso, se lo rompo en la cabeza!

Armóse entre los consumidores gran tumulto ante semejante provocación; pero Bismarck se sentó y continuó bebiendo su cerveza. Apurado el último trago sin que el conminado se hubiera ido, Bismarck se levantó de nuevo y lanzóle el vaso con tal destreza y vigor, que el consumidor agredido cayó al suelo con la frente ensangrentada, mientras el vaso saltaba en pedazos.

Todo el mundo se quedó cortado, y en medio de aquel silencio de algunos segundos, tan sólo se escuchó la voz de Bismarck, que decía con la mayor cal-

ma:—¡Mozo! ¿Cuánto vale el vaso roto?—saliendo, después de pagarlo, entre los murmullos de los circunstantes, que, lejos de censurarlo, decían:

—¡Bien hecho! ¡Así debía suceder! ¡Hé ahí un hombre!

Lección de puntualidad.—Un zapatero de la calle de la Corona que calzaba á Bismarck había faltado varias veces á su palabra, y como esto se repitiera de nuevo, Bismarck, funcionario entonces de poca categoría, se propuso corregirle de aquel defecto. A las seis de la mañana del día en que había prometido tenerle hechas unas botas, un criado de Bismarck se presenta en la zapatería:

—¿Están las botas del señor de Bismarck?—preguntó.

No estaban, ni el zapatero pensaba en despacharlas. A los diez minutos segundo recado.

—¿Están las botas del señor de Bismarck?

Y así de diez en diez minutos, hasta que el zapatero, desesperado ante aquella tenacidad, tuvo que dejarlo todo y ponerse á las botas de Bismarck, sin que desde entonces le volviera á suceder faltar á su palabra.

Lección de.....respeto.—Cierta día que Bismarck, secretario del Juzgado Municipal de Berlín, trabajaba en su oficina, se presentó un noble berlinés, que de tal modo excitó con su insolencia á Bismarck, que éste, levantándose, dijo:

—¡Caballero, ó se modera usted, ó le echo de aquí!

El Juez, que lo oyó, llamó á Bismarck, y le dijo tranquilamente:

—¡Señor Secretario, eso de echar de aquí es cosa mía!

Prosiguió la recepción del noble berlinés, sin que éste amainara en su lenguaje ni nadie le atajara, cuando Bismarck, levantándose de nuevo, le dijo:

—¡Caballero, ó se modera usted, ó hago que el señor Juez le eche á la calle!

Esgrima

Ha muerto en Londres Bertrand, el célebre maestro de esgrima francés, á la edad de ochenta y un años.

Hacia más de medio siglo que Bertrand había salido de Francia, pero dejó allí una gran reputación y, durante mucho tiempo, se le consideró como el primero de los profesores parisenses.

Adquirió de una manera incontestable, el título de «príncipe de la esgrima.»

M. Legouvé, que es eminente académico y al mismo tiempo una autoridad en materia de esgrima, deseaba saber, por los mismos maestros de armas, cuál era el más fuerte de ellos. El asunto era algo delicado, pero M. Legouvé empleó un medio muy ingenioso:

dirigió á los diez maestros de esgrima de París, que tenían la más reputación y dijo á cada uno.

—Querido maestro, estoy haciendo actualmente un trabajo sobre el valor comparativo de los maestros de esgrima de París..... Por supuesto que usted es el primero, pero, según su opinión, cual es el segundo?

Los diez maestros respondieron sucesivamente sin titubear:

—Es Bertrand.....

Mr. Legouvé quedó convencido de que Bertrand era decididamente el primero de su arte.

La música malaya en la guerra

No recuerdo haber leído jamás una impresión acerca de la música filipina y, en particular, la tagala.

Y aquella música, recordada como los caprichos de una suite, tan regional como lo son las danzas vascas ó húngaras, me sugiere dar á conocer aquí ciertos caracteres que no se adulteran aunque el temperamento copiadore comente con toda libertad esos temas, de una sencillez harto fría, si al copiar nos atenemos á la versión oficial, por decirlo así, como lo es la de los gramáticos de arte de cada país, los folkloristas del cantar.

Sucedíome algunas veces que, trasladando al piano algunos recuerdos de campañas y navegaciones y sin decir una palabra acerca de lo que era la música salvaje, contábanme los aficionados que, al oír aquello imaginaban ver bailes guerreros en un bosque tropical, y como si esta prueba de adivinación fuera poco á hacer creer en la fuerza descriptiva de la música, fuerza que no vacilo en llamar maravillosa (pues alcanza á disimular las torpezas del intérprete, que no sabe ni aun escribir lo mismo que ejecuta), el éxito de identidad, la demostración de que los temas transcritos son *jugo artístico* de las razas malayas, consistió en ver á los indios acercarse al piano con muestras de placer al oír brotar la música indescriptible de los *balitao*s, de un instrumento castila.

Esta demostración garantiza la autenticidad de los temas.

Por artístico patriotismo y por el valor que esos cantos exóticos tienen, creo que se disculpará mi alegría al ser portador de tan preciosas joyas, pues son joyas que se van, ahora que el adelanto cosmopolita viste á todas las razas de uniforme. No se necesita un paladar muy selecto para aquilatar sensaciones de tal origen.

La vida en Filipinas, durante la guerra, es un sueño fantástico. Sólo la música puede dar idea de aquella belleza siniestra, de aquel destierro sin esperanza, en que todas las melancolías del lamento salvaje son comprendidas al punto y se infiltran en el corazón del soldado y el marinero. Lo que allí se goza y se sufre, dispáse al volver á la vida europea, como después de un encantamiento de las «Mil y una noches.» En las islas de Oceanía nadie piensa en describir la vida, que se apura con pereza de dioses, entre los lances de la campaña eterna.....

Después se vuelve á Europa con remembranzas sombrías de lo que sólo se encuentra en los encantados mares lejanos; se vuelve con un equipaje de recuerdos, que traen el ingerto vivo de aquellas civilizaciones muertas ó *sonámbulas*, misteriosas como el *más allá* de un asiático refinamiento..... Y en Europa, sólo se ve «lo raro» de todo ello, pero no se comprende «lo íntimo», que es la segunda parte y la mejor.

Lo que allí se goza y se sufre con el abandono candoroso de un pueblo niño, míranlo aquí los naturalistas del arte como el ejemplar de una sensación más para el álbum japonés ó tagalo..... ¡Qué falsos resultan los idilios, los dolores y las locuras de un país visto en otro! Algo así como las malagueñas cantadas en francés.

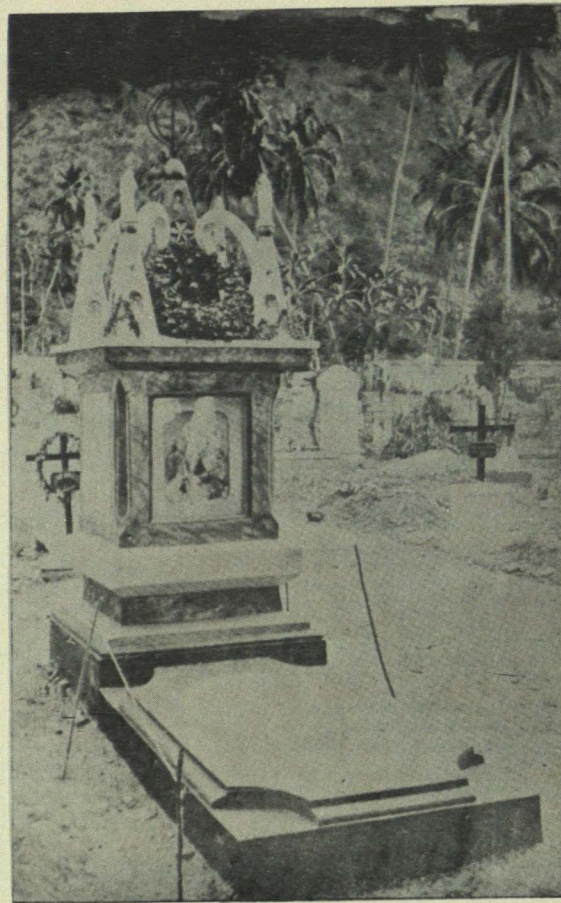
¿Quién conoce toda la flora musical de España, cuya riqueza de cantos populares es un asombro? Pues bien; las islas de la Oceanía española encierran otros tesoros para ese cancionero. ¡No miremos eso como una trivialidad, como un arte de China, un bronce de Tokio, un paisaje pintado sobre laca! Esas flores transplantadas, flores desconocidas, sólo por milagro conservan su frescura y su perfu ne.

Para realizar aquel prodigio es un deber que se conozcan todas las versiones personales de la musa popular, alma del alma patria. ¡Pongamos en ello fe y amor, como los soldados que, en medio de la prosa del hospital de sangre, salen al campo, tañen una mala guitarra, y cantan para dormir y soñar, como quien apura una dosis de opio..... ¡El arte cura!

Después de la carnicería, después del barro y el sudor que manchan el cuerpo, y después del asco á la crueldad que mancha el corazón, los pobres muchachos oyen aquellos aires indígenas que avivan la nostalgia y expresan en voces extrañas el universal dolor y las alegrías de la paz..... cuando había paz en los verjeles destrozados. Y al anochecer, los cantores semisalvajes, los perdioseros de la guerra, tararean una música hermosísima y triste, como las estatuas rotas; y en los inmensos bosques, donde los estertores del moribundo son acompañados por la bárbara sinfonía de la selva y por el silbido *sui generis* de las balas, allí ya no hay aves que cantan, sino recuerdos, que vuelan á la tierra madre, á la España de las canciones, mientras otros aires malayos, indescriptibles, resuenan á la vez, como la deslumbradora aparición de otra España en el Oriente extremo..... ¡Y eso que no faltan doctoras que dicen que en Filipinas «no se da» la música!

Estos bienaventurados oyen al kanaka, que salmodia aires ingleses ó norteamericanos en Ponapé, oyen al igorrote, que tararea una jota ó un tango, y creen que se acabó todo, que no hay allí más que importación europea. Pues recorran el interior del país; vean con qué entusiasmo los marineros y los soldados españoles oyen un *salampate* ó un *balitao*, y notarán que la música de Europa es aún postiza, como un frac sobre el torso de tigre de un indio bravo.

De las entrañas del pueblo, entre el fango de los barrios bajos, y con la desnudez canalesca y encantadora de la poesía vulgar, de ahí surge, como Venus, la música malaya, como la gallega ó la morisca. ¡Es igual el germen! Los cultos, los de la música de corsé, admíranse acaso de la ajena admiración por cosa tan villana, y no conciben que puedan ser tales bardos esos murguistas vagabundos que se emborrachan de música» noches enteras en las orgías y en los *balitao*s, ó dan serenatas en los zagüanes de los conventos. ¿Cómo han de sentir nerviosidades maravillosas semejantes



Cementerio de La Guaira.—Monumento de la señora Antonia C. de Marín

taos, que á lo mejor tocan en un entierro una habanera macabra, capaz de resucitar al muerto?

En Filipinas todo es música; los joloanos la emprenden con el *gong*, con el *tam-tam* chinesco, y los cavi-teños pulsan las toscas arpas del país, ó pasean en *rintos* sus orquestas, bogando á compás de la música gondolera, sin poderlo remediar..... En la Paragua, como en Mindanao, los temas son á la vez lascivos é infantiles, y revisten una sencillez arcaica, helena, como eran divinamente griegas (¡y esto sí que parece mentira!) muchas posiciones en las danzas de los sacerdotes japoneses.

Domina el tono menor en esos cantos de letal desmayo, de melancolía indefinible, que empiezan con la lentitud de un religioso baile de Java, y pasan sin transición á la danza de la muerte, al frenético *moromoro*. ¡Quién pudiera traducir esto en sonidos! Relampaguean al sol atillados *bolos* y *campiñanes*; los guerreros atacan, se degüellan en *crescendo*, y la horrible danza roja acaba, como los espectáculos de Roma, en un final de sangre.....

En Carolinas, dos niños kanakas súbense á los cocos para cantar en la altura algo á modo de égloga; enlazan las atipladas vocecillas en un dúo de escalas cromáticas en terceras, que suben y descienden balanceándose como las ramas del árbol colosal que un repentino crepúsculo deja sin más luz que la pedrería de los insectos fosforescentes sobre el follaje, entre el cual los reptiles humanos susurran nuevas venganzas.....

En Luzón, en los bailes de mezclas, otra música incoherente, de ritmos *dislocados*, anima figuras de elegancia coreana, de trajes riquísimos y tenuous, cuyos tonos chillones recuerdan élitros metálicos; tan pronto se oyen precipitadas frases griegas como reminiscencias de música egipcia; parece que otros pueblos muertos vuelven á palpitir en el arte de los criollos, el mismo arte que electriza á Gottschalk, el poeta, el Chopín *yankee*, aunque más colorista que Chopín.

¿Cómo un mal aficionado puede grabar nada de eso? Eso se goza con el secreto encanto de que muera y que nadie lo describa, ni algún pedante vaya á ponerlo al microscopio de su crítica; eso se aspira como los efluvios de aquel paraíso envenenado, así como los combatientes absorben con delicia la música tierna y lujuriosa, música acre y mortal como el goce en víspera del combate, para pasar desde aquella embriaguez al último destierro, al de la muerte.

SUELTOS EDITORIALES

Indice de "El Cojo Ilustrado."—Año VII.—Llamamos la atención de nuestros lectores acerca del Índice de nuestra Revista, correspondiente á su séptimo año. Más de doscientas firmas de escritores notables de América y de Europa autorizan las páginas de EL COJO ILUSTRADO en el año que termina. Nombres ilustres de la Francia, que han recorrido el mundo intelectual con su fama, con Mme. Adam, Aicard, Emmanuel Arène, Bourget, Coppée, Claretie, Lamartine, Demolins, Doumic, Daudet, France, De Forge, Faguet, Flammarion, Gauthier, Geoffroy, Haraucourt, Rosny, Heredia, Hinzelin, Silvestre, Trivelet, Lemaître, Lorrain, Loti, Ladvoocat, Loredan, Leroux, Mendès, Mürger, Maclair, Montégut, Mirbeau, Maupassant, Michel, Picard, Pouvillon, Parville, Rameau, Rouget, Renard, Theuriet, Zola, etc. Notabilidades de las letras y de las ciencias en Italia, como D'Annunzio, Enrico Ferri, etc., etc.; el pontífice máximo de la literatura rusa, el venerable Tolstoy; escritores distinguidos de España, tales como Benavente, Manuel Bueno, Eusebio Blasco, Campoamor, Calvo Revilla, Joaquín Dicenta, Nilo María Fabra, Güell y Mercader, Larrubiera, Morera y Galicia, Navarro y Ledezma, Rafael Ochoa, Paso, Reina, Ramos Carrión, Pérez Nieva, Prieto, Salvany, Valera, las señoras Pardo Bazán y Pujol de Collado, etc., etc. De Colombia: Arciniegas, Ricardo Becerra, Díaz Guerra, Julio Florez, González Camargo, R. M. de Guzmán, Darío Herrera, Rivas Groot, Soto Borda, J. Asunción Silva, Guillermo Valencia, etc. De Cuba: Bobadilla (*Frax Caudil*), Martí, Pichardo, Varona, etc., etc. De Puerto Rico: Bonafoux. De Santo Domingo: Garrido (Miguel), J. R. López, A. J. Montolio. De Centro América: Ruben Darío, Gómez Carrillo, Víctor Jeréz, Mayorga Rivas, etc. De Méjico: Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Luis Urbina, Peon y Contreras, Peza. Del Brasil: Leopoldo de Freytas. De Bolivia: Jaimes Freyre. Del Perú: Amézagá, Palma, etc. De la República Oriental del Uruguay: Pérez Petit, Enrique Rodó, Carlos Roxlo. De la Argentina: Palacios (*Almafuerte*), Berisso, Leopoldo Díaz, Fernández Espino, Groussac, Gutiérrez (Ricardo), Lugones, Oyuela, Ortiz, etc., etc.

Hemos abierto, además, la Sección *Páginas olvidadas* y traído á ellas primorosas joyas de nuestros ilustres compatriotas muertos, como Cecilio Acosta, Baralt, José Antonio Calcaño, García de Quevedo, Juan Vicente González, Antonio L. Guzmán, Vicente Marcano, Morales Marcano, Fermín Toro, Juan Vicente Silva. Y entre otros mil de los que hoy ilustran la prensa: Alvarez (A. R.), Arévalo González, Alamo (F. P.), Alvarado (Lisandro), Blanco Fombona, Bolet Peraza, Barceló, Bolívar (Rafael), Briceno (A. S.), Betancourt Figueredo, Carmen Brigé, Eduardo Calcaño, P. E. Coll, Díaz Rodríguez, Dominici, Polita de Lima, Díaz Lecuna, Echeverría (C. E.), Espinoza, Fernández García, Font, Tulio Febres Cordero, Fortoult Hurtado, Fombona Palacio, Gutiérrez Coll, Heraclio Guardia, Gorrochotegui, García Flores, Galíndez, Gil Fortoult, Eloy G. González, Limardo, Mata, Méndez y Mendoza, Tomás Michelena, Miguel Marmol, Marcano Rodríguez, J. E. Machado, Mallory, S. D. Maldonado, Key Ayala (S.), G. Maldonado, h., Pérez Calvo, Picón Febres, Ubdón Pérez, M. E. Pardo, Picher, Sales Pérez, Pérez Valencia, Saluzzo, Quereemel, Racamonde, Angel C. Rivas, B. Rivodó, M. J. Romero, F. P. Reyes, Sánchez Pesquera, Soubllette (Félix), Téjera, Torres Alandero, Elías Toro, Urbancja Achelpohl, Villapol, Zumeta, Zuloaga y Tovar, y tantos otros.

"Esta es mas barata . . .

. . . y tan buena como la de Scott." Tales palabras son una confesión tácita aunque involuntaria de que la Emulsión de Scott es la única que produce los resultados deseados. De todas las emulsiones de aceite de hígado de bacalao, solamente la Emulsión de Scott es perfecta. Cerca de treinta años de experiencia en la exclusiva tarea de prepararla, nos permiten hacer esta afirmación. Rechácense todas las demás que pretendan ser "tan buenas como" ó "más baratas que la de Scott." Hay algunas que dicen ser "análogas á la de Scott" ó hechas "según la fórmula de Scott." Todo eso es erróneo por no calificarlo de otro modo.

La Emulsión de Scott contiene aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa. Es un excelente tónico, creador de carnes, y purificador de la sangre. Cura las afecciones de la garganta y pulmones, el asma, la escrófula, la anemia, la clorosis y la debilidad general. No tiene rival para los niños raquíticos.

Para impedir que el público sea engañado con las imitaciones y falsificaciones, cada frasco lleva la contraseña del hombre con el bacalao á cuevas adherida al envoltorio. Rechácense las imitaciones y sustitutos, así como también las "preparaciones" y "vinos" llamados de aceite de hígado de bacalao pero que no lo contienen. Recuérdese que sólo hay una verdadera Emulsión de Scott.

De venta en las Droguerías y Farmacias. **SCOTT & BOWNE, QUIMICOS, NUEVA YORK.**

Tampoco desmerece de su importancia literaria la importancia artística de la colección de EL COJO ILUSTRADO de este año: exornan sus páginas ciento ochenta y tres vistas de ciudades y lugares notables de la América, ciento cuarenta y dos copias de cuadros aplaudidos en todos los continentes y por todas las escuelas, firmados por maestros como Miguel Angel, Rafael, Murillo, Rubens, Vinci, Correggio, Vernet, Van-Dyck, Bouguereau, Reynolds, Puvis de Chavannes, Madrazo, Hebert, Veronese, Scheffer, Krause, Botticelli, Schram, Max, von Pistor, etc., etc., y de los nuestros, el inolvidable Michelena, Herrera Toro, Mauri; catorce reproducciones de esculturas y monumentos; ciento cincuenta retratos de notabilidades universales, y sesenta y nueve grabados diversos, mapas, piezas musicales, etc., etc., etc. Este Índice justifica el alto concepto de que goza nuestra Revista en el extranjero y explica bien cómo, por la importancia que ofrece esta publicación, se ha formado opinión notable acerca del país.

Pésame.—Lo enviamos á los deudos y familia de los señores TOMÁS PÉREZ POLANCO y BLAS GALLARDO PÉREZ, quienes fallecieron en la quincena última. Era el primero un hombre respetable y laborioso, que estuvo consagrado á honradas faenas hasta la tarde de su vida. Fue el segundo un joven modesto y apreciable, víctima de cruel dolencia á la que no pudieron vencer ni la solicitud de la tierna esposa, ni los esfuerzos de la ciencia.

Número de gala.—El número próximo de EL COJO ILUSTRADO será el primero del octavo año de esta Revista.

La índole de nuestra publicación reclama, al finalizar el siglo de las grandes conquistas de la Civilización, un homenaje á la gloria y al renombre de algunos hombres eminentes cuyos retratos aparecerán exornando las páginas del primer número del nuevo año.

El valor de cada ejemplar será, por razón de su lujo, de cuatro bolívares (B. 4), excepto para los suscritores, quienes lo recibirán sin alteración alguna.

Duelo.—Tenemos que registrar en nuestras columnas el luto de un hogar respetable y enaltecido por las virtudes: el de nuestro apreciado amigo el señor Ramón Báez, el cual llora la pérdida de su hija INÉS ADELINA, arrebatada á los más tiernos afectos cuando apenas la sonreían todas las gracias y todas las esperanzas.

Reciban los afligidos padres la expresión cordial de nuestra condolencia.

Folletos recibidos.—*Revista de la Instrucción Pública*, cuaderno del mes de noviembre.

Autonomía de los Estados, publicación hecha por la Junta Directiva de Caracas.

Venezuela en Europa, cuaderno correspondiente al mes de noviembre.

Descripción y cultivo del café, formada con notas adquiridas sobre el terreno en diez y ocho años de práctica, por José Ballesteros Muñoz, Profesor fundador de las clases prácticas de Agricultura en las Antillas.

Publicación oficial, Convención Principal de la Unión Postal Universal, Convención relativa al cambio de Bultos Postales y Convención sobre cédulas de identidad celebradas en Washington en 1897 y aprobadas por el Congreso Nacional en 1898.

Damos las gracias á los señores remitentes.

Obito.—Ha muerto recientemente la señora DOLORES DE CARDOZO, madre del notable facultativo Dr. José I. Cardozo, á quien presentamos en estas líneas la sincera expresión de nuestro pésame.

Carmen Núñez.—Ha fallecido esta virtuosa hermana del señor Pbro. Dr. Buenaventura Núñez. Es esta muerte una nueva prueba por que pasa el alma del cristiano levita, quien no ha mucho tuvo que llorar la eterna ausencia de otro deudo querido, de su hermano MANUEL.

Reciba el Pbro. Dr. Núñez nuestro pésame sentido.

EXCESO DE CABELLO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un frasco de dicha medicina para uso inmediato, por correo y en cajas muy bien arregladas, recibiendo seis pesos oro, los que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas.

The Monogram Co. N. 107 Pearl Str. New-York. City

Ningún medicamento puede sustituir á la Emulsión de Scott en las enfermedades del aparato respiratorio—y siempre que se necesita el empleo de un buen reconstituyente.

"La Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, es un excelente preparado, insustituible en todas las enfermedades que tienden á debilitar el sistema, como la tisis, catarros bronquiales crónicos, de cualquier origen que sean, esferulismo, etc., etc."

Ponce, Puerto Rico, Julio 10 de 1894.

DR. ALEJO MORENO,
Médico del Hospital Militar.



QUIERE USTED ENGORDAR?

Tome Usted el

AVENA - CACAO

de LA INDIA, cuyas excelentes propiedades y magníficos resultados certifican los mas notables facultativos de Caracas.

Unicos fabricantes con privilegio en Venezuela :

Fullié & Ca.—Caracas



Los principales Dentist y Peritos piden un **LÍQUIDO** (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos **PÓLVOS** (que limpien el esmalte de los dientes) que **Usados juntamente** preserven **propia-**mente la dentadura. He aquí pues el

Sozodonte que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido Antiséptico y Polvos. Uno de los mas antiguos de América.

La notable Actriz

Madame BERNHARDT dice:—

“Estimo su SOZODONTE como el dentrífico mas delicioso é indispensable para el cuidado de la dentadura y el único de reputacion internacional.”

Vendido por los Drogueros, Perfumistas y Farmacéuticos de todas partes.

Pedid por tarjeta postal “Dentisteria Popular,” un libro que dice la manera de cuidar la dentadura. **HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.**

9 bis

POND'S EXTRACT

(EXTRACTO DE POND).

CURA REUMATISMOS, CATARROS, AFECCIONES DE OJOS, HERIDAS, CONTUSIONES, MORDEDURAS DE INSECTOS, INSOLACIONES, ALMORRANAS, TODA CLASE DE DOLORES É INFLAMACIONES Y LAS HEMORRAGIAS.

Usado por los más eminentes Médicos y en los principales Hospitales de Europa y América.

1848.

Es admirable el efecto del Extracto de Pond para aliviar el dolor. Es un remedio de un precio inestimable: tan calmante y tan curativa es su acción. No solamente alivia, sino que también cura toda clase de dolores é inflamaciones.

JOHN C. SPENCER,
Ministro de la Guerra, E. U. de A.

ES LA MEJOR LOCIÓN QUE SE CONOCE PARA USARLA DESPUÉS DE AFEITARSE.

Se vende en Todas las Boticas pero sólo en nuestros propios envases.

POND'S EXTRACT CO., 76 FIFTH AVE., NEW YORK, E. U. de A.

75

1895.

Mi esposa y yo hemos usado durante tanto tiempo y con tanta constancia el Extracto de Pond, que podemos hablar de él con entero conocimiento de causa y recomendarlo en los términos más entusiastas.

Rev. **CHAS. H. PARKHURST,**
Doctor en Teología, y gran reformador de Nueva York.

“La Fuerza del Hombre y la Hermosura de la Mujer.”

Así se ha caracterizado la exhuberancia del cabello antes y desde los tiempos d. Sansón.

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer

conserva y hermosea el cabello, lo hace crecer y le da fuerza y lustre. Cada y cuando se usa restablece el color natural del cabello.

Limpia el cuero cabelludo de toda caspa, destruyendo así una de las causas principales de la calvicie.

Mejora la circulación en la envoltura cranial é impide le caída del cabello.

Cuando la sangre está empobrecida y acuosa y contiene impurezas, la eficacia del Vigor no es tan pronunciada. Debería seguirse en este caso un tratamiento de Zarparrilla del Dr. Ayer simultáneamente con el empleo y aplicación del Vigor del Cabello, por cuyo medio se limpia la sangre, se portalecen los nervios y la salud gana por todos conceptos.



Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Cia., Lowell, Mass., E. U. A.

4a



El mejor limpiador para las pieles rojizas

LUSTRE ROJIZO DE HAUTHAWAY

Para usarlo cuando una piel rojiza requiera un verdadero y brillante lustre.

74

SE NECESITAN AGENTES

En cada población : una persona inteligente para trabajar como nuestro Agente. No hace falta conocimiento especial ó dejar la ocupación actual. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).